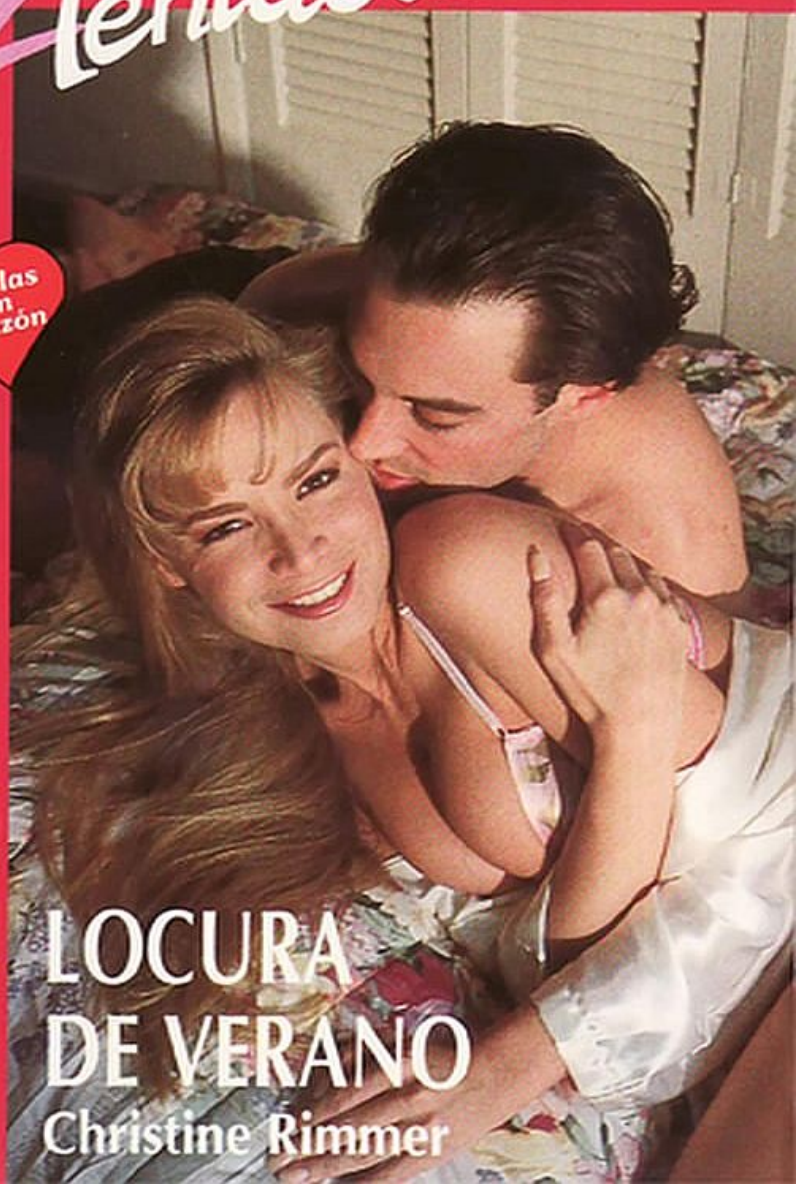
HARLEQUIN

Tentación

Novelas con corazón



LOCURA DE VERANO

Christine Rimmer

Juliet era la mujer más tímida de Esmerald Gap, pero eso iba a cambiar. Juró transformar su imagen de chica tímida y aburrida. Sin embargo, enamorarse del hombre más guapo que había por los alrededores no entraba en sus planes.

Por su parte, Cody no comprendía lo que le había pasado a la tímida y callada contable que conocía de toda la vida. Aquella criatura cautivadora no era Juliet Huddleston. La Juliet que él creía conocer era una persona muy diferente, no tenía nada que ver con aquella chica tan atractiva…

Christine Rimmer

Locura de verano

Tentación - 488

ePub r1.0
jala 25.10.16

Título original: *Midsummer Madness*
Christine Rimmer, 1992
Traducción: Wendy G. Togo
Publicado original: Mills and Boon Desire (MD) - 729 y en: Silhouette Desire (SD) - 729

Editor digital:
LDS
ePub modelo
LDS,
basado en ePub base r1.2

Capítulo 1

—Cody, yo me encargo… si quieres…

Cody McIntyre no oyó aquella propuesta; estaba absorto en sus pensamientos, mirando enfadado el teléfono que acababa de colgar violentamente. Su mente estaba llena de pensamientos asesinos, dirigidos todos ellos al presunto «experto» de Hollywood que supuestamente se iba a presentar en Emerald Gap y que había llamado para decir que no iría.

—Cody…

—¿Hmm? —preguntó distraídamente. Se volvió hacia Juliet, su contable—. ¿Has dicho algo, Juliet?

Debería demandarle, pensó Cody, aunque los juicios no eran su estilo.

Juliet giró en su silla y le miró fijamente.

—Dije que quiero encargarme yo de ese asunto.

Cody no sabía de qué hablaba, pero debía ser importante. Juliet le estaba mirando abiertamente a los ojos, cosa muy extraña para una joven tan tímida.

—¿Estás bien, Juliet?

—Sí —se encogió de hombros—. Y quiero hacerlo —repitió con decisión.

—¿Qué?

—Quiero aceptar el trabajo de directora. Quiero encargarme de dirigir la representación de este año.

Cody la miró sorprendido.

—¿Locura de Verano? —musitó el nombre del festival anual—.

¿Quieres dirigir Locura de Verano este año?

A Juliet la desconcertó la sorpresa que mostraba Cody, pero aun así, no se rindió.

—Sí —repitió ella.

Cody se pasó nervioso una mano por el peló. Le gustaba Juliet. De hecho, la había protegido desde que eran niños. Lo último que quería era verla decepcionada.

No obstante, no estaba capacitada para dirigir un festival. Una vez más maldijo al supuesto profesional que había contratado y que le iba a obligar a herir los sentimientos de Juliet.

—Es muy amable de tu parte, Juliet —sacudió la cabeza—, pero debemos enfrentarnos a la realidad. No estás capacitada para dirigir un festival.

Al ver cómo desaparecían las esperanzas de los ojos de Juliet, Cody se sintió como una rata. La joven se volvió lentamente y fingió concentrarse en los documentos que tenía encima de su escritorio.

Cody se acercó a ella para consolarla, pero antes de que llegara a su lado, llamaron a la puerta.

—Está abierto —gritó.

La puerta se abrió y se oyeron los ruidos de la cocina. La oficina de Cody estaba detrás del bar y restaurante que poseía y administraba. También tenía una ferretería y un rancho a unos kilómetros de la ciudad. Cody era un hombre ocupado. Demasiado, para dirigir el festival ese año. Pero no le iba a quedar más remedio que hacerlo.

Cada año se encargaba de ello como uno de los comerciantes de la ciudad, y ese año le tocaba a él. Había sido una buena idea llamar a un experto, pero el muy estúpido no había ido…

—Aquí estás. El camarero me ha dicho que te encontraría aquí —anunció una joven morena y atractiva—. ¿Te acuerdas de mí?

—Perdón, pero no me acuerdo de usted, señorita —repuso él. Por encima del hombro de la recién llegada pudo ver al ayudante de cocina que miraba con curiosidad lo que estaba pasando en la oficina—. ¿Por qué no cierra la puerta? —le sugirió.

La mujer cerró la puerta. Miró a Juliet y se encogió de hombros. Después se apoyó en la puerta y suspiró.

—Esperaba que me llamaras.

—Perdón, pero no la recuerdo.

—Dios, eres un hombre maravilloso.

—Señorita, ¿me puede decir su nombre?

—Lorena. Lo escribí en la caja de cerillas que le di a la camarera pelirroja. Fue el sábado pasado. Estabas cantando la canción de Garth Brooks. Yo estaba sentada en la mesa del rincón. Le pedí a aquella camarera que te dijera que soy una mujer libre, y que estoy dispuesta a conocer a un hombre tan increíble como tú…

—Así que no nos conocemos, ¿eh? —dijo Cody.

Juliet esbozó una triste sonrisa y casi se olvidó de sus problemas al ver a Cody enfrentándose a una de sus admiradoras.

—Bueno, formalmente no nos conocemos, claro —admitió la morena—, pero reconócelo. Cuando nuestros ojos se encontraron fue como un rayo inesperado.

—Bueno, señorita. No puedo decir que a mí me pasara lo mismo…

Juliet sacudió la cabeza. Pobre Cody. Las mujeres no lo dejaban en paz. Tocaba muy bien la guitarra y la armónica y tenía una voz profunda y sensual. Cuando estaba de buen humor, cantaba los fines de semana en el bar. Y volví loca a la mayor parte de su clientela femenina.

Además de ser un músico y cantante de talento, Cody McIntyre era un hombre guapísimo.

—Cariño —continuó Lorena—, yo puedo hacer que sientas lo mismo. Dame una oportunidad… —Miró a Cody como si quisiera comérselo con los ojos.

Juliet comprendía los sentimientos de aquella mujer. Cody era como el príncipe azul con el que soñaban todas las mujeres.

Tenía unos ojos de un tono verde grisáceo, que brillaban con una intensidad especial. La nariz era perfecta, la boca sensual, firme y muy expresiva. Tenía el pelo castaño claro con chispas doradas.

Además, era un hombre muy bueno y no parecía darle ninguna importancia a su aspecto.

Mientras Lorena seguía suspirando con gran entusiasmo, Juliet llenó otro cheque y trató de concentrarse.

No lo logró. Mientras oía cómo intentaba librarse Cody de su admiradora, pensó en lo mucho que se parecían Cody y ella.

Era raro. Juliet era una mujer aburrida y muy poco atractiva. Cody McIntyre era un sueño. Aun así, vivía solo y todavía no había

encontrado a la mujer ideal. A Juliet le daba más pena la soledad de Cody que la suya.

«No», pensó Juliet decidida. «Ya he dejado de autocompadecerme. He tomado las riendas de mi vida, y mis próximos treinta años serán mucho más emocionantes que los pasados».

Ésa era la decisión que Juliet Titania Huddleston había tomado el día de su cumpleaños. Se había hecho ese juramento cuatro meses atrás, el día que había cumplido treinta años. No se lo había dicho a nadie pero ya había dado algunos pasos para lograr su objetivo.

Juliet se enderezó en su asiento al pensar en su promesa. En ese momento Lorena se acercó a Cody, dejando un rastro de perfume.

—¿Qué dices, cariño? —susurró la mujer—. ¿Te apetece cenar conmigo a la luz de la luna?

Cody se negó amablemente y después llevó a la mujer a la puerta. Con la habilidad nacida de la experiencia, sacó a la mujer de la oficina sin ser grosero.

Juliet estaba terminando de llenar el último cheque cuando una sombra cayó sobre el papel.

—¿Juliet?

Juliet le miró a los ojos y se estremeció.

Se regañó en silencio por aquella debilidad, pero después se recordó que nadie cambiaba de la noche a la mañana. Poco a poco eliminaría todos sus complejos, pero no debía ser demasiado dura consigo misma.

—¿Estás de acuerdo conmigo? —preguntó Cody. Juliet sabía que Cody se refería a que dirigir Locura de Verano no era un trabajo para ella.

Juliet lo pensó. Debía admitir que posiblemente Cody tuviera razón. La verdad era que no había dirigido nada en su vida. No estaba preparada para dar órdenes; había personas que nacían con una innegable capacidad de liderazgo y desde luego ella no era una de ellas. Abrió la boca para decir que comprendía que Cody no le diera una oportunidad.

Sin embargo, no pronunció aquellas palabras. Debía recordarse su promesa de cumpleaños. Si de verdad deseaba algo más de la vida, debía luchar para conseguirlo.

—Puedo… hacerlo, Cody. Déjame intentarlo —insistió.

—Mira, Julie —comenzó a decir Cody—, creo que no lo has pensado muy bien.

—Claro que lo he pensado Cody, dame una oportunidad.

Cody miró a Juliet a los ojos. Nunca la había visto tan decidida.

Juliet le sostuvo la mirada.

Estaba enfadada. La molestaba que Cody no la creyera capaz de dirigir el festival. Aunque no tuviera las cualidades de un líder, estaba preparada para hacerlo. Tenía un título universitario y llevaba su propio negocio de contabilidad, así que había demostrado su capacidad de organización. Además, casi todos los años había ayudado a la preparación del festival. Sabía lo que debía hacer.

—Juliet —continuó Cody en tono comprensivo—, sé realista. Tendrías que supervisar todo el desfile de apertura, organizar el Baile de la Fiebre del Oro, y dirigir la revista de Locura de Verano. ¿Cómo vas a hacer todo eso con lo tímida que eres? No sabes hablar en público.

Juliet sintió que algo se hundía en su interior. Cody tenía razón. No podía hacerlo. Era demasiado tímida…

«Espera un minuto», dijo la nueva mujer. ¿No le iba a servir de nada aquel curso que había hecho en secreto para dotarse de una «fuerte personalidad»? ¿Quién había ido a Oradores Internacional en secreto desde abril, y conducía hasta Auburn todos los viernes por la noche para superar su miedo a hablar en público? ¿Quién se había levantado y había hablado tres veces delante de todo el grupo en los dos últimos meses?

«Yo, Juliet».

—Claro que puedo hablar en público —anunció con firmeza—. Estoy preparada.

Cody la miró confundido. No podía entender que la tímida Juliet tuviera tanto empeño en encargarse del festival. De pronto, se le ocurrió una forma de solucionar el problema.

—Está bien —aceptó Cody y se levantó.

—¿Estás de acuerdo? —Juliet parpadeó—. ¿Me dejarás organizarlo?

—No voy a decidirlo yo.

—¿Cómo?

—Puedes hablar con la asociación de comerciantes hoy a las siete de la noche —anunció Cody. Sabía que Juliet no iba a ser capaz de enfrentarse a los comerciantes.

Se hizo un tenso silencio. Aunque no la miraba, Cody sabía que Juliet tenía en ese momento la expresión de asombro que adoptaba cuando a alguien le sugería que hiciera algo que lo convirtiera en centro de atención. Cody no soportaba ver esa expresión porque sabía que Juliet sufría por su timidez.

No obstante, era mejor verla sufrir un poco que dejarla encargarse de Locura de Verano.

—Si consigues venderles tu idea, te contratarán. Así que ya puedes empezar a pensar tu discurso.

Cody se sentó en su sillón de cuero. Se permitió sonreír satisfecho, seguro de que había salido de aquella difícil situación de la mejor manera. Ante la perspectiva de hablar delante de toda esa gente, la tímida Juliet huiría como un gato asustado.

La miró directamente, dispuesto a ver la tristeza y la decepción del rostro femenino. Le costó varios minutos asimilar lo que vio en realidad.

Juliet tenía la barbilla levantada y los labios apretados. Estaba decidida a hablar delante de los comerciantes. Cody no podía creerlo.

—Está bien —le aseguró—. Hablaré con la asociación de comerciantes esta noche a las siete.

Capítulo 2

—Pen cuanto a la Revista Locura de Verano —anunció Juliet con voz tranquila y clara—, bueno, creo que este año puede ser fabulosa. Tendremos música de los Barbershop Boys y el coro de la escuela, como siempre. También he pensado que podemos hacer participar a nuestros artistas aficionados. Podemos contar con la poesía de Jake Nariz Plana —sugirió Juliet, guiñando un ojo a Jake —. Jake, como ustedes saben, es un poeta jubilado de nuestra ciudad. E incluiremos una escena que detalle el nacimiento de Emerald Gap gracias a la llegada de un grupo de buscadores de minas en 1852. Melda Cooks ha escrito una obra sobre el ahorcamiento de María Elena Roderica Pérez Smith que, como recordarán, era una lavandera local que fue linchada después de apuñalar a un hombre en una riña en 1856…

Cody, que estaba sentado en uno de los asientos de la última fila del Auditorio de Emerald Gap, no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

¿Dónde estaba la tímida Juliet Huddleston?

Primero le había desconcertado al aceptar hablar delante de los comerciantes y después le había exigido que le diera los documentos que Cody guardaba para el profesional de Hollywood. Con la carpeta bajo el brazo, Juliet se había dirigido a su pequeña oficina.

Seguramente había hecho algunas llamadas desde allí, ya que la gente que mencionaba como posible ayuda, asentía y sonreía como si estuviera dispuesta a seguirla a donde fuera.

¿Y por qué diablos no? Aquél había sido un buen comienzo. Al principio, cuando se había subido al estrado, parecía un poco asustada, pero, desde luego, se había recuperado.

—Y como éste es un país de oro, creo que el baile del sábado debe ser un acontecimiento de gala. Este año nos esforzaremos para que sea un verdadero baile de disfraces. Convenceremos a la gente para que se ponga disfraces de la época…

Cody sacudió la cabeza. Por una parte, se alegraba de que Juliet se hiciera cargo de organizar el festival, pues le iba a liberar de un trabajo que para él hubiera supuesto un auténtico quebradero de cabeza.

Pero por otra, le ponía muy nervioso conocer aquella nueva faceta de Juliet.

Era una locura, claro. La conocía desde que eran niños. Tenían la misma edad y habían ido juntos a la escuela.

Cody sonrió al recordar el primer día que Juliet había ido a la escuela. La maestra, la señorita Oakleaf estaba pasando la lista y Juliet había tenido miedo de responder cuando había leído su nombre. Se había quedado sentada, con la cabeza gacha y completamente colorada.

Cody la recordaba así, como una niña que tenía miedo de su propia sombra. Le había sorprendido un poco que hubiera conseguido terminar la carrera, y se preguntaba cómo había sobrevivido a las multitudes. Pero lo había logrado, y había vuelto a Emerald Gap para establecer su propio negocio. Él la había contratado inmediatamente, al igual que la mitad de los demás comerciantes y hombres de negocios del pueblo. Le iba bien, pero había continuado siendo la chica tímida y distante de siempre. Hasta ese momento.

Cody recordó que Juliet se había comprado un deportivo rojo unas semanas atrás. Él había visto el coche una mañana, aparcado delante de la casa de huéspedes de su rancho. El pequeño utilitario marrón había desaparecido.

Eso también había sido un cambio en la vida de Juliet. Hacía tres meses había decidido alquilar la casa de huéspedes, y Juliet había ido a vivir allí. Nunca se le había ocurrido preguntarse por qué habría decidido Juliet abandonar la casa que sus padres le habían dejado para irse a una casa de dos habitaciones situada a

unos treinta minutos de la mayoría de sus clientes. Cody siempre se había alegrado de poder alquilársela a alguien de confianza. En ese momento se preguntaba por qué…

No era probable que lo descubriera. Vivían a menos de trescientos metros de distancia, pero parecían estar a trescientos kilómetros. Los dos guardaban celosamente su intimidad.

Juliet se rió en el estrado. Fue una risa tímida, pero encantadora. Su pelo rubio brillaba de una forma muy bonita bajo aquella luz.

Cody se movió, tratando de ponerse cómodo sin poner las botas en el asiento. Andrea Oakleaf, la maestra, estaba en la segunda fila. Si se volvía y lo veía con las botas en el asiento lo regañaría.

Juliet hizo una broma, y todos se rieron.

Definitivamente, Juliet había cambiado, pensó Cody. Su eficiente y tímida contable ya no lo era tanto. ¿Por qué habría decidido salir de las sombras después de todos esos años?

Quizás debería invitarla a cenar un día y averiguarlo, pensó Cody. Después de todo, eran amigos, ¿no? Podrían reírse de los viejos tiempos y llegar a conocerse…

Cody se enderezó y se regañó por pensar semejantes tonterías. ¿Qué diablos le pasaba? Se había preguntado qué le estaba ocurriendo a Juliet, pero posiblemente debía haberse preguntado lo que le estaba pasando a él. ¿Por qué ese repentino interés por una mujer a la que conocía desde que era niño?

Cody decidió no pensar más en eso. No sería difícil. Sacaría a Juliet de su mente. Una vez decidido, se concentró en el estrado… y vio a Juliet.

Incapaz de quedarse quieto, subió las botas en el asiento delantero. Se acordó de la señorita Oakleaf y las bajó con fuerza. Al oírlo Andrea Oakleaf se volvió y le dirigió una mirada fulminante. Después de eso, Cody hizo un esfuerzo por mantener sus pensamientos y sus piernas bajo control.

Juliet terminó su discurso. Bajó del estrado rodeada de aplausos, se sentó en una silla y empezaron a acosarla con todo tipo de preguntas. Las contestó todas.

Era increíble. Melda Cooks le preguntó cómo lograría el reparto de la obra que había escrito, pues otros años había sido imposible hacer que la gente acudiera a los ensayos, y al elegir a los actores se

habían herido muchas susceptibilidades.

Juliet contestó que combinarían dos métodos: un día de ensayos, y después los papeles sin reparto se repartirían apelando a la conciencia de la comunidad. Juliet arqueó las cejas un poco cuando dijo «conciencia de la comunidad», y todos se rieron. Sabían que tendrían que terminar rogándoles a algunas almas caritativas para que hicieran los papeles.

Babe Allen señaló mordazmente que no le pagarían lo que habían acordado pagar al experto de Hollywood. Juliet sonrió con dulzura y respondió que estaba dispuesta a hacerlo como un servicio a la comunidad, siempre y cuando los comerciantes donaran el dinero para financiar el nuevo parque que iban a instalar al pie de la Calle Comercial.

Después de la votación, en la que, por supuesto, salió elegida, Juliet se aproximó al estrado y dio las gracias. Les pidió a los directores de los comités, a los que había elegido con anterioridad, que se reunieran con ella en el vestíbulo.

En media hora su gente estaba reunida. Jake, que trabajaba para el *Boletín de Emerald Gap* se encargaría de hacer carteles y anuncios de periódicos para los ensayos de la revista, que iban a empezar el lunes por la noche. Reva Reid, presidente del comité del desfile haría la lista de las carrozas. El Día de la Carrera lo organizarían el martes por la noche, cuando se reunieran otra vez. Andrea Oakleaf se ofreció para conseguir el permiso para celebrar la fiesta de clausura en el Parque Pine Grove. Burt Pandley prometió encontrar por lo menos doce participantes más para la muestra de Artesanía e Industria que se exhibiría en el Ayuntamiento.

Eran más de las nueve cuando Juliet salió del auditorio. Era una noche tranquila. Se quedó un momento al lado de las puertas, entre dos farolas de estilo victoriano. Estaba emocionada. Inspiró para disfrutar del aroma de los pinos y abetos que llegaba hasta allí desde las montañas.

La calle Broad le parecía especialmente hermosa a la luz de las farolas. En la esquina pudo ver las luces del restaurante de Cody.

¿Dónde estaría él? La estaba esperando en la primera fila cuando ella había llegado al auditorio. Le había deseado buena suerte y había explicado a los demás que no iban a poder contar con el profesional de Hollywood. Después la había presentado y la había

dejado en el estrado.

Juliet se había olvidado de él con el miedo de tener que levantarse y hacerse oír.

Sonrió. Bueno, pronto lo vería.

Sería divertido reprocharle que no hubiera creído en ella, pensó Juliet. Estaría un poco avergonzado, lo sabía, y esbozaría aquella media sonrisa…

Juliet se estremeció, a pesar del calor de la noche. Qué raro que pensara en bromear con Cody. Nunca había sido bromista.

Pero después de lo que había conseguido aquella noche, Juliet se sentía capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiera. Si quería bromear con un amigo, ¿por qué no iba a hacerlo?

—Buen trabajo, Juliet.

—Oh. —Juliet se sobresaltó—. Me has asustado, Jake —rió un poco.

Jake le dirigió una sonrisa.

—Nos has sorprendido a todos.

—Gracias.

—Gracias a ti —señaló Jake—. Nos hacía falta un líder por aquí.

—Haré lo que pueda.

Jake asintió y se acercó a la camioneta verde que conducía desde hacía siglos.

Juliet se quedó un rato allí, saboreando el halago de Jake, mirando la calle que conocía desde siempre, pero que esa noche le parecía especialmente hermosa. Y después se volvió y se dirigió hacia el restaurante, pues había dejado allí el coche.

Cuando llegó allí, miró contenta su coche.

Era aerodinámico y tenía el color de una llama. El vendedor le había dicho que era de ocho cilindros, y ella sospechaba que eso era casi inmoral en esos días. No era práctico, ni nuevo, pero el vendedor le había asegurado que estaba en óptimas condiciones.

Para Juliet, aquel coche era un símbolo, la materialización de su nuevo proyecto de vida. Lo miró y pensó que era lo más hermoso que había visto en su vida.

Sin dejar de pensar en su triunfo, Juliet se quitó la chaqueta gris, la puso encima de los documentos del festival y se metió en el coche. El coche era tan bajo y aerodinámico que Juliet tenía la impresión de ir tumbada. Era una sensación gloriosa. Se estiró y

suspiró un poco. Bajó la ventanilla y se desabrochó los dos botones superiores de la blusa. El aire de la noche le acarició la garganta.

Era completamente sensual estar sentada así, pensó Juliet.

Y después se echó a reír. Sensual. Era absurdo que Jane Juliet Huddleston, a la que pronto considerarían una solterona, pensara una cosa así.

De todas formas, se recordó con cierta vergüenza, incluso una virgen de treinta años tenía derecho a tener pensamientos sensuales.

Una mujer capaz de conseguir lo que ella había conseguido aquella noche, era también capaz de desnudarse y tener una experiencia íntima con un hombre, ¿no?

Algún día… y siempre y cuando se tratara del hombre correcto, claro.

Cuando se enderezó para meter la llave, Juliet pensó cómo sería ese hombre.

Sería bueno y amable y divertido. Un hombre estable que nunca titubeara. Un hombre atractivo, pero no mucho. Juliet era realista. Quería un hombre de por vida. Los hombres demasiado atractivos, hombres como Cody, eran tentados por multitud de mujeres.

Juliet giró la llave y se olvidó de su hombre ideal. El coche no se ponía en marcha.

Volvió a girar la llave. Nada. Tiró del seguro y fue a examinar el motor. Juliet no sabía nada de coches, pero notó que el motor no estaba tan limpio como cuando lo había comprado tres semanas atrás. Había manchas de aceite en varios lugares, lo cual le pareció extraño.

—¿Tienes algún problema?

Juliet suspiró al oír la voz familiar de Cody. Como cada vez que tenía problemas, había aparecido como por arte de magia.

—Hola —lo saludó con timidez y continuó con más fuerza—. No puedo ponerlo en marcha.

Cody la miró detenidamente. Juliet se preguntó si tendría una mancha en la nariz o algo así. Iba a preguntárselo, cuando él dijo:

—Te he visto por la ventana —explicó, señalando el restaurante.

—Oh —murmuró ella. Se sonrojó al recordar cómo se había recostado en el asiento y se había desabrochado la blusa. ¿La habría visto? Pero era ridículo que se sonrojara por eso. Aunque Cody la

hubiera visto, lo cual era bastante improbable, ¿qué tenía de malo desabrocharse dos botones de la blusa? Nada.

Siguieron mirándose y Juliet se preguntó qué estaría pensando Cody.

Abrió la boca para preguntárselo, pero Cody se le adelantó otra vez.

—¿Quieres que eche un vistazo al motor?

—Sí, gracias.

Cody asomó la cabeza y movió algunos alambres. Después levantó las tapas de un aparato.

—La batería no se ha agotado —murmuró—, y parece que todo está en su lugar. Súbete y vuelve a intentarlo.

Juliet obedeció, pero el coche seguía sin funcionar. Cody movió algunas piezas del motor, pero fue inútil. Después del tercer intento, dijo:

—¿Te ha dado problemas antes?

—No, ninguno.

—¿Se ha apagado la primera vez que lo has puesto en marcha?

Juliet negó con la cabeza.

—¿No ha pasado nada?

—Nada.

—Entonces no es la batería. A lo mejor es una conexión suelta o la marcha. Demonios pueden ser mil cosas —sacó un pañuelo y se limpió las manos—. Bueno, yo ya me iba al rancho, puedo llevarte. Mañana podrás ir al taller.

—¿Crees que es algo serio? —preguntó Juliet, mirando con preocupación a su coche.

—Quizás no, pero estos empalmes parecen malos, y los sellos están flojos.

—¿Qué significa eso?

Cody la miró con cierta autosuficiencia.

—¿Dónde has comprado este coche, Julie?

—En

Don’s

Hot Deald, a las afueras de Auburn.

—¿Cuánto te ha costado?

Juliet se lo dijo.

—Yo pensaba que eras una mujer práctica —comentó con

tristeza.

—Lo sé —se rió y añadió con dignidad—. Pero he cambiado.

—Ya me he dado cuenta.

Permanecieron mirándose en silencio durante algunos segundos.

—¿Cuántos plazos te quedan por pagar? —preguntó Cody.

—¿Del coche?

—Sí.

—Ninguno. Lo pagué al contado.

—Diablos, Julie.

—Lo quería —sonrió—. Así que lo compré.

—¿Todavía tienes el coche marrón?

—No. No quiero ver un coche marrón nunca más.

—Vamos. Ve a buscar tus cosas y te llevo a casa.

Juliet cogió su chaqueta y la carpeta. Siguió a Cody a su furgoneta negra.

No dijeron nada mientras Cody sacaba la furgoneta del estacionamiento y salía del pueblo. Pero en cuanto dejaron atrás las luces de Emerald Gap, Cody hizo una sugerencia.

—Puedes usar mi otra furgoneta, si quieres, hasta que te arreglen el coche.

—Eres muy bueno conmigo, Cody —sonrió—. Siempre lo has sido. No creas que no lo he notado.

A Cody pareció avergonzarle aquella confesión. Se concentró en la carretera y después dijo de mala gana.

—Para serte sincero, Julie, creo que te has comprado un dolor de cabeza.

—Me encanta —suspiró—. Lo arreglaré, no creo que sea nada importante —le preocupaba un poco lo del coche, pero esa noche nada le parecía imposible.

Ella, Juliet Huddleston, que había pasado toda su vida en un rincón recibiendo órdenes, iba a dirigir Locura de Verano ese año. El proyecto era aterrorizante, pero emocionante a la vez.

Bajó la ventana y dejó que el viento agitara su pelo. Después se volvió hacia Cody.

—No te has quedado a felicitarme.

—Después de la reunión, estabas muy ocupada. Sabía que pronto te vería y que me regañarías por mi falta de fe en ti.

—Vaya, Cody McIntyre. ¿Cuándo te he regañado yo?

—¿Cuándo has dirigido un festival? ¿O has alquilado tu casa en el pueblo para irte a vivir?

—No es la selva —lo regañó—. Es el rancho McIntyre, donde he deseado vivir desde que tu madre dio esa fiesta en la piscina el último día de clases. Y ahora vivo ahí.

—Ah, ya veo —comentó él con humor—. Vivir en mi casa de huéspedes es la realización de un sueño.

—No exactamente. No es algo tan permanente como un sueño. Más bien es temporal, como una fantasía.

—Como casero tuyo, me gustaría saber cuánto va a durar la realización de esa fantasía.

—Ah, Cody, no te preocupes. Te avisaré un mes antes de irme. Además, eso será dentro de uno o dos años. Me refiero a que es algo que siempre he querido hacer, pero que no durará toda la vida. Es todo.

Cody se quedó callado un rato y después preguntó:

—¿Qué te pasa, Juliet? —habló con una seriedad que la sorprendió.

—¿A qué… qué te refieres?

—Eres diferente; has cambiado. Lo he notado hoy cuando has insistido en dirigir el festival. Pero creo que el cambio ha empezado hace algunos meses.

Juliet le miró, y él le sonrió para alentarla.

—De verdad me gustaría saberlo, Juliet —insistió.

—¿Sí?

Asintió. Juliet se dio cuenta de que quería contárselo. Quizá fuera porque nunca antes se lo había pedido. O quizás se sentía más confiada después de lo que había ocurrido aquella noche y ya no necesitaba guardar en secreto su decisión.

Mientras iban hacia el rancho, Juliet le contó todo. Le habló de la promesa que se había hecho el día de su cumpleaños, y de los pasos que había dado para llevarla a cabo.

Cody escuchaba y asentía, rió un poco cuando le contó la primera vez que se había tenido que enfrentar al grupo de oradores, estaba tan nerviosa que se le había caído el vaso de agua en los zapatos, que rechinaban vergonzosamente cada vez que se movía.

Los kilómetros volaron. Le estaba contando lo mal que se había sentido durante los primeros minutos en el estrado esa noche

cuando el rancho apareció ante ellos. Estaba rodeado de una tapia de piedra, dividida por dos pilares con una M de hierro en la parte superior de un arco de metal.

Más allá del arco Juliet vio el prado de la casa y un rincón de la piscina. *Kemo*, el perro de Cody, estaba entre los pilares moviendo alegremente la cola. Continuaron hacia la casa de huéspedes.

Juliet estaba terminando su relato cuando Cody paró el coche.

—Así que eso es —terminó Juliet—. Estoy haciéndome una nueva vida.

—¿Y después qué va a pasar?

—¿Cuándo?

—Cuando termine Locura de Verano. Después de que hayas demostrado que eres la mujer más segura del pueblo.

—Bueno —confesó—, no he pensado en eso —cogió la chaqueta y la carpeta, y abrió la puerta para bajar—. Pero te lo contaré cuando lo sepa. Si es que todavía te interesa, claro.

Se volvió y se dirigió hacia la casa. Pero de pronto se dio cuenta que no le había agradecido a Cody que la llevara hasta allí.

Rodeó rápidamente la furgoneta y se asomó a la ventana.

—Gracias, Cody, muchas gracias —le dio un beso en la mejilla, dio media vuelta y se dirigió contenta hacia la casa.

Cody se quedó observándola, sorprendido por el cambio. Vaya, llevaba dos botones de la blusa desabrochados. Había mirado brevemente la sombra entre sus senos pequeños y duros cuando le había besado la mejilla.

No comprendía nada. ¿Por qué diablos la inocente Juliet Huddleston mostraba su escote? ¿Cómo había conseguido que la viera de forma completamente distinta?

Pensó en llamarla y decirle que se abrochara la blusa, pero Juliet ya estaba entrando en la casa.

Cody se quedó allí unos minutos más y decidió que decírselo hubiera sido una grosería. Se alegraba de no haberlo hecho. Además, Juliet se habría dado cuenta de que en vez de velar por ella, había estado mirando sus senos.

Capítulo 3

A Juliet le costó conciliar el sueño aquella noche. Estaba demasiado emocionada para dormir, así que permaneció en la cama, mirando el techo y disfrutando de su éxito.

Pensó que sería una buena idea tratar de conseguir a un verdadero subastador profesional para que anunciara la comida en el gran picnic de clausura. Ese año, se aseguraría de que el salto de la rana se dividiera en diferentes categorías, para las ranas que no fueran del condado. Algunos turistas compraban ranas saltadoras muy buenas en Sacramento y las hacían competir con las ranas menos hábiles del lugar. Aquello no era justo.

Sonrió en la oscuridad y trató de dormir, pero las ideas no cesaban de bullir en su mente. Pensó en la mejor forma de organizar los puestos en la Feria Artesanal e Industrial, y en el disfraz que se pondría para el baile de la Fiebre del Oro. Quizás se vistiera de María Elena Roderica Pérez Smith, la lavandera. O como, Charlie Parkhurst, que había vivido tratando de parecer un hombre. O quizás de *Madame* Moustache, la propietaria exuberante de una taberna en Nevada…

Juliet dio media vuelta en la cama y miró el reloj; era más de medianoche. Debía dormirse, al día siguiente tenía que ir a trabajar. Terminaría las nóminas de la Cafetería Duane, y del Emporio de Regalos de Babe Allen.

De pronto oyó el canto de un gallo. Sonrió. Conocía al gallo. Era uno de los animales del rancho de Cody. Éste tenía tres caballos; *Kemo*, el perro, y una vaca llamada *Emeline*. Había varias gallinas en

el rancho y un gallo que siempre cantaba a deshoras.

Volvió a cantar. Cuando dejó de hacerlo, Juliet oyó la dulce melodía de la armónica.

Era Cody. Nadie tocaba la armónica como él; era capaz de imprimirle a aquel sencillo instrumento una fuerza que hacía estremecerse hasta al más insensible. «Dios», pensó Juliet, «con razón sus canciones enloquecían a las mujeres».

Durante un rato permaneció tranquila, disfrutando de aquel maravilloso concierto nocturno.

Después se le ocurrió que si Cody actuaba en la Revista de Locura de Verano sería un éxito. Todos los años se lo pedían, pero él siempre se negaba. Cody proporcionaba dinero para el festival, pero siempre decía que estaba demasiado ocupado para subirse al escenario cada noche.

Juliet cerró los ojos y tarareó un poco hasta que su falta de talento musical la hizo callarse y disfrutar del hechizo mágico que Cody tejía con una sola canción.

Sí, pensó cuando él comenzó una nueva melodía, se lo pediría. Había aprendido que nunca se perdía nada con pedir algo. Si Cody se negaba, no pasaría nada. Si aceptaba sería un paso adelante. Además, quizá Cody aceptara si se lo pedía ella.

Cuando terminó la segunda melodía, se le ocurrió que quizá fuera una buena idea pedírselo en ese momento.

Sí, era un buen momento.

Juliet se levantó de la cama y se puso una bata. No se molestó en calzarse.

Salió por la puerta trasera y bajó los escalones que conducían a la reja. Las piedras todavía estaban calientes por el sol de verano.

No había luna, pero las estrellas brillaban con fuerza. La hierba de la pradera parecían reflejar la luz de las estrellas, de modo que no tuvo problemas para ver. Pasó por el granero y los establos situados al otro lado de la cerca. Cody estaba comenzando otra canción cuando Juliet abrió la reja y pasó.

Aquello era otro mundo. Había una gran extensión de césped dividida por un camino de grava que terminaba en un garaje. Al final estaba la piscina, que en ese momento estaba iluminada; en el otro extremo del camino, entre rosales, se hallaba la casa; era un edificio blanco de dos pisos con un techo verde.

La madre de Cody le había explicado que originalmente la casa de huéspedes había sido la casa principal. La bisabuela de Cody administraba el lugar, mientras el bisabuelo era dueño de la mina Rush Creek Digs. Cerraron la mina en tiempos del abuelo de Cody; el abuelo había comprado más tierra y había construido una casa más cómoda para vivir. El padre de Cody, que en ese momento vivía en Arizona, había abierto una ferretería en el pueblo, y había construido la piscina olímpica de la casa. Cuando se había retirado, le había pasado el rancho y la ferretería a su único hijo. Cody se encargaba de ellos además del bar y restaurante que eran su contribución a las pertenencias de la familia.

Una vez dentro de la reja y protegida por las sombras de los árboles frutales, Juliet titubeó, se paró para averiguar de dónde llegaba exactamente la música.

Tal como se había imaginado, procedía del porche. Pudo ver a Cody en las sombras. Estaba apoyado contra uno de los pilares. Miraba hacia la reja principal y se había quitado la camisa y estaba descalzo, como ella. No lejos de él, Juliet pudo vislumbrar la silueta negra de *Kemo*. El perro levantó la cabeza hacia su dirección.

Cody parecía estar completamente absorto en la música.

Kemo gimió, y Cody dejó de tocar para murmurar algo al animal. El perro bajó la cabeza entre sus patas.

Juliet se quedó allí un rato, escuchando la canción, disfrutando en secreto de aquel momento. Todos sus sentidos parecían haber despertado. Sentía la música, el brillo de la piel de Cody, la caricia de la hierba húmeda en sus pies. El césped tenía un olor dulce a tierra que se mezclaba con el aroma de la hierba más seca y silvestre al otro lado de la cerca.

Cody hizo una pausa para coger aire. Desde algún lugar del prado cantó una rana; era un sonido ronco y muy gracioso comparado con la hermosa melodía que tocaba Cody. Juliet sonrió y Cody continuó tocando.

Juliet se dijo que si rodeaba la piscina y llegaba por los escalones del garaje, podía acercarse sin molestar a Cody. Le parecía lo más apropiado para no romper la magia de aquel momento. El pasto le hacía cosquillas en los pies y sonrió detrás del árbol que crecía cerca del muro de piedra. Cuando llegó a la cerca de madera, tenía la sensación de estar jugando. Corrió sobre las

piedras del camino hasta llegar a los viejos nogales frente a la casa.

Cuando puso el pie húmedo en el primer escalón, Cody comenzó otra canción. Juliet la había oído un par de veces. Era una canción de amor sobre un chico pobre enamorado de una rica. Juliet recordó la letra y se entristeció al pensar en el amante que nunca podría casarse con la mujer de sus sueños.

Juliet subió los escalones y se acercó a Cody, que estaba de espaldas a ella.

Juliet fue de puntillas hasta una silla vieja que había en el porche. Después, se sentó allí y contempló el hermoso cuerpo musculoso de Cody hasta que la melodía terminó.

Reinó el silencio, que dio paso a los sonidos de la noche. Un búho chilló detrás de la casa. Los grillos empezaron a cantar. *Kemo* golpeó los tablones de madera del porche con la cola.

—Julie —dijo Cody suavemente.

Se volvió despacio y le sonrió.

Juliet respondió sin timidez. Parecía que su éxito en la reunión de aquella tarde había aumentado de una forma espectacular su seguridad en sí misma.

—Me has visto —lo acusó en broma cuando *Kemo* se levantó y se acercó a que le acariciara.

—Sí, cuando has cruzado la reja —asintió él.

—La música era tan bonita que no quería interrumpir. Así que he venido a escondidas con la esperanza de que no dejaras de tocar —explicó. El perro se fue a un extremo del porche y después de dar varias vueltas se tumbó.

Juliet se levantó y se acercó a Cody.

—Me encanta oírte tocar por las noches.

—No habías venido hasta ahora. ¿Por qué?

Juliet miró la luz que se reflejaba en la piscina.

—No lo sé. Supongo que nunca he sido el tipo de mujer que se desliza en la noche intentando no ser vista.

—Pero ahora estás aquí.

Juliet se rió, pensando en su propio atrevimiento. Aquella noche no tenía nada que ver con la mujer que había sido hasta entonces. Una mujer a la que le asustaba la vida, incapaz de disfrutar de la belleza sensual que la vida le ofrecía.

—¿Y bien? —la urgió.

—¿Qué? —Lo miró.

—Me gustaría saber qué ha pasado para que hayas cambiado tanto.

—Ah sí. No sé. Esta noche es diferente, me siento distinta. Pero ya veremos.

Cody le dirigió una sonrisa encantadora. Juliet pensó que era comprensible que las mujeres enloquecieran por él.

Dios, era un hombre guapísimo. Demasiado para alguien como Juliet, lo sabía.

—Lo creas o no —continuó ella, esforzándose por no desviar la mirada del musculoso pecho de Cody, que le parecía fascinante—, he venido aquí con un propósito específico en mente.

—¿Cuál? —Pedirte un favor.

Cody fijó la mirada en sus labios.

—¿Un favor? —repitió.

—Sí —confirmó Juliet, asombrada por su voz firme. Dentro de ella, iba creciendo un delicioso sentimiento de anhelo.

—¿Sí?

—Es sobre la revista —explicó.

—¿La Revista Locura de Verano?

—Sí.

—¿Qué quieres pedirme?

—Bueno, he pensado que…

—¿Sí?

—Creo que…

—¿Piensas y crees qué?

—Me encantaría que pudieras cantar una o dos canciones en la revista este año —contestó.

Cody no dijo nada. Después murmuró su nombre y Juliet supo que iba a decirle que estaba ocupado.

En un gesto que en ese momento le pareció natural, Juliet le silenció poniéndole un dedo en los labios.

—Shh. No contestes ahora. Piénsalo, ¿de acuerdo?

—No puedo Juliet —él contestó. La joven sintió sus labios firmes y su aliento. Era una sensación encantadora sentir el movimiento de su boca debajo de su dedo.

Juliet hizo un esfuerzo para no permitir que sus pensamientos vagaran por aquellos rumbos y se recordó que Cody no había

aceptado.

—¿No te he dicho que no respondas ahora?

Sonrió y Juliet sintió la suavidad de su boca en las yemas de sus dedos.

—Está bien, lo pensaré.

—Bien —replicó ella satisfecha. Retiró la mano y miró la piscina. Cody no se movió, seguía mirándola.

—Bueno, supongo que ya es hora de que vuelva a mi casa.

—¿Por qué? —preguntó Cody deslizando la mirada por el escote del pijama.

—Bueno, yo… ya te he dicho lo que he venido a pedirte.

—¿Sólo a eso has venido? ¿A pedirme que participara en la revista?

Juliet asintió.

—¿Segura? —insistió Cody.

Al posar el dedo en su boca, Juliet se había acercado a él, y en ese momento esa proximidad le pareció excesiva.

Sin embargo, era una experiencia encantadora. Estaba hechizada por el poderoso atractivo de Cody. Lo contempló, maravillándose de la perfección de su boca firme, la nariz recta y el pelo castaño.

¡Dios, deseaba besarlo! Aquel descubrimiento la impactó. Sentía un extraño cosquilleo en los labios, que parecían haber cobrado vida propia.

Cody la contempló y debió adivinar su deseo secreto porque hizo algo que a Juliet le pareció inaudito: se inclinó hacia adelante y el deseo de Juliet se hizo realidad.

Se estaban besando.

No podía ser cierto, pero lo era.

Y era maravilloso. Cody emitió un ronco gemido y la abrazó. Juliet oyó que la armónica se caía al suelo cuando Cody la estrechó contra él.

Juliet nunca había sentido nada tan delicioso.

Cody le acariciaba la espalda con movimientos lentos y dulces mientras le mordisqueaba suavemente la boca.

Después, con la lengua, le entreabrió los labios. Juliet se asustó un poco al principio, nunca había sentido en su boca la lengua de otra persona. Pero inmediatamente se relajó, las caricias que Cody le hacía con la lengua eran increíblemente placenteras.

Cuando Cody se separó de ella, la joven suspiró.

—Juliet —susurró él, y volvió a besarla.

Juliet sonrió, fascinada, y con un poco de timidez acarició los labios de Cody con su propia lengua.

Y después Cody se separó. Juliet gimió, y Cody rápidamente la abrazó y volvió a besarla.

La guió para que se sentara con él en su regazo sin dejar de besarla.

Juliet levantó la boca ansiosamente y le acarició los hombros, deleitándose al sentir la firmeza de sus músculos bajo sus manos.

—Oh, Cody —suspiró contra su boca—. Oh, Cody, qué maravilloso… Nadie me había dicho que…

Cody se rió con una sensualidad que incendió todavía más los sentidos de Juliet, que dejó de acariciarle los hombros para alzar las manos hacia su pelo.

Mientras tanto, Cody seguía activo. Además de seguir dándole aquel beso hechicero que parecía no tener fin, la acariciaba con movimientos lentos y sensuales.

Misteriosamente, desapareció el cinturón de la bata y Cody deslizó la mano por debajo del pijama de la chica para acariciar su piel desnuda.

Aquello era el paraíso. ¿Cómo diablos había podido vivir treinta años sin conocer aquella felicidad embriagadora? No había nada mejor. Mejor que el helado, que el chocolate. Mejor que… Oh, Dios, sí, era cierto, mejor que conducir un deportivo rojo o dirigir Locura de Verano.

Aquello sí que era una locura de verano. Increíble. Divina.

Cody deslizó hacia arriba la mano y rozó el pezón de su seno izquierdo.

—¡Ay Dios! —gimió Juliet.

Cody repitió aquella caricia y después apartó la mano…

Juliet abrió los ojos y miró a Cody con expresión soñadora. Descubrió en la mirada de Cody una sensual promesa.

—«Ay, Dios» —señaló ella—. No he dicho que pares.

Juliet no quería que dejara de hacer aquellas cosas maravillosas con sus manos.

Pero, de pronto, vio que la expresión de Cody cambiaba. En ese momento parecía más serio que excitado.

Amablemente, la hizo sentarse y le pasó el cinturón de su bata.

—No debería haber hecho eso —le explicó.

—Lo sé —replicó Juliet—, pero te lo agradezco de todas formas, Cody.

—No me lo agradezcas —dijo él, con el ceño fruncido.

—Pero yo…

—Olvídalo —la interrumpió—. He ido demasiado lejos. Lo siento.

—¿Ah, sí? —preguntó—. Yo no sé nada de esto. ¿Lo que has hecho… no es natural? Yo no te he pedido que te detengas.

—Maldición, Juliet. Eres virgen.

Lo dijo de una forma que la hizo sonrojarse.

—¿Lo eres?

Juliet asintió con la cabeza.

—A eso me refiero —continuó él—. No sabes qué diablos estás haciendo, y creo que yo tampoco. No me aprovecho de las vírgenes.

Juliet deseó que la tierra se la tragara. Le dolió terriblemente oír a Cody hablar sobre su falta de experiencia. Estuvo a punto de irse corriendo a casa, pero recordó que una de las razones por las que seguía virgen a los treinta años era su miedo. Así que se controló y dijo:

—Bueno, pues… —comenzó y suspiró—, si no te aprovechas de las vírgenes, ¿por qué me has besado?

Cody la estudió con la mirada durante largo rato y después murmuró.

—Diablos, Julie…

—Ésa no es una respuesta —replicó ella.

—Maldición…

—Ésa tampoco.

—Mira, no quería llegar tan lejos. No quería llegar a ningún lado.

Juliet sintió una desoladora tristeza, pero siguió:

—Bueno, ¿qué querías entonces?

—No sé —respondió Cody, pasándose la mano por el pelo—. No podía dormir, por eso he salido a tocar. Y después has llegado tú, tratando de esconderte. Era como un juego, y he empezado a tocar. Quería besarte, así que lo he hecho.

Juliet estaba tan absorta en sus confusiones que no se dio cuenta

de lo difícil que era aquella situación para Cody. Estaba frustrado por su deseo, y enfadado por haberse aprovechado de una mujer inocente. Cody se alejó.

Al ver que Cody se alejaba de ella, Juliet se obligó a recordarse que los hombres como Cody McIntyre no eran para ella.

—Tienes razón —aceptó con tristeza—. Hemos ido demasiado lejos.

Cody casi no la oyó. Estaba demasiado ocupado pensando en cómo moverse sin hacer evidente su deseo.

Juliet se ató el cinturón de la bata y lo ajustó.

—Bueno, lo que tenemos que hacer es olvidarnos de esto —sugirió Juliet—. Un hombre tan fantástico como tú sería un problema para una mujer aburrida como yo.

Olvidando su problema con los vaqueros, Cody se volvió hacia ella, dispuesto a decirle que el aspecto de un hombre no lo era todo, y que para nada la encontraba aburrida.

Sin embargo, Juliet continuó:

—Te has portado muy bien conmigo todos estos años. Siempre me defendías cuando Billy Butley me molestaba en la escuela, y fuiste mi primer cliente cuando abrí el negocio. Siempre me has gustado mucho, pero no quiero tener nada que ver sentimentalmente contigo porque sé que terminaría con el corazón destrozado.

—Espera un minuto…

—No, espera tú, Cody. Siempre estás rodeado de mujeres preciosas, no creo que te dejaran estar mucho tiempo atado a mí.

Cody la miró en silencio. Quería explicarle que estaba muy equivocada. Podría usar a su padre como ejemplo. Desde que había conocido a la madre de Cody, Wayne McIntyre no había mirado a otra mujer. Su abuelo, Yancy, había sido igual. Cody procedía de una familia de hombres fieles. Ninguna mujer podría alejarlo de aquella que escogiera…

Sin embargo, si le decía eso podía malinterpretarlo. Al fin y al cabo, acababa de besarla por primera vez hacía unos minutos. Aunque le gustaría hacer mucho más que besarla, Cody no tenía intenciones de iniciar nada permanente…

Además, sólo un idiota tendría una aventura con una mujer como Juliet. Y Cody siempre había intentado no hacer idioteces.

Sin embargo, le estaba ocurriendo algo extraño. La inocencia de Juliet, unida a su encantadora franqueza, lo estaba volviendo loco. Estaba muy confundido.

No se parecía nada a las mujeres que había conocido. Mujeres que sabían exactamente lo que significaba hacer el amor con un hombre. No obstante, era verdad que cada vez pasaba más y más noches solo. Las mujeres experimentadas que siempre lo buscaban ya no le llamaban la atención, aunque no sabía tampoco qué estaba buscando.

¿Podría ser Juliet? La pregunta se presentó como un eco en su mente. Era una pregunta muy peligrosa y sería una locura intentar responderla aquella noche.

Y por eso debía hacer algo, y pronto. Si continuaba mirándola y recordando la sensación de su boca, podría seguir adelante y decidir que Julie Huddleston era la mujer a la que había estado esperando durante treinta años.

Terminaría actuando como un loco. Le rogaría de rodillas que le diera una oportunidad o le prometería que no miraría a otra mujer durante el resto de sus vidas.

—Como quieras —musitó—. Está bien.

Juliet tragó saliva. Lo miró y deseó estrecharle en sus brazos. ¡Dios, era tan guapo!

Pero no era un hombre para ella.

—Me alegro de que lo comprendas —anunció ella.

Cody cogió la armónica del suelo y se volvió hacia la puerta.

—¿Cody?

—¿Qué? —Se volvió.

—Olvida lo de la revista, ya pasamos demasiado tiempo juntos.

—Claro. Está bien. *Kemo*, ven —llamó al perro y entraron en la casa.

Juliet se quedó sola en el porche. No sabía qué pensar. Cody había sido tan cortante y directo. Nunca le había hablado así.

Bueno, tampoco lo había besado nunca.

Juliet se ajustó la bata y después se dirigió lentamente hacia su casa.

Cuando se metió en la cama, se dijo que todo saldría bien. Ella y Cody siempre habían sido amigos y una estúpida indiscreción no iba a cambiar las cosas. Se alejaría de él durante unos días y las

cosas volverían a la normalidad. En una semana o dos, las cosas volverían a ser como antes. Estaba segura.

Capítulo 4

Cantantes. Actores. Bailarines. Actores de todo tipo. Comprométanse. Ayuden a la comunidad. Actúen este año en la REVISTA LOCURA DE VERANO. *Auditorio del pueblo, 401 Broad Street. Lunes 15 de junio, 7-10 pm. Para más información llame al 555-3462.*

Cody trató de ignorar el anuncio. Estaba pegado en la ventana de su restaurante, al lado de la copia de la carta. Llevaba allí cuatro días, Jake le había pedido permiso para pegarlo.

Cody le había dicho que sí. No se le había ocurrido pensar que podría molestarlo. Lo veía cada vez que entraba.

Los años anteriores había disfrutado de la revista como parte del público, y siempre había evitado participar. Aquel año no podía olvidarse del asunto. Culpó al anuncio, ya que lo veía constantemente. El hecho de que Julie dirigiera la revista, y al final le hubiera pedido que no cantara en ella, no tenía nada que ver con su irritación. Al fin y al cabo él nunca había querido comprometerse en la preparación del festival. Si no fuera por ese condenado anuncio, ni siquiera pensaría en ese asunto. De hecho, eso era lo que tenía que hacer, dejar de pensar en ello.

Decidió no volver a mirar el anuncio y se dirigió al fresco interior del restaurante. A su derecha brillaba la barra de caoba.

Cody se dirigió al bar. Se sentó en un extremo, en un taburete vacío y pidió una cerveza. El camarero se la sirvió después de atender a los clientes, orden de Cody.

Cuando le sirvió, preguntó:

—¿Dónde está Archie?

Archie era el camarero al que le tocaba trabajar aquella noche.

—Lo he sustituido esta noche —le explicó Bob Meeker.

—¿Está enfermo? —preguntó Cody.

—No, está bien. Ha ido al ensayo para ver si puede actuar en la revista.

—¿Para qué?

—Ya conoces a Archie. Es un artista aficionado.

—Sí, y tiene un trabajo que hacer —señaló Cody molesto.

—Ahora trabaja de día, ¿recuerdas? —anunció Bob—. Excepto los lunes por la noche. Cree que puede conseguir que le den el papel. A decir verdad, está muy emocionado, desde que la contable le ha atrapado.

—¿Qué contable?

—Ya sabes, tu contable. La señorita Huddleston.

—Juliet —murmuró Cody resignado—. ¿Qué quieres decir con que «lo ha atrapado»?

—Ya sabes, lo ha convencido para que lo intentara.

—¿Ha estado por aquí Juliet?

—Sí.

Algo lo molestó. Se sintió decepcionado y herido. Casi no la veía desde aquel jueves por la noche, cuando había salido a tocar la armónica y había terminado con ella en brazos. Julie lo evitaba, lo sabía. Era comprensible que quisiera mantener la distancia después de lo que había pasado. Así que no debería molestarlo, pero no era así.

—¿Cuándo ha estado aquí?

—Vino el sábado, a la hora del almuerzo.

—Cuando yo no estaba —susurró Cody casi para sí.

—Pues, sí. Nos comentó que estaba visitando todos los negocios de las calles Broad y Comercial. Dijo que venía a recordarnos lo de la revista, y a decirnos que éramos bienvenidos a participar. —Bob Meeker se rió—. Al principio nos sorprendió. No parecía el mismo ratoncito asustado que se escabullía por aquí, con miedo de su

propia sombra.

—¿«Escabullirse»? Juliet nunca se ha escabullido.

—Como tú digas, Cody.

—Cuéntame lo que pasó entre ella y Archie —ordenó Cody.

—¿Estás bien, jefe? —preguntó Bob Meeker confundido.

—Estoy bien. Cuéntamelo.

—No pasó nada. Juliet vio que Archie estaba interesado, así que estuvo hablando con él algún tiempo.

—¿Cuánto?

—Mira, Cody, no creo que eso sea preocupante.

—Bien. Dímelo.

—No sé. —Bob limpió la barra—. Unos minutos, quizás. Dijo que le encantaría que actuara en una de las obras cortas que van a representar.

Cody se imaginó a Archie con su pelo color arena y su bonita sonrisa. Era atractivo y tenía personalidad. A las mujeres les gustaba Archie. Era encantador. Quizás demasiado encantador para alguien como Julie.

Archie Kent no le convenía. Juliet era muy inocente, maldición. Debía tener cuidado con los hombres. Demonios, si Cody estaba dispuesto a olvidarse de sus propios deseos y protegerla de sí mismo, no podía dejar que alguien como Archie Kent se aprovechara de ella, ¿verdad?

Bob Meeker se alejó y se puso a lavar vasos. Cuando vio que su jefe se marchaba, preguntó.

—¿A dónde vas, jefe?

No obtuvo respuesta. Cody ya había desaparecido.

—¡Suélteme inmediatamente, señor! Soy una mujer casada. ¡A mi esposo no le gustaría ver esto!

—Dame un beso…

—¡No!

—¡Sí!

—¡Déjeme en paz, señor!

—Deja de rechazarme, cariño…

—No, no. No dejaré que manche mi honor… le advierto que…

—Ja-ja. Gatita salvaje… ¡Auch! ¡Dios mío, me has apuñalado, ramera escurridiza!

—Muy bien, maravilloso. Podéis descansar —dijo Juliet. La

pareja que estaba ensayando bajó del estrado y miró expectante a Juliet.

—Dadme un minuto —les informó Juliet y después fue a hablar con Melda Cooks, la autora de la obra titulada, *Los Misteriosos y Sospechosos acontecimientos que Rodean al Cruel e Intempestivo Ahorcamiento de María Elena Rodorica Pérez Smith.*

—¿Qué te parece? —preguntó Juliet en voz baja.

—Son espléndidos —contestó Melda—. Me ha encantado.

—Bien, pues ya tenemos a la lavandera y al hombre apuñalado.

Juliet estaba encantada. Ella misma había animado a Archie Kent para que hiciera una prueba para la obra. La mujer, Yolanda Hughes, era perfecta para el papel de María Elena, que había matado a un hombre por defender su honor y había sido ahorcada.

Juliet se acercó a la pareja, les dio las gracias y les dijo que dejaran sus números de teléfono a Andrea Oakleaf, que era su ayudante aquella noche. Después se volvió al pequeño grupo que esperaba en las filas delanteras.

—Bien —continuó Juliet—, ¿qué tal si abrís el libreto en la página veintidós, que es la escena de la Obra Historia Viviente…? —les indicó qué partes debían leer, y estaba esperando que subieran al escenario cuando las puertas grandes del pasillo central se abrieron. Juliet levantó la vista.

Era Cody, al que había estado evitando desde la noche del jueves. Al verle, el pulso se le aceleró y se sonrojó.

No comprendía por qué un hombre al que conocía desde que era una niña de pronto enloquecía sus sentidos. En ese momento le pareció increíblemente guapo. Le miró los pantalones ajustados, la camisa a cuadros y las botas. Juliet se preguntó si siempre habría tenido el pecho tan alto y las caderas tan estrechas.

Yolanda Hughes, que estaba recogiendo sus cosas, musitó.

—Vaya, qué hombre… —Cuando vio que Juliet la estaba mirando, agregó—. No puedo evitarlo, ese hombre es un regalo para la vista.

A Juliet le molestó aquel comentario. Las mujeres peleaban para no ser consideradas objetos y Yolanda estaba haciendo lo mismo con un hombre.

—Es mucho más que eso —dijo.

Yolanda cogió su bolsa.

—Algunas chicas tienen mucha suerte… —murmuró y se marchó.

Mientras tanto, Andrea Oakleaf aprovechó para mejorar la revista. Saltó de su asiento y fue hacia Cody con un brillo triunfal en los ojos.

—¡Cody McIntyre! —anunció—. Qué conmovedor. Ya era hora de que te decidieras a participar en la revista.

Cody, que había entrado muy decidido, titubeó un poco y retrocedió.

—Mire, Señorita Oakleaf, no se precipite. No he venido aquí para hacer ninguna prueba.

—Sí, Andrea, Cody está demasiado ocupado… —Lo ayudó Juliet.

—Já —se mofó la maestra—. Lo que pasa es que es un niño mimado que cree que lo va a matar comprometer parte de su tiempo para la revista de verano.

—Vaya, señorita Oakleaf —comenzó a decir Cody—. Eso no es justo.

—Bueno, tienes razón —dijo la maestra—. Quizás lo de «mimado» haya sido muy fuerte. Pero ya es hora de que cantes una o dos canciones en la revista.

—Es cierto y lo sabes, Cody —comentó Jake.

—¡Sí, participa, Cody!

—Cántanos una canción —gritó alguien—. ¡Te necesitamos!

—¡Vamos, Cody!

—¿Dónde está tu espíritu comunitario?

Cody se sintió atrapado. Juliet lo miró y se preguntó qué estaría haciendo allí. Siempre había procurado alejarse de los ensayos. Estaba disculpándose cuando Archie Kent volvió del baño y comentó:

—Sí, jefe. Ayúdenos un poco.

Cody miró con dureza a Archie.

—A ti te estaba buscando.

—Eh, ¿qué pasa? —preguntó Archie—. ¿Bob no ha ido a trabajar? Me había prometido sustituirme…

—Bob sí ha ido a trabajar —respondió Cody muy tenso.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —continuó Archie confundido.

—El problema es… empezó a decir Cody.

—¿Sí? —lo urgió Archie.

—El problema es… que no tienes tiempo para dedicarte a esto, eso es. Sabes que el bar se llena durante el festival.

—Pero Cody, ahora trabajo de día —protestó Archie sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo. Juliet tampoco comprendía nada. Cody siempre había sido muy generoso con el festival. Todos los comerciantes lo eran, ya que el festival atraía turistas que ayudaban a la industria de Emerald Gap. De hecho, muchos comercios obtenían el veinte por ciento de sus ingresos anuales durante los diez días del festival. Que Cody no dejara actuar a uno de sus empleados le parecía irracional.

—Cody, ¿qué te pasa? —dijo Juliet irritada. Dio unas palmaditas en el brazo a Archie para consolarlo—. Yo le he pedido a Archie que viniera. Estaba segura de que no te molestaría.

Cody no la miró a la cara. Tenía los ojos fijos en la mano con la que había dado unas palmaditas en el brazo a Archie.

—Bueno, esta vez es diferente —gruñó Cody.

—¿Cómo? —preguntó Juliet.

Por fin Cody la miró a los ojos.

—Es diferente —repitió Cody—. Y quiero hablar a solas contigo, Juliet, para explicártelo.

Juliet le miró asombrada. Cody nunca le había hablado en ese tono tan frío.

El corazón se le encogió. El jueves por la noche también le había hablado de un modo frío y distante, pero era comprensible. Juliet había pensado que todo se arreglaría en unos días. Sin embargo, en ese momento veía que no. ¿Por qué estaba tan enfadado con ella?

Le dolía muchísimo que la mirara con desdén, delante de toda esa gente. El auditorio estaba silencioso, y Juliet se dio cuenta de que todo el mundo los miraba con expectación.

Volvió a convertirse en la tímida Juliet de siempre. Todos la miraban, preguntándose en lo que pasaría entre la aburrida Juliet Huddleston y el espléndido Cody McIntyre, el sueño de toda mujer.

Juliet quería decirle a Cody que estaba dispuesta a hablar con él, pero no podía pronunciar palabra. Miró a Jake, que había estado a su lado los últimos días, y a quien comenzaba a considerar un amigo. Le telegrafió un ruego silencioso.

Jake lo comprendió, sonrió y rompió el terrible silencio.

—Buena idea, Cody. Podéis hablar de esto después. Ahora tenemos que terminar las pruebas.

—Sí, todo el mundo está esperando —repuso Andrea Oakleaf, y después añadió—. Acepta cantarnos dos canciones, jovencito, y serás perdonado.

Cody, que estaba mirando durante todo el rato a Juliet, desvió la mirada hacia la maestra.

—Espere un minuto…

—No, Cody McIntyre. Has conseguido librarte de dirigir el festival este año, y Juliet está haciendo tu trabajo. Lo menos que puedes hacer es cantar en la revista. Quiero que lo prometas, jovencito.

—Pero…

—Promételo.

—Demonios. —Cody se pasó una mano por el pelo.

—Dos canciones.

Se hizo un tenso silencio y Cody se rindió.

—Está bien. Lo haré.

Todos aplaudieron.

—¡Bien hecho, jefe! —vitoreó Archie.

Cody miró a su empleado con dureza y éste salió del auditorio de inmediato. Después se volvió hacia Juliet.

—¿Ya te han arreglado el coche?

—No —respondió ella—. Me han dicho que mañana estará listo —explicó. Todavía estaba usando la furgoneta que Cody le había prestado.

—Bien. Puedes llevarme a casa y hablaremos allí. Estaré en el restaurante.

—B-bien —balbuceó ella.

Cody asintió y se volvió para marcharse. Juliet lo observó y pensó que nada salía como ella había planeado.

Alejarse de él unos días hasta normalizar las cosas no había funcionado. Cody había entrado en el auditorio y con una mirada que la había hecho estremecerse. Parecía más enfadado que la noche que se habían besado en el rancho. Y su actitud hacia Archie había sido totalmente incomprensible.

—¿Juliet? —preguntó Andrea—. ¿Seguimos?

Con valentía, Juliet dejó de pensar en sus preocupaciones sobre Cody. Tenía un trabajo que realizar.

Asintió con una sonrisa a Andrea y recuperó la confianza en sí misma.

—Bien —anunció con calma—. Volvemos al trabajo.

Cody la estaba esperando en su oficina cuando fue a buscarle a las diez y cuarto.

—Dejaré aquí la furgoneta nueva y mañana podrás traerme —anunció cortante. Era una orden, la trataba como si fuera su chófer en vez de una amiga. Se levantó y colocó unos papeles en el escritorio, sin molestarse en mirarla. Por un momento Juliet sintió una profunda tristeza. Le dolía muchísimo que un hombre que siempre había sido su amigo la tratara con aquella frialdad.

Después se dijo que ella no había hecho nada malo. Su actitud la había sorprendido en el auditorio; por eso se había dejado intimidar. Pero no debía seguir actuando así. Levantó la barbilla con decisión.

—Sí, Cody, me encantará traerte al pueblo mañana. No será ninguna molestia. Aunque no te hayas molestado en preguntarlo, las pruebas han sido un éxito, gracias. Ya tenemos siete números musicales, dos poetas y el reparto para las obras, sin mencionar la actuación del perrito de Lalo Severin, y el gato cantor de Raleigh McDuff. ¿No es maravilloso?

Cody gruñó.

—¡Ah! Y a todos nos entusiasma que hayas decidido participar en el festival.

—A todos menos a ti, ¿no? —La miró, parecía herido.

—Oh, Cody…

—¿No es cierto?

Juliet decidió contestar con sinceridad.

—La verdad es que pensaba que sería mejor que no nos viéramos, pero tal como están las cosas, lo que tenemos que hacer es intentar sacar provecho de esta situación.

—Claro. Sacaremos provecho —añadió con sarcasmo.

—Cody —lo miró asombrada—. ¿Qué te pasa?

—Hablaremos de camino a casa —se levantó del escritorio.

Salieron a la furgoneta que él le había prestado. Juliet condujo.

—¿De dónde has sacado ese vestido? —preguntó Cody de

pronto.

Juliet no pudo ver su expresión en la oscuridad, pero había hecho la pregunta en un tono inconfundiblemente acusador.

—De una tienda —anunció con alegría. Cody estaba empezando a exasperarla. Era un sentimiento raro en ella, pero inevitable dada la conducta de él—. ¿Por qué? ¿Tiene algo de malo?

—Es rojo —respondió él, como si el color fuera una ofensa.

Juliet lo miró y se preguntó si a Cody le habría ocurrido algo grave. A lo peor había contraído una enfermedad fatal, o había perdido todo su dinero y se iba a quedar en la calle. No, ninguna de esas tragedias parecía probable. Cody era la viva imagen de la salud. Y como era su contable, ella habría sido la primera en darse cuenta de sus problemas financieros.

Quizás su vestido tuviera algo malo. Lo miró brevemente, pero no vio nada. Tenía un escote ligeramente pronunciado, una cintura ajustada y falda amplia. No se parecía mucho a la ropa que utilizaba antes, pero tampoco era un vestido indiscreto.

—Me gusta el rojo —anunció con calma.

—Antes no usabas ese color —refunfuñó él—. Ni tacones —señaló mirando sus zapatos.

Juliet empezaba a hartarse. Desvió la furgoneta hasta la cuneta y paró el coche.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Cody —empezó a decir ella—. No te comprendo. Ya te hablé de los cambios que quiero introducir en mi vida. ¿Por qué te comportas como si hubiera cometido un delito?

Un camión cargado de madera pasó cerca de ellos e hizo que la camioneta se balanceara.

—Esto es muy peligroso —comentó Cody.

—Entonces respóndeme y nos iremos.

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Por qué estás enfadado conmigo?

—No estoy enfadado. ¿Te he dicho que estoy enfadado?

—No. No hace falta que me lo digas. No has dicho una palabra amable desde que has llegado al auditorio para exigir al pobre Archie que no participara en la revista.

—«Pobre Archie» —repitió él burlón—. Archie no tiene nada de pobre. Le pago un buen salario y saca excelentes propinas.

—No me refería a eso y lo sabes. Me ha parecido muy mal que le hayas atacado de esa forma.

—No le he atacado… exactamente.

—Sí lo has hecho.

—Además, no tienes por qué compadecerle, te lo aseguro. Todas las mujeres lo adoran. ¿Por qué crees que quiere trabajar de día? Porque por las noches siempre tiene citas, por eso.

—¿Y qué tiene de malo? A lo mejor le gusta divertirse.

—Claro que le gusta. Aléjate de él.

—¿Qué?

—No es el hombre adecuado para ti.

—Pero Cody…

—Nada de peros. Hablo muy en serio.

—Cody.

—No es nada bueno para ti. No te conviene.

Juliet lo miró fijamente.

—Lo sé —admitió.

—Eh… ¿lo sabes? —preguntó Cody.

Juliet asintió y le explicó con firmeza:

—Lo que quiero es una vida completa que incluya trabajo, buenos amigos y diversión. A la larga quiero casarme con un hombre bueno. Alguien estable y fiel, con sentido del humor y capacidad para vencer los obstáculos. Tendremos familia. Dos niñas y un niño.

—¿Ah, sí?

Juliet asintió; lo tenía todo muy bien pensado.

—Archie, aunque me gusta mucho, no es el hombre para mí.

—¿No lo es?

—No.

—¿Por qué no?

—Bueno…

—¿Porque no es estable y fiel?

—¿No lo es? No se me había ocurrido pensar en eso.

—Pero has dicho que el hombre de tu vida debe ser…

—Estable y fiel. Sí, eso he dicho.

—¿Entonces…?

—Entonces, nunca he pensado en esas cosas sobre Archie Kent.

—¿Por qué no?

—Porque… no me pasa «eso» cuando le veo.

—¿Eso?

—Sí.

—¿Qué es eso?

«Lo que me pasa cuando te veo a ti», pensó, y se sonrojó. Dio un golpe con la mano en el volante para disimular su turbación, pero fue demasiado fuerte.

—Auch —se quejó.

—Juliet, no te entiendo.

—Bueno, por lo menos ya no me hablas con tanta dureza —señaló ella.

Cody se quedó callado un momento. Después sonrió en la oscuridad.

—Está bien. He sido un idiota.

—Así es.

—Siempre he procurado no comportarme como un idiota.

—Lo habías conseguido, hasta ahora.

—Pensaba que te interesaba Archie Kent, y estaba… —se calló. Miró por la ventana y después se inclinó hacia ella.

Juliet pudo ver mejor su rostro. Era extrañamente consciente de él, del calor que emanaba, y del deseo de que se acercara más.

—Preocupado —terminó él con voz suave—. Estaba preocupado por ti.

—Preocupado. ¿Por qué? —preguntó en tono soñador.

—No quería que te hicieran daño.

—Bueno, ése sería mi problema, ¿no?

—Lo sé, pero… —no terminó.

A Juliet no le importó que su voz se desvaneciera en un suspiro. Estaba demasiado ocupada recordando todo lo que había ocurrido el jueves pasado; reviviendo aquellas deliciosas sensaciones. Los labios de Cody sobre los de ella, el dulce fuego que se había encendido cuando el beso había continuado. El roce exquisito de la mano de Cody en su seno.

El simple recuerdo hizo que se le endurecieran los pezones. Deseó inclinarse hacia él, ofrecerle su boca y pedirle que la besara.

Pero no lo hizo. Se recordó que, aunque le ocurrían cosas muy extrañas cuando Cody McIntyre la miraba, no era el hombre indicado para ella. No podía esperar fidelidad de un hombre como

Cody y temía que la hiriera.

No, sabía que era mejor esperar. Tenía que esperar a un hombre menos atractivo que Cody, menos todo que Cody. Alguien con quien pudiera contar. Buscaría equilibrio en su vida, estabilidad y fidelidad por encima de todo. Si conseguía una pizca de eso, sería feliz.

Aquel pensamiento la entristeció. Conformarse con una pizca cuando con Cody podía tenerlo todo…

Cody murmuró su nombre suavemente. Juliet se dio cuenta entonces de que los dos se inclinaban. Era una sensación maravillosa y voluptuosa. Sería delicioso derretirse en los brazos de Cody.

Pero también podía causarle problemas. Se controló con un temblor y se acercó a su puerta.

En el rostro de Cody se dibujó una extraña sensación.

Los dos se quedaron callados un momento. Pasó otro camión y sacudió la camioneta.

Juliet recordó el tema de su conversación.

—Estamos de acuerdo en que Archie no es para mí, ¿no? Además, creo que yo no le gusto, así que no hay nada entre nosotros.

—Está bien. Estoy convencido —aceptó él con una risa.

—¿Entonces puede participar en la revista?

—¿Por qué no?

—Magnífico. Ahora pídeme perdón por esos comentarios horribles sobre mi vestido, y podremos irnos a casa.

—No sé —respondió él—. Ese vestido es… muy rojo. ¿Qué diría tu madre si te viera con él?

Juliet pensó en su madre. Eso la ayudó a controlarse, a dominar las ganas de seguir coqueteando.

—Mi madre me educó de una forma algo anticuada, es cierto, pero ella ha cambiado…

Cody conocía a la madre de Juliet desde hacía años, así que gimió con incredulidad. Se miraron un momento, y dejaron de pensar inmediatamente en la madre de Juliet.

Al final Cody dijo con una voz que a Juliet le llegó al corazón.

—Juliet… no me ha gustado todo esto, cómo te has alejado de mí. Pensaba que…

—¿Sí? —lo alentó.

—Cuando nos sorprendiste a todos diciendo que querías dirigir el festival, me entristecí. Nos conocemos de toda la vida, nos consideramos amigos, vivimos a unos cuantos metros, y aun así creo que no nos conocemos para nada.

—Sí —admitió—. Te entiendo. Siempre he sido tímida. Tú me has cuidado, me has ayudado mucho.

—Sí, supongo que sí —murmuró—. Pero hasta ahora, tú no me habías evitado. Diablos, lo que trato de decir es que, aunque nunca hemos sido íntimos, sí pensaba que éramos amigos. Y desde el jueves, siento como si… —suspiró—, como si hubiera perdido a una amiga.

—Oh, Cody, lo siento.

—Mira —continuó—, si crees que no soy el hombre indicado para ti, estoy dispuesto a admitirlo. Puedo aceptarlo, pero maldición, Juliet, te echo de menos. ¿No puedes ser mi amiga otra vez?

—Oh, Cody… —balbuceó, sin saber qué hacer. Tenía un nudo en la garganta—. Pensaba que sería mejor que nos distanciáramos durante una temporada.

—Sí —indicó él después de una pausa—. Ya lo sabía.

Y entonces Juliet supo que ya no podía rechazarlo como amigo. Siempre lo habían sido. Estaba segura de que aquella nueva atracción al final desaparecería. Y sería un verdadero placer ser amigos otra vez.

Por el bien de las miles de veces que él la había ayudado, Juliet no podía negar su amistad.

—Está bien —sonrió—. Evitarte no ha servido de nada. No volveré a hacerlo.

—Gracias, Juliet —dijo Cody.

A Juliet le dio un vuelco el corazón. Respiró con calma y le ordenó a su corazón que dejara de correr. Todo saldría bien, se dijo. Aquella loca atracción era pasajera. No era extraña, considerando cuánto había cambiado. Se había propuesto ser más segura y eso había implicado otros cambios. Estaba… despertando como mujer. Y Cody la había ayudado en ese despertar… con esos besos increíbles de la noche del jueves.

Pero eso era la vida real, no un cuento de hadas. Cody parecía

un príncipe pero no lo era. Un comienzo de un compromiso duradero. Y que a ella le hubiera gustado aquel beso no significaba que estuviera enamorada.

No, sólo había sido una reacción física, nada más. Siempre le agradecería a Cody que le hubiera enseñado lo que era esa atracción de la que tanto hablaban hombres y mujeres.

Cody le cogió la mano y se la estrechó.

—Me alegro de que hayamos hablado —dijo.

—Yo también —la voz se le quebró porque aquel breve contacto había provocado una reacción en cadena que a la joven le estaba resultando muy difícil dominar.

Juliet puso la furgoneta en marcha y se dirigió hacia el rancho.

«Pronto», se dijo intentando tranquilizarse, «esto ya no sucederá cada vez que se acerque a mí. Pronto todo será como antes».

No tenía idea de que Cody, sonriente, veía las cosas de modo diferente. Estaba encantado de que hubiera decidido no alejarse de él.

Para Cody, era el momento de ser mejores amigos que nunca.

Capítulo 5

Juliet dio media vuelta para apagar el despertador. En ese momento, alguien llamó a la puerta de la cocina.

—Ay —murmuró y se tapó la cabeza con la almohada, pero siguieron llamando.

—¡Está bien! Ya voy —se sentó.

Se ató la bata y abrió la puerta.

—Buenos días —saludó Cody con una sonrisa. Llevaba unos viejos vaqueros y una camisa. A Juliet le pareció que tenía mucho mejor aspecto que el día anterior, cuando había entrado en el auditorio para exigir que Archie Kent dejara de trabajar en la revista. Sí, pensó mientras disimulaba un bostezo con la mano. Era verdad. Estaba mucho mejor.

Lo miró medio dormida, y se preguntó si ella estaría tan desaliñada como se sentía.

Oyó un gemido. Dejó de mirar el maravilloso rostro de Cody y bajó la vista. *Kemo*, el perro, estaba a su lado.

Cody señaló el granero y los establos.

—Estaba haciendo las labores matutinas —explicó.

—Ah sí —asintió ella.

—Y estaba pensando…

—¿Hmmm? —Bueno, se me ha ocurrido invitarte a desayunar.

—Desayunar.

—Sí, ya sabes. Huevos, tocino, pan tostado y café.

—Quieres que vaya a desayunar contigo.

—Bueno, sí —se pasó una mano por el pelo y miró a su perro. El

animal hizo un sonido que parecía alentarla—. ¿Qué te parece?

No respondió de inmediato. Pensaba que evitar era una cosa. Ir a desayunar con él, otra.

—Bueno, Cody… —comenzó a decir tratando de no herirlo.

—¿No? —Se entristeció—. ¿No vas a venir?

—Cody, yo…

—No importa —la interrumpió—. Sólo era una idea —se volvió, y Juliet se sintió despiadada. A pesar de que sabía que podía ser peligroso, no podía rechazarlo de aquella manera.

—Espera.

—¿Sí? —Se volvió.

—Dame veinte minutos para cambiarme.

—Perfecto —su rostro se iluminó. Llamó a su perro y se marcharon.

Juliet se quedó observándolo, asombrada todavía por la invitación. Después recordó que debía estar lista en veinte minutos. Cerró la puerta y corrió al baño.

Cody tenía casi listo el desayuno cuando Juliet llamó a la puerta. La llevó a la cocina y señaló una silla del comedor situada de cara a la ventana. Le sirvió café y le preguntó cómo quería los huevos. Después los cocinó y llevó la comida a la mesa. Juliet probó el café, cogió su tenedor y comió medio huevo antes de preguntar.

—Cody, ¿a qué se debe todo esto?

—¿Qué? —preguntó con aire inocente.

—Esto. Me has invitado a desayunar.

—No sé —se encogió de hombros—. Me ha parecido una buena idea, así que te he invitado.

—Pero nunca habíamos hecho una cosa así.

—¿Qué? —la retó y después continuó—. De vez en cuando comemos juntos.

—Son comidas de negocios.

—La comida es siempre comida.

—Te equivocas —mordió un trozo de tocino y lo acusó—. Lo sabes bien. Una comida de negocios no es lo mismo que invitar a alguien a desayunar en tu casa.

—¿Quieres decir que aprecias mis esfuerzos?

—Bueno, claro, pero…

No pudo terminar de decir que deberían estar haciendo otras

cosas, la hermosa sonrisa de Cody se lo impidió.

—Oye —exclamó—. Me gusta ese traje.

Juliet quería explicar que no debían pasar tanto tiempo juntos. No obstante miró el traje y se preguntó por qué le gustaba. Lo había comprado meses atrás, antes de su cumpleaños. Era muy sencillo y de color «trigo». «Trigo» le había parecido una palabra hermosa cuando la vendedora la había mencionado. «Es justo tu color, querida. Un hermoso color trigo claro…». Pero cuando Juliet había llevado el traje a casa, se había dado cuenta de que «trigo» era sólo una palabra elegante para decir color marrón.

Terminó de mirar el traje simple y miró a Cody.

—Odio este traje —le aseguró—, pero soy una mujer práctica y no lo voy a tirar todavía. No sé qué le ves.

—No sé. Quizás… me dice que todavía queda un poco de la Juliet que yo conocía.

Casi sin darle tiempo a reaccionar, le cogió la mano.

—¿Sigues siendo la misma? —preguntó en tono dulce y sensual.

—Yo… pues, sí, en cierto modo, sí…

Cody sonrió porque aquella respuesta titubeante era una afirmación en sí misma.

—Bien —comentó y la soltó.

A Juliet le cosquilleaba la mano deliciosamente. Lo miró y se quedó muda.

—Come antes de que se enfríe —sugirió él y procedió a comer.

Juliet siguió mirándolo, esperando que el cosquilleo cediera. Por último, cuando consiguió dominar aquella sensación, se dio cuenta de que estaba muerta de hambre y comió con ansia.

Cuando estaba untando con mantequilla una rebanada de pan descubrió que Cody la contemplaba. Iba a decirle que estar juntos no era bueno, pero él dijo primero.

—Háblame de tu madre, Juliet —la alentó.

—¿Mi madre? —repitió sin comprender.

—Sí, anoche dijiste que había cambiado —le recordó.

Juliet cogió la taza, pero se dio cuenta que ya estaba vacía. Se levantó y fue a buscar la cafetera. Por desgracia no pensó en lo cerca que estaría de él al servirle. Le sirvió, siendo dolorosamente consciente del magnetismo de Cody.

—¿Juliet? —le sonrió.

—¿Sí? —preguntó. Se dio cuenta de que la taza de Cody estaba llena y ladeó la cafetera justo a tiempo.

—Te estaba preguntando por tu madre.

—Mi madre.

—Quería saber si era verdad que había cambiado.

—Sí —se aclaró la garganta—. Mi madre ha cambiado.

—¿Desde cuándo? —Parecía dudarlo.

Juliet ordenó a sus piernas que se alejaran de él. Dejó la cafetera en su lugar. En cuanto se alejó de él, le resultó más fácil pensar en la respuesta.

—Ha cambiado desde que ella y mi padre vendieron la tienda de antigüedades.

—¿Cómo ha cambiado?

Juliet se quedó al lado del mostrador un momento.

—Yo diría que ha rebajado sus principios. No es tan prudente como antes. Creo que la tienda de antigüedades le influía. Era suya desde antes de que yo naciera…

Juliet recordó la tienda. Cuando era niña solía pasar muchas horas en ella. Recordaba que sus padres se pasaban todo el tiempo diciéndole que bajara la voz e impidiéndole tocar los objetos a los que ella se acercaba.

—Sí, la tienda les influía —continuó—. Cuando la vendieron, comenzaron a mirar el mundo de manera diferente.

—¿Cómo?

—No sé, con la mente más abierta, supongo… —Miró por la ventana, pero no veía el campo. Estaba recordando a la niñita solitaria que temblaba ante la idea de hacerse de una amiga. Sus padres, ya mayores, no la entendían.

—¿Juliet? ¿Estás bien? —preguntó Cody con preocupación.

—Sí, sí. Sólo estaba pensando.

—¿En qué?

—Mi padre me llamaba «Ratoncito» —confesó—. ¿Lo sabías? —preguntó. Cody negó con la cabeza—. Era un nombre cariñoso, pero creo que al final me hizo sentirme como un ratón. Como un ratoncito que se escondía de todos… —De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Juliet…

—No te preocupes —se secó las lágrimas—. Sólo es un poco de

autocompasión —anunció y después se controló—. Creo que el cambio en mi madre se debe a Hawái —explicó—. Después de vender la tienda de antigüedades, sus padres habían comprado una casa en la isla de Maui y se habían ido a vivir allí.

—Supongo que Hawái debe hacerle efecto incluso a personas como tu madre.

—Mi madre nunca te ha caído bien —señaló Juliet con algo de amargura. Volvió a la mesa y se sentó.

—No —negó él—. Yo nunca le he caído bien a ella.

—No es verdad —replicó Juliet, pero sin convicción.

—¿No? Acuérdate de la vez que te traje a casa después de que Billy Butley te rompiera el vestido y te tirara al Arroyo Nugget. Pensó que había sido yo.

—Yo le expliqué lo que había pasado.

—Pero antes me dijo que no volviera a acercarme a ti.

—Pero se retractó.

—Porque no tuvo otro remedio.

—Ah, Cody. No entendía que alguien como tú cuidara a un ratoncito como yo. Tenía sospechas.

—¿Qué podía sospechar?

—Bueno, que tramaras algo.

—¿Cómo?

Juliet se sonrojó. Cody adivinó la respuesta.

—¿Pensaba que iba a seducirte? —preguntó sorprendido.

—Es tonto, lo sé —explicó Juliet inmediatamente—, pero ya no piensa eso.

—No te creo.

—De verdad. Te lo prometo. Después de todo, has salido con muchas mujeres durante todos estos años. Y la gente habla. Cuando mi madre se enteró de que tenías tantas novias, decidió que no era probable que necesitaras aprovecharte de mí. Ahora, desde que están en Hawái ha cambiado bastante. De hecho —continuó Juliet para demostrar cuánto había cambiado su madre—, cuando me llamó la semana pasada, me dijo que se había comprado un bikini.

—¿Emma Huddleston en bikini? —exclamó Cody asombrado.

—La gente puede cambiar.

—Ya me he dado cuenta —señaló de mala gana.

La miraba de forma muy intensa. Juliet oyó el motor de una

podadora y se sobresaltó.

Estaba jugando con fuego, lo sabía. No había sido sensato ir a casa de Cody. Sí, siempre habían sido amigos, pero había habido ciertos límites en su relación. No tenía sentido expandir las fronteras de su relación, cuando ella temblaba de pies a cabeza cada vez que le sonreía. Sin embargo, cada vez que trataba de decirle lo que pensaba, la derretía con una mirada o cambiaba de tema.

Terminaron de desayunar y Juliet se dijo que aquello no volvería a repetirse… hasta que esa atracción que sentía por Cody sólo fuera un recuerdo dulce y distante.

—Sabes, es hora de que me vaya —se levantó—. Debo estar en la carpintería McMulch a las nueve —añadió—. Estoy haciendo un análisis de costo.

—Ah, sí, claro. —Cody también se levantó y llevó los platos al fregadero. Ella lo ayudó.

Tardaron poco en recoger. Salieron juntos y se subieron a la vieja furgoneta para ir al pueblo. Saludaron al jardinero que estaba podando el césped.

Juliet habló de cuestiones intrascendentes durante el trayecto. Quedaron en dejar la furgoneta en el restaurante. Juliet le dijo que quizás no necesitara ensayar hasta los últimos días, cuando toda la representación estuviera lista. Después le agradeció el desayuno.

—Ha sido un placer. Cuando quieras.

Juliet sonrió y trató de ignorar los viejos latidos de su corazón.

Cody bajó de la furgoneta. Juliet murmuró entre dientes.

—Cuando quieras, no. No volverá a ocurrir.

Sin embargo, Cody hablaba muy en serio. Desayunar con Juliet había sido un verdadero placer, y planeaba repetirlo pronto. Entró silbando en la ferretería que había heredado de su padre. Todavía no había nadie, ya que no abrían hasta las diez.

Se dedicó a hacer café. Cuando estuvo listo, se sirvió una taza. Después fue a la caja de seguridad y cogió el dinero y los recibos del día anterior. Descubrió que no había ido muy mal, para ser lunes.

Estaba contento. Sin dejar de silbar, dejó el dinero en una bolsa y esperó a Elma Lou Bealer. Cuando llegó, la saludó, abrió la caja registradora y llevó la bolsa al restaurante.

Una vez allí, repitió el proceso de contar el dinero que había

ganado el día anterior.

Tuvo que contarlo dos veces porque la imagen de Juliet seguía interponiéndose entre los billetes. Cuando terminó, metió el dinero en la bolsa y miró el reloj de pared de la oficina. Eran casi las diez.

Cogió su furgoneta y se fue al banco, donde ni siquiera tuvo que hacer cola. A las diez y cuarto, el dinero estaba seguro. Volvió al restaurante para revisar el menú con el chef.

Hasta las dos de la tarde estuvo allí, haciendo de anfitrión y supervisando todo. Después, pasó a la ferretería para hablar de producto de hogar y jardín con un vendedor local.

El tiempo voló y llegó la hora de la cena. Se preguntó si Juliet ya habría comido. Quizá estuviera trabajando en el festival, en el auditorio o en el ayuntamiento. Era importante que comiera bien.

Volvió al restaurante y pidió dos cenas con pescado, patatas, frijoles y zanahorias. Muchas proteínas y verduras frescas. Era importante para una mujer que trabajaba demasiado. Cuando el camarero le guardó la comida, él metió una buena botella de vino.

Justo antes de las seis, estaba aparcando la furgoneta enfrente del edificio estilo Victoriano en el que Julie tenía la oficina. Cogió la cesta con la comida y entró.

Tuvo suerte. Allí estaba. A través de la puerta abierta pudo oír los zumbidos del ordenador.

—¿Juliet?

La joven levantó la mirada de los documentos que estaba mirando. Cada vez que le miraba, Cody tenía la sensación de que todo desaparecía a su alrededor.

—¿Cody?

La miró un momento sonriendo como un tonto. Después recordó la cesta. La levantó con orgullo.

—He pensado que tendrías hambre, así que le he pedido a Roger que nos preparara unos filetes de pescado.

—Oh, Cody —gimió ella como si hubiera hecho algo malo.

—¿Qué? —De pronto Cody se sintió como un estúpido.

La impresora dejó de imprimir y el viejo edificio se quedó en silencio.

—Pasa —lo invitó ella—. Cierra la puerta.

Cody dejó la cesta al lado de la puerta y cerró. Después se sentó en una de las sillas y miró los pantalones grises que se había puesto

antes de ir a buscarla.

—Cody, no puedo con esto —admitió Juliet con un hilo de voz.

—¿Con qué? ¿Con el pescado? —preguntó Cody con falsa alegría.

—He aceptado dejar de evitarte, no pasar el poco tiempo libre que tengo contigo —anunció ella con seriedad.

Aquello le dolió.

—¿No te gusta estar conmigo?

—Sí, Cody. Me gusta mucho.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Todo.

—¿Por qué?

—Oh, Cody…

—«Oh, Cody» no quiere decir nada.

—Oh, Cody…

Esperó.

—Te lo expliqué el jueves pasado. A la larga yo sería la que saldría herida si tú y yo…

—¿Y por qué estás tan segura? —Como Juliet no respondió, continuó—. ¿Por qué vas a ser tú la que salgas herida? Quizás sea yo. A lo mejor no salimos herido ninguno de los dos. ¿Has pensado en esa posibilidad?

—Oh, Cody, sé realista. Mírate y mírame. Es evidente que al final acabaré con el corazón destrozado.

Algo pareció removerse en el interior de Cody. Le dirigió una mirada fulminante y Juliet se encogió en la silla.

—Eso es lo más estúpido que he oído en mi vida. Ya te he mirado, y estás muy bien.

Era cierto, tenía una hermosa melena rubia y unos ojos enormes color avellana. Sus mejillas siempre estaban sonrosadas. Se había quitado la chaqueta del vestido que ella decía odiar y se había desabrochado los primeros dos botones. Parecía una mujer que debía ser besada. Y Cody estaba más que dispuesto a cumplir con la labor. Rodeó el escritorio. Julie lo miró y abrió los ojos de par en par.

—Cody…

Cody decidió no decir nada. Últimamente hablaba demasiado. Se inclinó hacia ella, apoyándose en los brazos de la silla.

—Cody… —repitió Juliet.

Cody se acercó más a ella para poder sentir su dulce aliento.

—Oh, Cody…

La sujetó de los brazos y la hizo levantarse lentamente. Después la abrazó y la besó.

Capítulo 6

Juliet comenzó a derretirse.

Cody jugueteaba con sus labios y la abrazaba con fuerza. Juliet sólo podía pensar en que no quería detenerse. Cody la invitó a abrir la boca y exploró el interior con la lengua encendiendo un incontrolable deseo en Juliet.

Cody deslizaba las manos por su espalda, sometiéndola a una sensual y exquisita tortura. La atrajo hacia él, le acarició el cuello y luego le enmarcó el rostro con las manos para poder besarla todavía mejor.

Juliet gimió con abandono y echó la cabeza hacia atrás. Cody acarició entonces con dedos temblorosos su larga y sedosa melena. Separó un poco la boca para musitar palabras que avivaron todavía más el deseo.

Después volvió a besarla, recorriendo sus labios, mordisqueándole el cuello y descendiendo luego por sus hombros.

Deslizó la mano por debajo de la blusa blanca para tocar su piel desnuda. Desabrochó uno a uno los botones.

—Ay, Dios —murmuró Juliet.

Cody le apartó la blusa dejando al descubierto una copa del sostén de encaje que Juliet había comprado en Sacramento semanas atrás. Cody se separó un poco y miró la suave curva de su seno en el sostén de encaje.

—Precioso —suspiró y acarició lentamente el seno.

Juliet bajó la mirada y experimentó la sensación más maravillosa del mundo. Lo observó mover el pulgar sobre su pezón

a través de la tela. Miró cómo el pezón se endurecía y crecía. Después Cody metió el pulgar bajo el encaje, y movió la prenda de modo que el pezón quedara al descubierto.

—Oh, Cody… —gimió con fuerza. Cody la abrazó.

Después inclinó la cabeza y buscó con los labios el duro pezón. Lo lamió lentamente antes de besarlo.

Juliet tenía la sensación de que todo giraba a su alrededor. En sus treinta años de vida, nunca había sentido nada semejante. Cuando Cody dejó al descubierto el otro pezón, Juliet pensó que a lo mejor había salido del mundo real y estaba en un universo diferente, un reino de sensaciones donde el placer lo presidía todo. En ese momento, lo único importante era el tormento delicioso de los labios de Cody sobre su piel ardiente.

Pero de pronto se oyó en el pasillo el traqueteo del carrito del señor de la limpieza y Juliet se dio cuenta de dónde estaba.

—Válgame… —susurró.

Cody paró inmediatamente de acariciarla. Levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. Tenía los ojos cargados de deseo.

—¿Quieres que pare? —preguntó en voz muy baja.

Durante una breve eternidad, Juliet no encontró palabras para responderle. Desde que la había hecho levantarse de la silla, no se le había ocurrido pensar en la posibilidad de detener aquella explosión de deseo. Todo le parecía… inevitable.

Mientras pensaba la respuesta, Cody tomó una decisión por ella.

—Éste no es el lugar adecuado —murmuró.

La amabilidad de sus manos contrastaba con la dureza de su expresión.

Juliet lo ayudó. En poco tiempo estuvo bien vestida.

Sin embargo, se sentía completamente desnuda. A medida que iba pasando el tiempo, le resultaba más difícil mirar a Cody. Cody se alejó y se puso al otro lado del escritorio.

Juliet se sentó en la silla, y le vio sacar la comida de la cesta.

Cody la miró y Juliet detectó una chispa de enfado en su mirada. No podía culparlo, ella se estaba portando de una forma muy extraña. Le decía que no quería que pasaran más tiempo juntos y después se derretía en sus brazos en cuanto la tocaba.

—Se está enfriando —comentó Cody—. No merece la pena desperdiciarla.

Juliet no sabía qué hacer, así que dejó que la alimentara por segunda vez en el día.

Comió sin saborear, aunque se dio cuenta de que la comida era excelente. No tenía mucho apetito después de lo que había pasado, pero su cuerpo necesitaba combustible para la reunión que tenía aquella noche con los presidentes de los comités del festival.

El señor de la limpieza llamó a la puerta y Juliet gritó que pronto terminarían. El hombre se alejó por el pasillo.

En cuanto terminaron, Cody se puso a recoger y Juliet le agradeció la cena. Sus propias palabras le parecían falsas. La intimidad de sus caricias había sido excesiva aquella vez. A su lado, el beso del jueves por la noche parecía cosa de niños. Agradecerle la cena era absurdo después de lo que había pasado.

—De nada —le contestó Cody. Cogió la cesta y se acercó a la puerta.

—Cody —lo llamó.

—Sí —se detuvo sin volverse.

—A pesar de cómo he reaccionado cuando me has besado, hablo en serio. No quiero comprometerme contigo…

—Sabía que lo ibas a decir —dijo con ironía.

—¿Debo empezar a evitarte otra vez?

Cody se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Diablos, no —la miró—. No te preocupes. No soy un genio, pero he captado tu mensaje esta vez. Si sigues diciendo que no quieres salir conmigo después de lo que hace un rato ha pasado, es que hablas en serio. No te molestes en evitarme, Julie. Yo te evitaré a ti —se volvió y abrió la puerta. El señor de la limpieza se acercaba por el pasillo—. Pase —le dijo Cody—. Ya hemos terminado.

Cody cumplía lo que decía. Durante una semana, Juliet sólo lo vio pasar por la calle algunas veces y en el rancho por las mañanas. Por las noches le oía tocar la armónica en el porche de su casa.

Nadie hubiera adivinado lo mucho que le costaba a Juliet quedarse en la cama en esas ocasiones. Ella, que siempre había sido demasiado tímida para sentir odio por alguien casi odiaba a Cody McIntyre cuando tocaba aquellas hermosas melodías. Se lo imaginaba con la armónica en la boca y recordaba inmediatamente sus besos.

Lograba mantenerse en la cama recordando que quería mucho

más del primer hombre con el que hiciera el amor. No quería terminar con el corazón roto.

El coche le ofreció un poco de consuelo. Aunque pudiera parecer absurdo, la tranquilizó ponerse algo rojo y conducir por las montañas a una velocidad mayor de la normal, sintiendo el ronroneo del motor. Bajaba las ventanillas y dejaba que el viento jugara con su pelo.

Afortunadamente, el festival la mantenía muy ocupada. Había tantas cosas que hacer que casi no tenía tiempo para pensar en un hombre que nunca podría ser suyo.

Locura de Verano iba maravillosamente. Para la revista, la obra corta sobre María Elena, con Yolanda y Archie, no tenía nada de melodramático. Hasta el acto del perrito francés era gracioso. Reva Reid, encargada del comité del Desfile del Día de Apertura contaba ya con treinta y cinco carrozas. Burt Pandley ya había llenado el ayuntamiento de puestos de productos industriales y artesanales de la zona.

Jake tenía un amigo que trabajaba en un periódico de Sacramento. El amigo fue a visitarlo, y quedó en escribir un reportaje para el periódico dominical antes del festival. Todos estaban emocionados. Babe Allen, que al principio decía que sería mejor pagar a un profesional, cambió de opinión. Comentó un par de veces que ampliarían ciertos aspectos para el año siguiente, siempre y cuando Juliet se encargara del festival.

Si no hubiera sido por sus sentimientos hacia Cody, la vida de Juliet habría sido tan perfecta como alguna vez había soñado. Pero el deseo de que Cody la abrazara, ensombrecía hasta su triunfo como directora del festival.

A veces trataba de decirse que ese deseo ardiente era bueno, una especie de experiencia de aprendizaje de los sentidos. El problema era que el hombre que la había iniciado en aquel mundo de sensaciones podía causarle mucho dolor.

Llegó el domingo en el que apareció un artículo sobre el festival en la sección de *Ocio del Sacramento Bee*. La portada era una fotografía a colores en la que aparecía el ayuntamiento con un enorme cartel que anunciaba el festival.

Juliet compró diez ejemplares.

En el artículo la mencionaban cuatro veces, y la citaban dos. El

escritor la describía, como «la directora del festival de este año, una contable local con un aire tranquilo e inteligente». Juliet estaba tan contenta que mandó una copia a sus padres. Su madre la llamó para felicitarla. Le dijo que tanto ella como su padre estaban orgullosos de ella.

—Oh, Juliet, lo sabía —exclamó su madre antes de colgar—. Sabía que estabas cambiando, abriéndote, aprovechando la vida. La verdad es que nosotros hemos sido… unos padres muy aprensivos y rígidos. No, no, no digas que no es cierto. Éramos una pareja sin hijos y nos costó mucho adaptarnos a los cambios que introdujo en nuestra vida tu nacimiento. Nosotros… te reprimimos. Queríamos que fueras callada y no dieras problemas. Y en eso te convertimos. En un ratón tímido… ¿recuerdas que así te llamaba tu padre?

—Sí —admitió—. Lo recuerdo.

—Últimamente me había parecido que estabas cambiando. Cuando he leído el reportaje, he sabido que tenía razón. Creo que es maravilloso, de verdad.

Juliet se emocionó y apenas pudo murmurar las gracias.

—No me lo agradezcas —negó su madre—. Agradécetelo a ti misma. Tú lo has hecho todo.

Hablaron unos minutos más. Su madre describió con entusiasmo la Isla Maui, y las espectaculares playas que habían visto en la isla grande.

—Ahora tengo que irme —anunció Emma—. Tu padre me está esperando. Vamos a nadar.

Juliet se imaginó a su madre con bikini y sonrió.

Se sentó un rato en la cama después de colgar y saboreó los halagos de su madre. Estaba cumpliendo la promesa que se había hecho el día de su cumpleaños. Si seguía luchando, alcanzaría todos sus objetivos.

Su capacidad de decisión y organización se puso a prueba durante los dos ensayos generales, que precedieron a la apertura de la revista Locura de Verano.

Como todos los artistas eran voluntarios, Juliet hacía que los ensayos fueran lo más cortos posible. No programó ensayos completos hasta los dos últimos días previos a la noche de estreno. Ahorró tiempo, pero se enfrentó a dos nuevos problemas. Los cambios de escenario y los problemas de las luces y el sonido.

El miércoles por la noche, después de dos horas de ensayo, los ánimos estaban que hervían. Uno de los perritos de Lalo Severin estuvo persiguiendo al gato cantor de Raleigh McDuff por todo el teatro. Al final el minino se subió a la cortina del telón. Tuvieron que alentarlo a bajar con una lata de sardinas. Andrea Oakleaf se llevó al perro para curarle varios rasguños en la nariz. Yolanda Hughes, no paraba de gritar que su traje no le favorecía en absoluto. Archie Kent llegó tarde, y dos de los muchachos del grupo Barbershop Boys tenían la garganta irritada.

Juliet estaba muy tensa intentando dirigir a Yolanda en la escena del asesinato, mientras los chicos que hacían de multitud sanguinaria salían y entraban al teatro con refrescos.

—Adiós, amigos… Adiós, amigas —dijo Yolanda… y después comenzó a tirar de la parte delantera del vestido y a protestar por lo mal que estaba hecho.

Yolanda se contuvo lo suficiente para que la colgaran como era debido. No obstante, la música fúnebre que acompañaría la muerte del alma inocente no se oyó y el reflector que debía iluminar únicamente la figura ahorcada de Yolanda terminó iluminando a Bobby Dumphy, que estaba tomando un refresco y comiendo patatas fritas.

Juliet estaba a punto de llorar.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —dijo una voz profunda y suave a su oído.

Cody. Julie se puso muy tensa. Lo había visto entrar y sentarse al final para esperar su turno de cantar, pero después se había olvidado de él.

Se volvió hacia Cody. Incluso bajo aquella tenue luz estaba maravilloso.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Oye, Juliet, ¿y ahora qué? —preguntó alguien.

—Ayudad a bajar a Yolanda, apagad las luces y descansad un rato —ordenó Juliet.

Las luces se encendieron. Archie, que por fin había llegado, ayudó a bajar a Yolanda.

Juliet se movió inquieta en su asiento, y se volvió hacia el protagonista de sus sueños prohibidos.

—¿Qué sugieres?

—Manda a todo el mundo a casa, excepto a los técnicos —explicó con calma—. Después repasa el espectáculo, dos veces si se puede, sólo con las luces, el sonido y los cambios de escenario. Puedes utilizar a algunos voluntarios para ocupar el lugar de los actores. Mañana, cuando tengan asegurada la parte técnica, puedes incluir a los actores.

Juliet lo pensó. Admitía que parecía más razonable que hacer todo a la vez. Si pudiera coordinar las luces y el sonido, todo saldría bien.

—Buena idea. Gracias —agradeció.

—No hay de qué —replicó él y volvió a su asiento.

Juliet lo estudió un momento y pensó que Cody la había ayudado a pesar de que le había dicho que iba a alejarse de ella.

—¡Oídme todos! —anunció—. Poned atención a esto…

El plan de Cody funcionó bastante bien. Las luces y el sonido se coordinaron perfectamente. Al día siguiente, el perro se limitó a gruñir al gato cantor, y Yolanda seguía inconforme con el vestido. Archie Kent llegó a su hora y los chicos del grupo tenían la garganta perfectamente y cantaron «*Dulce Adeline*».

Cody cantó una melodía rítmica de un vaquero y una mula necia en el primer acto. Su otro número, en el segundo acto, era una nueva balada. Juliet tuvo que ir tras bambalinas y no oyó la canción. Volvió cuando se estaban oyendo las últimas notas. Era una canción tan hermosa que hasta Bobby Dumphy dejó de comer y aplaudió con entusiasmo.

El último ensayo terminó de madrugada, pero todos salieron satisfechos. La revista no era perfecta, claro, pero nadie esperaba que lo fuera. Era intrascendente y divertida. Eso sería suficiente para todos.

Al día siguiente, Juliet ni se molestó en ir a la oficina. Habló con las Mujeres Metodistas sobre el desayuno del día siguiente, y miró brevemente las carrozas que iban a salir en el desfile. Continuó con la revisión de los puestos de la feria Industrial y Artesanal.

A las cuatro volvió al rancho. Se bañó y se metió en la cama. Despertó cuarenta minutos después. Había soñado que Cody le preguntaba tristemente por qué le había dado la espalda. Se despertó sobresaltada y encontró dos lágrimas en sus mejillas. Se sentó, se las secó y después fue a ponerse su nuevo vestido rojo.

Cuando estuvo lista, se miró en el espejo.

Era de un tejido muy ligero. La parte de arriba del vestido se ajustaba como una segunda piel a su cuerpo y la falda tenía un gran vuelo. Debajo de la falda, llevaba un forro con el borde de crinolina. Claro, nadie lo vería, pero le encantaba cómo crujía a cada paso que daba.

Juliet guiñó el ojo al espejo. Dejó atrás la tristeza del sueño. Estaba preparada para el estreno de la Revista Locura de Verano.

Cuando el telón se levantó, no había un solo asiento libre. Juliet cedió su asiento a una viejecita que le explicó que llevaba treinta años sin perderse el estreno de la revista. Juliet se sentó al lado de una de las puertas laterales. Las luces se apagaron. Oyó los cuchicheos de emoción de los artistas, y temió que algo saliera mal.

Pero no fue así. Aunque hubo algunos errores, desde las primeras notas de «*Dulce Adeline*», hasta el acto final, la velada fue casi mágica.

Los animales obedecieron a sus dueños. Yolanda no tiró de su vestido ni una sola vez. A Juliet le pareció oír otro sollozo cuando se oyó la música fúnebre de la muerte de Yolanda. Jake encantó a todos con sus dos poemas sobre la historia del lugar.

Cody, vestido con una camisa negra, pantalones y botas negras hizo dar palmas a todo el público cuando cantó la canción sobre la mula. Juliet aplaudió con gusto y cantó con el coro.

Como no la había oído en el ensayo, no estaba preparada para su segunda canción. Cody se sentó en un taburete bajo el haz de luz y cantó una canción sobre un hombre que quería a una mujer que se negaba a amarlo.

La canción era sorprendentemente sensual, y a la vez muy tierna. El público enmudeció, no se oía ni un susurro. Juliet se apoyó contra la pared y se entregó a la canción.

Se permitió imaginar que Cody le cantaba a ella. Revivió las dos veces que había estado en sus brazos. Primero, sobre su regazo en el porche de su casa, y después en la oficina.

Cuando terminó la canción, reinaron unos segundos de silencio. Juliet suspiró mientras imaginaba a Cody besando sus senos.

Los estruendosos aplausos la hicieron volver a la realidad. Se irguió de pronto y miró con aire de culpabilidad a su alrededor, preocupada porque la hubieran visto mecerse contra la pared,

perdida en sus sueños. Pero todo el mundo estaba mirando al escenario y aplaudían con fuerza la hermosa canción de Cody. Juliet se unió a los aplausos.

Después llegó el último acto y los aplausos finales. Babe Allen se levantó para anunciar el desfile, el desayuno y las atracciones de los próximos diez días.

Juliet fue a felicitar a todos los artistas por su maravilloso trabajo. Les recordó que no se emocionaran demasiado, que todavía les faltaban nueve representaciones más. Se le quebró la voz al ver a Cody, que la estudiaba con expresión indescifrable.

Cuando terminó de hablar Juliet, Cody se levantó e invitó a todos a una copa. Juliet le miró indecisa.

¿Y por qué no?, se preguntó de pronto. La revista había sido un triunfo y tenía derecho a celebrarlo.

Así que salió del auditorio con Jake y Andrea, hablando animadamente sobre la revista y el festival. Se dirigieron bajo la luz romántica de las farolas hacia el restaurante.

El bar estaba lleno cuando llegaron. Juliet entró riendo y saludando a quienes la conocían.

Todo el mundo la felicitaba.

—¡Buen trabajo, Juliet! ¡Oye, Juliet, qué éxito! ¡Sabíamos que podías hacerlo!

Cuando consiguió llegar a la barra, le pusieron un daiquiri de fresa. Seguramente Cody se lo había pedido, ya que sabía que le gustaba. Se sonrojó y se preguntó si la habría visto entrar. Miró a su alrededor, pero no lo encontró.

Dio un largo sorbo a su bebida. Estaba riquísima.

Se le acercaba mucha gente para felicitarla por lo bien que había estado. Pronto apareció otra de las estrellas de la noche en la puerta.

Juliet se apoyó contra la barra. Movió el pie al ritmo de la música de la rocola y se dijo que había valido la pena su esfuerzo por salir adelante.

Bebió el daiquiri y le pusieron otro. Cuando pidió la cuenta, el camarero le dijo que no. Lo agradeció y sorbió con satisfacción. Se abrió paso entre la gente para ir a la rocola y seleccionar algo.

—Escógeme algunas, Juliet… —dijo alguien y le pasó unas monedas. Juliet escogió canciones románticas y otras más

animadas.

—¿Te has divertido?

La euforia de toda la velada pareció concentrarse en los ojos verdosos de Cody, que le sonreía con cariño, como lo hacía antes de que todo cambiara entre ellos.

Juliet no respondió. Se deleitaba con el placer de mirarlo, y confesar en silencio que, además de desearlo, le había echado mucho de menos.

—¿Te diviertes? —repitió él con voz amable y un poco burlona.

Juliet asintió y de repente algo cambió profundamente en su interior.

En ese momento comprendió que no podía negarse a vivir. Aunque quizás sufriera al final, una mujer que trataba de negar las exigencias de su corazón sólo vivía a medias.

Sin pensarlo dos veces, le dijo en un susurro:

—Te he echado de menos.

Cody se quedó callado. La miró intensamente a los ojos.

—Yo también.

Alrededor de ellos la fiesta continuaba. La gente se reía y bromeaba. Pero para Juliet sólo existía el latido de su corazón, su respiración acelerada y a la distancia, la música de la rocola.

—Ven a casa conmigo —sugirió Cody.

Juliet apoyó una mano en su mejilla y se la acarició con cariño. Cody le cogió la mano y le besó la palma.

—Te deseo Juliet —susurró—. Estoy cansado de fingir que no es así.

A Juliet le latía el corazón a una velocidad desmesurada.

¿Qué le importaba a uno durar o terminar mal? ¿Qué más le daba en ese momento perder a un amante, un amigo y un cliente? Tenía treinta años y nunca había estado con un hombre desnudo. Iba a hacer el amor con un hombre al que adoraba, durante el Festival Locura de Verano, cuando estaba viendo cómo se hacía realidad el sueño de ser una mujer fuerte y segura.

Cody la miraba esperando una respuesta.

—Yo también estoy cansada de fingir, Cody. Sí, voy a casa contigo.

Capítulo 7

Juliet dejó su coche en el aparcamiento del restaurante y fueron en la furgoneta de Cody. Los rayos de luna se filtraban entre las hojas de los árboles, dando a la noche un aspecto mágico. Cuando cruzaron la reja de hierro, vieron el enorme globo plateado encima de las montañas.

Kemo salió a recibirlos moviendo la cola. Se revolvía y gemía de felicidad. Cody lo acarició antes de ir a abrirle la puerta a Juliet.

—¡Vamos! —ordenó y lo abrazó.

Cody la cogió en brazos y abrió. Después la llevó entre risas al piso de arriba.

La habitación de Cody era la más grande y daba al norte, al campo abierto. Tenía un ventanal enorme desde el que se contemplaba un hermoso paisaje.

Una vez en la habitación, las risas desaparecieron.

Cody la bajó delante de la ventana y después la abrazó por detrás. Permanecieron así unos instantes, contemplando la luna.

Una nube se cruzó en el rostro de la luna, ensombreciendo al mundo. Después se movió y la luna volvió a brillar con todo su esplendor.

—¿Todavía quieres…? —le preguntó Cody suavemente al oído.

—Sí —se volvió y lo miró a la cara.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Iremos muy despacio.

—Bien.

Lo abrazó y posó sus labios en los de ella. El beso no tardó en convertirse en una exploración lánguida y sensual. Rozaba su boca de un lado al otro, de arriba abajo.

Levantó un poco la cabeza y dijo con suavidad:

—Qué mal educado. ¿Quieres algo de beber?

Juliet, todavía bajo los efectos de los dos daiquiris, sacudió la cabeza. Después levantó el rostro hacia él para que continuara besándola.

Cody empezó a bromear con ella y durante unos segundos hubo suspiros y risitas delante del ventanal. Pronto las caricias de Cody se hicieron más firmes y buscó curiosamente los senos de Juliet.

Juliet suspiró y se arqueó para que él pudiera acariciarla plenamente. Después Cody la guió hacia la cama grande donde los dos se tumbaron riendo.

Cuando se callaron, Cody se apoyó en un codo y la miró.

—Oye, me gusta este vestido.

—No es como los que llevaba antes —comentó ella en tono burlón.

—Creo que —empezó a decir, acariciándole sensualmente un hombro—, empiezo a apreciar a la nueva Juliet.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió él con voz sensual.

Acarició la suave curva de sus senos, y deslizó la mano hasta su vientre plano; agarró la falda del vestido y la levantó lentamente.

—Juliet Huddleston —murmuró cuando vio el forro del vestido —, ¿qué tenemos aquí?

Juliet no respondió, ni se movió mientras la falda se levantaba. Cuando el forro quedó al descubierto, Cody alisó los pliegues y la besó una vez más. Fue un beso apasionado que hizo renacer el deseo de la chica.

—Oh, Cody —susurró Juliet. Estaba excitada, pero también algo asustada, nunca había hecho el amor.

Cody susurró algo erótico, y a la vez reconfortante y metió la mano bajo la falda. Posó la mano en el vientre de Juliet, que se estremeció, y le dijo:

—Shh, tranquilízate —y después le bajó el forro del vestido.

—Levántate, Juliet… —Mordisqueó su oreja.

Juliet gimió y levantó las caderas para que pudiera quitárselo.

Cody lo tiró al suelo y continuó quitándole los zapatos.

Juliet no llevaba medias. Cody pasó un dedo a lo largo de la piel suave y desnuda de su pierna.

Continuó hacia arriba, hasta tocar la frágil prenda que cubría su centro de su femineidad. Juliet jadeó y se tensó. Cody la tranquilizó con susurros y suaves caricias, al final, Juliet se olvidó de todo lo que no fuera el placer que le provocaba.

A pesar de su inexperiencia, su cuerpo parecía saber lo que debía hacer. Cody volvió a besarla y Juliet se levantó invitante, ofreciéndole su cuerpo para que hiciera con él lo que quisiera.

La humedad creciente de Juliet evidenciaba su excitación. La joven sabía que Cody debía haberla percibido, y se quedó paralizada durante unos instantes, avergonzada de que Cody conociera la respuesta de su cuerpo. Pero Cody susurró contra su boca que no se preocupara y Juliet se relajó.

Cody no cesaba de susurrarle palabras excitantes; el ritmo de sus caricias aumentaba y ella se revolvía y gemía de placer. Lo besó apasionadamente y se aferró a sus hombros, anhelando una satisfacción que todavía no sabía cómo lograr.

Pero Cody sí sabía. Cody dejó de acariciarla. Juliet gimió, no quería que se detuviera.

—Está bien, Juliet. Déjate llevar…

Después pasó la mano encima de su braguita y empezó a moverla con movimientos expertos. Juliet jadeó, sabía lo que Cody estaba haciendo. Cody continuó haciendo lo que había estado haciendo antes, pero sin la barrera de la tela. Acariciaba el corazón de su femineidad con movimientos lentos, profundos y expertos.

Era la cosa más hermosa e impactante que le había ocurrido en su vida. Se rindió al mundo mágico de las sensaciones que Cody despertaba, esperando anhelante lo que todavía quedaba por llegar. Nunca en su solitaria vida virginal había conocido nada tan maravilloso.

Y aunque pareció imposible, el placer seguía creciendo. Cody continuaba acariciándola, encendiendo el deseo de Juliet con una cadena de sensaciones que parecía no tener fin.

Y entonces ocurrió algo especial. Algo increíble. Fue una explosión de intensas sensaciones. Un fuego interno la abrazaba, la hacía estremecerse; nada podía apagarla. Echó la cabeza hacia atrás

y jadeó con placer. Era una agonía interminable, que al final la dejó exhausta en la cama.

Durante un largo rato, Juliet fue incapaz de pensar con coherencia. Se hundió en la cama, débil, relajada y contenta, como nunca lo había estado.

Pero poco a poco fue volviendo a la realidad y descubrió a Cody vestido a su lado.

Entonces pensó en algo que la preocupó. ¿Estaría haciendo el ridículo?

Se sonrojó al recordar cómo se había movido y gemido sin vergüenza. Hasta había gritado al final. Había leído que hacer el amor podía proporcionar mucho placer, pero nunca se había parado a pensar qué le parecería a un hombre ver a una mujer gimiendo y revolviéndose.

No soportaría mirarlo a los ojos, ni abrir los suyos siquiera. Cada vez se sentía más estúpida. Decidió que, como no estaba tumbada hacia él, por lo menos debía tener el valor de abrir los ojos. Lo hizo y vio la luna.

Cody la había acurrucado contra él y continuaba acariciándola lentamente. Era una locura, pero Juliet quería que continuara.

Juliet pensó que a lo mejor a Cody no le importaría, pero en ese momento éste retiró la mano. Juliet pensó entonces que sus temores habían sido fundados. Posiblemente estaba avergonzado por su indiscreto comportamiento, y se estaría preguntando cómo deshacerse de ella sin herirla. Juliet estaba segura que se iba a levantar de un momento a otro y se iba a alejar de ella. Pero de pronto, Cody le acarició la cara. Sus dedos olían a su propia pasión.

—¿Juliet? ¿Qué pasa? ¿Estás bien? —habló con una ternura que la sorprendió—. ¿Juliet? —La hizo volverse.

Los ojos le brillaban con ternura y preocupación. Juliet cerró los ojos y volvió a abrirlos pensando que se había equivocado. Pero no, Cody continuaba mirándola con la misma expresión.

—¿Pasa algo? Dímelo.

Juliet quiso alejarse de él, pero Cody se lo impidió.

—Dímelo.

—Oh, Cody… —Juliet suspiró.

—Vamos —la alentó—. Dilo.

Reconfortada por la expresión de Cody, Juliet le explicó.

—Supongo que… he perdido un poco la cabeza, ¿no?

Cody la miró y sonrió.

—Sí, has perdido un poco la cabeza.

—Supongo que te he parecido ridícula.

Cody la hizo tumbarse con suavidad y después se apoyó en un codo para mirarla detenidamente.

—No vayas tan lejos —la tranquilizó—. He dicho que has perdido la cabeza, pero no he dicho que hayas hecho el ridículo.

—Pero yo…

—Nunca había visto nada tan sensualmente hermoso.

—Oh, Cody…

—Estaba tan excitado que no podía pensar —se estrechó contra ella—. De hecho, aún lo estoy…

—¿Qué?

—Excitado.

—Ah —sonrió un poco—. ¿Estabas excitado? ¿Todavía lo estás?

—Y que lo digas.

—¿Todavía quieres…?

—Más que nada.

Juliet le creía. Suspiró contenta. Se volvió y lo besó en la boca con todo el cariño y la emoción de la que fue capaz. Cuando el beso terminó, se acordó de algo importante.

—¿Cody?

—¿Sí? —se alejó un poco de ella. Juliet aprovechó la oportunidad para sentarse.

—Pues… yo… —No podía decirlo. Cody esperaba. Juliet cogió fuerzas y siguió—: Yo no he traído nada. Quiero decir, que no he traído ningún anticonceptivo.

—No te preocupes —con un rápido movimiento, abrió un cajón de la mesilla y sacó un pequeño paquete.

Juliet se sonrojó al ver el contenido.

—Bien.

Permanecieron muy quietos durante unos segundos. Se miraban y sonreían. Juliet pensó en ese momento que Cody había conseguido hacer desaparecer su miedo y le tendió la mano.

Cody la cogió y la apretó con cariño. Después puso el paquete en la mesilla y se sentó. La cama crujió. Cody se quitó las botas.

Juliet, sentada detrás de él, le observó con admiración mientras

se desnudaba. Por fin iba a descubrir los últimos secretos de las relaciones entre hombres y mujeres. Y los iba a aprender con el hombre más guapo del mundo, pensó contenta.

Cody se quitó los calcetines y la camisa dejando al descubierto la maravillosa simetría de su espalda. Se levantó y se quitó los pantalones. Al final se quitó los calzoncillos con toda la naturalidad del mundo.

Juliet nunca había visto un hombre desnudo. Pensó que Cody tenía un cuerpo escultural. Advirtió que seguía excitado.

Juliet se humedeció los labios nerviosa, preocupada por sus posibilidades de hacer el amor. Después se dijo que no fuera tonta. Cody era un hombre y ella una mujer, estaban hechos el uno para el otro, así que no habría ningún problema.

Cody se acercó y le tendió una mano. Juliet la cogió sin titubear. Cody tiró de ella de modo que quedara de rodillas en la cama. Después la hizo levantar los brazos y le quitó el vestido.

Cody miró el sostén y las braguitas de encaje rojo.

—Ay, Juliet, ya no eres una niña.

—No, ahora me gusta el color rojo —le aseguró ella con una mirada traviesa.

—Y te queda muy bien.

Juliet le rodeó el cuello con los brazos y se abrazaron con fuerza.

Juliet sentía la fuerza de los muslos de Cody contra la suavidad de los de ella. El vello de su pecho rozaba la curva de sus senos. Cody se inclinó y la besó.

Fue un beso largo y furiosamente excitante. Juliet le acarició ávidamente la espalda y el cuello. Jugueteó con el sedoso pelo de su nuca. La respuesta de Cody no se hizo esperar, se estrechaba contra ella y jadeaba de placer. Su excitación era evidente.

Después comenzó a besarle el cuello y Juliet se arqueó contra él. Cody deslizó la boca hasta sus senos. Los besó por encima del encaje y después desabrochó el sostén y se lo quitó.

Besos sus senos, como había hecho aquella tarde en la oficina. Después le quitó el sostén y se apoderó de sus senos. Juliet, perdida en aquel reino maravilloso de sensaciones, se tumbó en la cama. Cody la siguió.

Continuó acariciándole los senos con una mano y deslizó la otra

bajo las braguitas. Juliet gimió excitada y Cody dejó de acariciarla para quitarle la braguita.

Estaban totalmente desnudos. Cody siguió acariciándola y excitándola. Juliet sintió que se acercaba al clímax. Aunque lo deseaba con todas sus fuerzas, le cogió a Cody la muñeca para que se detuviera. Cody la miró extrañado.

—Si sigues así, voy a terminar sin ti —explicó Juliet entre jadeos.

—Está bien.

—No —negó—. Quiero… todo, Cody. Te deseo.

Tímida, curiosa y titubeante, Juliet acarició la evidencia de su deseo. Cody jadeó. Juliet sonrió y lo acarició. Cody gimió y levantó las caderas hacia ella. A Juliet le pareció increíble que jadeara y se moviera como ella lo había hecho antes. Nunca se había creído capaz de excitar de aquella forma a un hombre.

—Si sigues así —le advirtió él—, yo terminaré sin ti.

Lo besó y estiró la mano para coger el paquete que había dejado en la mesilla. Se sonrojó un poco y le pidió que la dejara ayudarlo. Él aceptó, y le enseñó lo que debía hacer. Volvió a gemir cuando Juliet le puso el preservativo.

Después volvió a acariciarla para asegurarse de que estuviera preparada para hacer el amor. Quería que su primera vez fuera inolvidable.

Cuando pensó que estaba suficientemente excitada, Cody se puso encima de ella y le separó los muslos. Con una ternura exquisita, empezó a penetrarla, intentando superar la barrera de la virginidad de Juliet.

Juliet se quejó. Cody le prometió que no le iba a doler, que iba a tener mucho cuidado. Era obvio que temía hacerle daño.

Así que, como la mujer fuerte que era, y tan rápidamente que Cody no pudo darse cuenta de sus planes, Juliet lo rodeó con las piernas y se estrechó contra él, rompiendo ella misma la barrera.

Le dolió. Cody gritó su nombre como si a él también le doliera.

Y después se quedó muy quieto, para que Juliet pudiera acostumbrarse a su presencia. Juliet oía sus propios jadeos. Después intentó relajarse. Lo peor había pasado.

Fue tranquilizándose poco a poco. El dolor cedió y poco a poco fue siendo consciente de una maravillosa sensación de plenitud.

Estaba… vaya, estaba muy excitada. Le parecía increíble que Cody estuviera dentro de ella. Se sentía como si… Gimió.

Cody se dio cuenta. Comprendió que ese gemido ya no era de dolor, sino de excitación. Levantó lentamente las caderas. Juliet gimió otra vez. Cody bajó para llenarla de nuevo.

—¿Estás bien? —susurró.

—Sí —se aferró a él—. Sí, Cody, sí…

—Trataré de ser cuidadoso.

Juliet era consciente de que Cody estaba haciendo un enorme esfuerzo para que llegasen juntos al final. Pero no merecía la pena esa primera vez. Juliet lo sabía. Tenerlo dentro de ella era delicioso. Se conformaría con eso de momento.

Así que, se estrechó contra él, urgiéndolo a liberarse como ella lo había hecho antes.

—No… —gimió a Cody.

Pero se rindió a su propio deseo. Juliet lo abrazó con fuerza.

Cuando terminó, lo acurrucó en sus brazos. Le acarició la espalda con movimientos lentos. Cuando Cody recobró el ritmo de su respiración, se movió y la miró a los ojos.

—Quería esperarte.

—Ha sido precioso.

Cody esbozó una sonrisa que le robó el corazón. Juliet volvió a abrazarlo.

—Oh, Cody —le susurró al oído—. Gracias. Empezaba a creer que nunca iba a conocer… las cosas que pueden pasar entre un hombre y una mujer.

—Ésta no será la última vez que me lo agradezcas, ¿o sí? Lo último que me dijiste era que me alejara de ti.

—Para nada —lo abrazó con fuerza—. Quédate todo lo cerca de mí que quieras. Cuanto más cerca, mejor.

Permanecieron abrazados durante algún tiempo. Después Cody se levantó, la besó con dulzura en las mejillas y le acarició su sedosa melena. De mala gana fue al baño.

Se oyó entonces el chillido del gallo. Juliet sonrió. Era el gallo negro, como siempre.

Se acurrucó en la cama y pensó que nunca había pensado que podría llegar a ser tan feliz.

Volvió a cantar el gallo. Juliet miró por la ventana. No veía la

luna. Posiblemente se había ocultado tras las montañas mientras ella y Cody hacían el amor. Las estrellas seguían ahí, como millones de puntos de luz sobre una tela de terciopelo.

Fue en ese preciso momento, mientras miraba las estrellas, cuando descubrió una impactante verdad. Llegó con una fuerza tan abrumadora que no pudo defenderse.

¡Ella, Juliet Huddleston, se había enamorado de Cody McIntyre!

No había querido reconocerlo hasta entonces, pero ya no podía seguir engañándose, a pesar de las terribles consecuencias que podía tener aquel descubrimiento.

«Amo a Cody McIntyre».

Juliet se quedó paralizada. ¿Cómo habría ocurrido?

Había sido culpa de ella. Se había dejado llevar por sus fantasías, se había rendido a su propio deseo y había terminado en su cama aquella noche.

Pero aquello era una locura. No entraba dentro de sus planes.

La puerta del baño chirrió. Juliet se sentó de golpe. Miró a Cody con los ojos abiertos de par en par.

—¿Juliet? ¿Estás bien? —preguntó Cody al ver su expresión.

—Sí, Cody —mintió.

Juliet se repetía una y otra vez que le amaba.

Pero no lo dijo en voz alta. No podía confesarle su amor.

Debía ser realista. Cody no era para ella. No estaba a su alcance. Había aprendido a tener más seguridad en sí misma, pero en su interior todavía temblaba el ratoncito asustado. Cody era y siempre sería el hombre más atractivo de la ciudad, un hombre capaz de hacer que las mujeres se rindieran a sus pies con una sola mirada. Si alguna vez encontraba a la mujer ideal, sería tan espléndida y segura como él.

A Juliet todavía le quedaba un poco de sensatez. Sabía que no era posible que pasara el resto de sus días a su lado. Aquello era un sueño del que, tarde o temprano, tendría que despertar.

Cody se arrodilló enfrente de ella en la cama.

—¿Juliet? —Le acarició el pelo con ternura—. ¿Qué pasa? Dímelo.

—Nada —mintió—. De verdad —se movió hacia él y le ofreció la boca. Cody la besó y Juliet suspiró. Una profunda tristeza se había apoderado de su corazón.

Su amor era su secreto. Lo aceptaría, y aprovecharía al máximo el tiempo que pasaran juntos. Ésa era su locura de verano.

Capítulo 8

Cody necesitó algunos días para darse cuenta de que Juliet lo estaba evitando.

Al principio estaba tan satisfecho que no se dio cuenta. Hasta se comprometió más con Locura de Verano. Descubrió que no le molestaba en absoluto. De hecho, ayudaba tanto que la maestra Andrea declaró que admiraba su repentino despertar a la responsabilidad cívica.

Así que, el día que preparaban el desayuno las Mujeres Metodistas, se puso un delantal y se dedicó a la humilde labor de lavar platos, ya que Yardely Forbes, el muy sinvergüenza, no se presentó.

En el desfile, cuando les faltaba un juez, se ofreció y calificó a las carrozas con toda las características imaginables. Había más de treinta y Cody se aseguró de que hubiera ese número de categorías. Al final, casi todas las carrozas consiguieron algún premio.

En el concurso de saltos de rana, Cody acabó arrodillándose en la tierra para determinar qué rana había llegado primero. Aquella noche, después de la revista, cuando él y Juliet se quedaron solos se quejó de que determinar la rana ganadora no era trabajo digno para un hombre. Juliet se rió, lo besó y le dijo que sólo un verdadero hombre era capaz de tirarse al suelo y aun así parecer autoritario y seguro. Como Cody pareció dudar, lo besó y le agradeció su ayuda. Cody pensó que volvería a arrodillarse en el suelo en cuanto ella se lo pidiera.

Estaba encantado. Y con Juliet Huddleston. Era como si durante

todos esos años un velo hubiera mantenido oculta a aquella mujer que acababa de descubrir.

Durante las últimas semanas, aquel velo había desaparecido y había podido verla claramente.

Le asombraba, le robaba el aliento lo sensual que podía llegar a ser cuando estaban solos. Era una combinación hipnótica de inocencia, curiosidad y sensualidad natural que lo volvían loco y a menudo le resultaba muy difícil esperar a que ella terminara cuando hacían el amor.

Más de una vez habían terminado como la primera vez. Cody alcanzaba la cima antes que ella. Pero a Juliet no le molestaba. Lo abrazaba, le acariciaba la espalda y lo hacía comenzar de nuevo. La segunda vez, él se aseguraba de volverla loca antes de rendirse a su propia satisfacción.

Nunca se había sentido así con una mujer. Nunca había sido tan divertido, tan excitante y tierno hacer el amor.

Su aspecto siempre había mantenido a la gente a distancia. A las mujeres, sobre todo. Se comportaban con él como si no fuera un ser humano de verdad, con las mismas necesidades y deseos que los demás. Muchas mujeres lo habían tratado como si fuera un objeto diseñado para su placer. Aquello le había parecido perfecto cuando era muy joven, cuando sus necesidades eran más simples. Unas copas, risas y sexo. Pero a medida que habían ido pasando los años, había dejado de ser suficiente. Estaba harto de encuentros que no lo satisfacían.

Eso le había llevado a aislarse, a dejar de hacer vida social. Como había dicho Andrea Oakleaf, no se comprometía a ningún nivel.

Pero con Juliet todo había cambiado. Quería pasar todas las noches con ella, haciendo el amor hasta quedar exhaustos y contentos. Después se quedaban dormidos. Estando Juliet a su lado, a Cody no le importaba comprometerse en lo que fuera.

Habían sido amigos pero siempre de una forma distante. Cody la había cuidado y la había vigilado durante años. Mas, desde la noche en la que le había entregado su inocencia, todo le parecía diferente. La necesitaba, necesitaba su risa, su cariño y su ternura. Necesitaba que le mirara con sus enormes ojos color avellana.

Cody quería decirle todo eso, explicarle todas las cosas que

habían mejorado en su vida desde que se habían hecho más que amigos. Pero había una nube en aquella cadena de días luminosos.

Había empezado a notar que cada vez que trataba de hablarle de lo que pasaba entre ellos, Juliet cambiaba de tema. Le preguntaba su opinión sobre algún detalle del festival, o recordaba algo importante que debía hacer.

Al principio, Cody había comprendido que no quisiera hablar de su relación. A él tampoco le resultaba fácil hablar de ese tipo de cosas. Pero a mitad de la semana, el asunto comenzó a molestarlo.

Al fin y al cabo, lo único que quería era que intentaran hablar. No estaba seguro de lo que podía significar todo eso. Pero Juliet no quería hablar. A pesar de su aparente inocencia, no lo engañaba. Cada vez que decía algo sobre su relación, cambiaba de tema.

Cody decidió intentarlo de otra forma. Quizás si conseguía alejarla de todo, si la llevaba a un lugar en el que no hubiera distracciones, la haría expresar sus sentimientos.

Así que el miércoles la convenció para que no trabajara con el pretexto de darle su primera lección de equitación.

Le presentó a *Lucky*, una yegua de doce años, y le enseñó a ensillarla. Después le explicó que *Lucky* prefería que se montara por la izquierda y desmontara por la derecha.

Después sostuvo las riendas mientras Juliet subía el pie en el estribo.

Para comenzar, Cody hizo dar vueltas a *Lucky* en el corral para que se acostumbrara a su nueva jinete. Después dejó que Juliet tomara las riendas.

Cuando vio que Juliet dominaba a la yegua, Cody montó a su favorito, *Blaze*, y con *Kemo* tras ellos, dejaron el corral, cruzaron el campo norte y se dirigieron hacia una zona arbolada. Era el principio de lo que su familia siempre había conocido como Sendero del Ocaso.

Era un paseo cómodo para un principiante, porque no había excesivos altibajos en el camino; además el paisaje era muy hermoso, pues iban casi siempre a la orilla del Sunset, un río de aguas cristalinas.

Cody estaba seguro de que podía confiar en *Lucky*, pero aun así fue por delante para mantener el paso. *Kemo* corría de un lado al otro y de vez en cuando ladraba cuando veía alguna lagartija.

El paseo fue muy agradable, tal como Cody había planeado. Las ardillas huían del perro, y algunas aves chillaban a su paso. El sol de la mañana se filtraba entre las ramas de los pinos.

Pronto llegaron al lugar que Cody quería. Había un estanque y un claro en el que podían tomar el sol.

Desmontó y ayudó a Juliet. El perro gimió y se tumbó contento bajo el sol.

Cody había llevado una manta. La extendió en la base de un peñasco. Ahí se sentaron con la espalda apoyada en la piedra. Compartieron unos minutos de silencio amistoso mientras los caballos bebían y pastaban.

—Esto es el paraíso, Cody —suspiró Juliet.

Cody recordó la primera noche que había llevado a Juliet a su casa. Ella le había explicado que vivir en su rancho «no era tan permanente como un sueño, sino temporal como una fantasía». Cody decidió que había llegado la hora de aclarar las cosas.

—¿Así que eso es para ti, una fantasía? —empezó a decir.

—¿De qué hablas, Cody?

—Tú y yo. ¿Sólo somos una fantasía?

Juliet bajó la mirada, como si tuviera que pensar detenidamente la respuesta. —Parece que lo desapruebas.

—Sólo quiero saberlo.

—¿Qué quieres saber?

—Tú y yo. ¿Sólo somos una fantasía? —volvió a preguntar Cody.

—Oh, Cody —sonrió—. ¿Por qué preguntas eso?

—Sólo respóndeme.

—Sí, somos una fantasía —se apoyó contra él—. Una fantasía hecha realidad.

—¿Qué significa eso?

—Oh, Cody… —Lo besó en el cuello.

—Juliet…

—Somos lo más hermoso que me ha ocurrido en mi vida —le explicó en un susurro.

Su aroma lo envolvió.

—Juliet…

Había pensado que ése sería el lugar perfecto para hablar, pero en ese momento, al sentir la dulce caricia de los labios de Juliet, se le ocurrió que podían hacer mucho más. Nadie los molestaría.

Podría quitarle la blusa roja y besar sus senos. Podría acariciarla bajo el sol, libremente, para su mutuo deleite.

Valientemente trató de continuar:

—Quiero hablar de lo que nos está pasando.

—Puedes empezar cuando quieras.

—Juliet. Hablo en serio.

Juliet deslizó un dedo por la camisa blanca y después hizo algo que sabía que le excitaba a morir. Le acarició el centro de su masculinidad a través de los vaqueros.

—Te escucho.

Pero eso ya no importaba. Cody se olvidó de toda su sensatez. Le enmarcó el rostro con las manos y la besó con ansiedad. Posó sus labios en los de ella, y Juliet murmuró:

—Oh, Cody, sí…

Cody empezó a hacer lo que había imaginado. Le quitó la blusa y la hizo tumbarse. Después le quitó el sostén. Con los ojos cargados de deseo la miró a la luz del sol; observó los pequeños senos firmes y los pezones rosados que se erguían buscando sus caricias. Se apoderó de uno de los pezones con la boca y empezó a desabrocharle los vaqueros. Juliet lo ayudó y en cuestión de segundos, la joven consiguió desprenderse de las botas, los vaqueros y las braguitas.

Cody pensó que aquello era una locura. Ninguna de sus expertas amantes había conseguido hacerle sentir nada parecido. Juliet le hacía olvidarse de todo, excepto de su dulce rostro y sus maravillosos ojos. Así le iba a resultar imposible aclarar su situación.

Cody quería comérsela, como si no hubieran hecho el amor la noche anterior. Ella se revolvió y gimió.

Cody no podía esperar, no quería hacerlo. Sabía que Juliet ya estaba preparada para hacer el amor.

Se bajó la cremallera, se deshizo de la barrera del calzoncillo y se puso uno de los preservativos que últimamente siempre llevaba con él. Después se colocó encima de ella. Juliet se abrió para él con el rostro sonrojado y los ojos cerrados. Cody la miró y se preguntó cómo alguna vez podía haberla considerado aburrida.

—Juliet… —dijo desde lo más profundo de su ser. Después de tantos años de soledad, por fin se sentía acompañado. Juliet se

estiró y le rodeó con los brazos. Cody la penetró, deslizándose fácilmente, sin ninguna resistencia; la joven le recibió con un profundo suspiro. Se movió bajo él, urgiéndolo a liberarse.

Y Cody pensó de pronto en la razón de que estuvieran allí, y en cómo había conseguido Juliet hacerle olvidarse de ella. En su interior empezó a haber algo parecido al enfado.

Apenas era consciente; ni siquiera aceptaba ese sentimiento, pero se sentía herido porque empezaba a temer que Julie lo considerara igual que las demás. Un objeto, un hombre atractivo cuyos sentimientos no importaban; un hombre con el que se podía hacer realidad una fantasía, pero con el que no se podía hablar del futuro.

Fortalecido por una ira que no reconocía, no se ahogó en aquella tormenta de placer. Aguantó la dulce pasión de Juliet hasta que ésta llegó al clímax.

Por último, cuando ella quedó débil y satisfecha, Cody se entregó profundamente. Juliet lo abrazó con fuerza y le susurró palabras maravillosas al oído. El momento era insoportablemente dulce, y el deseo de Cody creció otra vez.

Cody comenzó a moverse. Juliet suspiró de placer. Se movió al ritmo de Cody. El ritmo era cada vez más rápido, parecía tener vida propia. Cody ya no podía seguir conteniéndose, estalló en un tumulto de sensaciones vibrantes. Juliet se arqueó para recibirlo. Cody echó la cabeza hacia atrás y gritó el nombre de la mujer a la que amaba.

Después de haber permanecido tumbados al sol durante un rato, Cody se levantó, le dio un beso en la nariz y se quitó el preservativo. Juliet se vistió.

Mientras se vestía, le miraba de vez en cuando, le sonreía y le guiñaba un ojo. Al principio, Cody disfrutó contemplándola, sintiéndose muy cerca de ella después de la abrumadora intimidad que habían compartido.

Pero después recordó el motivo que le había llevado hasta allí y se preguntó si quería hablar de ello en ese momento. Juliet estaba sentada a su lado, peinándose.

Quizás debería dejarlo para más tarde, pensó. ¿Para qué arruinar la mañana con una conversación sobre temas que ella no quería abordar?

Pero sabía que si no hablaba en ese momento, no iba a hacerlo nunca.

—¿Juliet?

—¿Hmmm? —dejó de peinarse.

—Quiero que hablemos.

—¿Sobre qué?

—Sobre tú y yo, sobre todo lo que está pasando entre nosotros…

Juliet guardó el peine y miró el reloj.

—Ay, Dios, son las once y media. He quedado con Babe Allen para comer a las doce y media. ¿Sabes? Quiere donar seis figuras Hummel para la rifa de mañana por la noche.

—¿Qué es un Hummel? —preguntó Cody.

—Ya sabes —se levantó—. Esas figuras pequeñas. Son cosas de coleccionistas.

La miró irritado. Le había propuesto que hablaran de ellos y ella estaba deseando marcharse.

—¿Y? —preguntó disgustado—. ¿Tienes que comer con Babe Allen para que dé las figuras para la rifa?

—Más o menos. Babe quiere que hablemos sobre el año que viene, quiere saber si voy a dirigir el festival o no —le indicó que se levantara—. No sabía que era tan tarde… ¿Puedes levantarte, por favor?

Cody la miró en silencio y dijo:

—No puedes estar huyendo siempre. Algún día tendremos que hablar de ti y de mí.

—Lo sé —admitió con los ojos llenos de lágrimas.

Cody se sintió una rata por hacerla llorar, pero el asunto era importante.

—¿Cuándo? —la urgió.

Juliet comprendió que Cody no se iba a levantar hasta que no le diera una respuesta. Se alejó desesperadamente de él y observó su rostro en el río. De pronto, se volvió hacia él.

—¿Estás…? ¿Te gusta esto? Es decir, ¿te gusta lo que está pasando entre tú y yo? —preguntó con voz dulce, titubeante como la antigua Juliet.

—Demonios, sí.

—¿Entonces qué… qué te pasa?

—No he dicho que las cosas vayan mal.

—¿Entonces por qué no podemos… seguir disfrutando?

—Lo estamos haciendo, pero quiero hablar contigo, es todo.

Juliet le miró con una profunda tristeza.

—¿No podemos esperar?

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que el festival termine. ¿No podemos pasar un tiempo maravilloso hasta esa fecha?

—¿Continuar con tu fantasía? —sugirió con algo de amargura.

—Sí, supongo que sí —desvió la mirada.

Cody se quedó callado, pensando que ella no veía a su relación ninguna posibilidad de futuro. Era una fantasía hecha realidad y nada más; pronto volvería a la realidad y lo echaría de su vida.

Se forzó a considerar su propuesta, tratando de ser filosófico y no rendirse al dolor y angustia que lo embargaban. En cuanto lo pensó fríamente, se dio cuenta de que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que Juliet le pidiera.

—Está bien —dijo con indiferencia, intentando disimular su dolor—. Hasta que el festival termine. El domingo por la noche, después de la última representación de la revista, hablaremos.

Juliet le sonrió y le tendió la mano.

—Bien. Vamos. Se me está haciendo tarde.

Cody se levantó y sonrió casi sin querer. Juliet le abrazó y le ofreció su boca.

Le dio un beso dulce y juguetón. Después se alejó de él, cogió la manta y la sacudió. Cody la observó. Era tan difícil enfadarse con ella; era adorable, tan llena de vida. El brillo de sus ojos era lo más maravilloso que Cody había visto en su vida.

Demonios, era posible que lo estuviera utilizando, pero merecía la pena con tal de verla así. La tímida Juliet Huddleston por fin vivía el mundo.

Decidió hacer lo mismo que ella. Disfrutaría los días de Locura de Verano a su lado, y no pensaría en lo que pasaría cuando terminara el festival, cuando ella le revelara los secretos que no quería compartir en ese momento con él.

—Ayúdame a doblar esto —le pidió con dulzura.

Cody fue a ayudarla, sonriendo. En ese momento, pensaba que todo saldría bien, por lo menos hasta el domingo por la noche.

A su manera, Cody McIntyre era tan inocente como Juliet en los

asuntos del corazón.

Capítulo 9

Babe estaba esperando pacientemente en la cafetería. Estaba tomándose un té helado cuando Juliet se sentó frente a ella.

—Perdona el retraso —le dijo inmediatamente.

—No te preocupes, con este calor, un té frío es una buena compañía.

—Cody me ha llevado a montar —le explicó Juliet—. Nunca había montado a caballo. Creo que mañana voy a tener agujetas.

—Tú y Cody sois todo un caso. —Babe sonrió. Juliet se sonrojó —. Muchas mujeres están verdes de envidia.

Juliet, que no quería pensar en lo que podían pensar otras mujeres de Cody, cogió la carta.

—Bueno, ¿ya has pedido? —preguntó con alegría.

—No, te estaba esperando —anunció—. La camarera me ha dicho que el pastrami está recién hecho, pero nos recomienda el pavo asado y…

Juliet se relajó cuando vio que Babe no iba a seguir hablando de ella y Cody. La camarera se acercó y tomó nota de sus pedidos.

La comida fue un éxito para las dos. El pavo estaba excelente, y Juliet consiguió que Babe donara las figuras para la rifa de la noche siguiente. Babe, por su parte, obtuvo el compromiso de Juliet de dirigir el festival del año siguiente. También insistió en pagar la cuenta.

Cuando salió del restaurante, Juliet se sentía tan bien que quería compartirlo todo con Cody. Babe le prometió que haría que la asociación aumentara la cuota para Juliet.

Decidió que debía contárselo todo a Cody y se dirigió directamente al restaurante. Estaba segura de que lo encontraría allí.

Abrió la puerta trasera y entró. Cuando pudo ver bien la barra, lo primero que vio fue a Cody… acompañado de una hermosa mujer.

Estaba de espaldas a la puerta. La mujer, una pelirroja alta vestida con una blusa de seda y una falda ajustada, se inclinó hacia él y levantó un cigarrillo sin encender.

Cody cogió unas cerillas del bar y le encendió el cigarrillo. Después murmuró algo y se alejó. La mujer lo sujetó del brazo. Cody la miró muy serio y la mujer le soltó.

Juliet sabía que esa escena se repetía varias veces a la semana. Cody era un hombre muy guapo, y en su trabajo estaba en contacto con mujeres dispuestas a todo. Recibía todo tipo de proposiciones. Juliet misma le había visto aceptar algunas.

Aquella vez, al verlo rechazar a aquella mujer, algo se clavó en sus entrañas. Deseó dar media vuelta y marcharse.

—¡Juliet! —La llamó contento.

La atractiva pelirroja miró a Juliet con frialdad. Probablemente, se estaría preguntando qué veía Cody en ella. Cody se dirigió hacia ella con los ojos brillantes. La abrazó y la besó con cariño.

—¿Quién es? —preguntó inmediatamente Juliet.

Cody se volvió, vio a la pelirroja y se encogió de hombros.

—Creo que se llama Laura. Es nueva en el pueblo. Es una agente de Bienes Raíces Bruckner.

—Es… muy bonita.

—Sí —contestó Cody con indiferencia. La pelirroja no le interesaba en ese momento. La rodeó los hombros con el brazo—. Ven, vamos a la oficina —la guió deprisa—. ¿Cómo te ha ido con Babe? Estoy seguro de que has venido a contármelo.

Cuando lo miró, Juliet se olvidó de la pelirroja. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no confesarle cuánto le amaba.

Le había ocurrido lo mismo aquella mañana, cuando Cody le había pedido que hablaran de su relación. Ella no quería hacerlo porque sabía que Cody le iba a decir que no se emocionara mucho con él ya que su relación no duraría eternamente. Juliet había tenido ganas de abrazarle, decirle que lo amaba apasionadamente y

rogarle que no la dejara. No lo había hecho porque no quería que la abandonara antes de lo debido.

Así que en vez de hablar con sinceridad, lo había seducido. Más tarde, cuando Cody había insistido en hablar, había fingido tener prisa por ver a Babe. Al final, Cody había estado de acuerdo en esperar hasta el domingo para que hablaran del futuro.

Ella se callaría su amor imposible y disfrutaría de los días que le quedaban.

—¿Juliet? —La miró preocupado—. ¿Qué te pasa? Parecías estar a kilómetros de aquí.

—Perdona, estaba pensando.

—¿En qué?

—Ah, en todo…

—¿En Babe?

—Sí, sí, en Babe. Va a donar las figuras. Y eso no es todo…

Los pocos apreciados días de Locura de Verano pasaron demasiado pronto. El sábado llegó con un suspiro. Aquella noche no había revista porque era el Baile de la Fiebre del Oro.

Juliet pasó todo el día organizando la decoración del Salón Oddfellows de la calle Norte Pino. Cody iba y venía. La urgió a ir al restaurante a merendar a las cinco y media, pero Juliet no tuvo tiempo. A las seis fue a casa, comió un emparedado, se baño y se puso su disfraz.

A las siete se estaba mirando en el espejo. Se había puesto un uniforme azul marino de mediados del siglo diecinueve, con botones de latón, botas negras y sombrero. Saludó a su imagen y decidió que era una buena representación de uno de los personajes más amados de Lotta Crabtree, El Niño del Tambor. Hasta tenía un tambor.

No le había resultado fácil conseguir el disfraz. El jueves por la mañana había tenido que hacer un viaje especial a Sacramento. Tenía que devolverlo el lunes, cuando terminara el festival. Cuando terminara el festival…

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Juliet se apartó inmediatamente del espejo. Su semana mágica, con la que siempre había soñado, todavía no había terminado.

Volvió al pueblo en su deportivo rojo, con las ventanillas bajadas y la música a todo volumen para no estar triste. De hecho,

llevar la música fuerte evitaba oír el molesto ruido del motor. Se recordó que tendría que encargarse del coche en cuanto terminara el festival.

En cuanto terminara el festival… volvió a entristecerse y subió más la música.

Antes de ir al salón se detuvo en su oficina. Sacó de la caja fuerte las cajas de cambio que iban a utilizar aquella noche y las entradas que Jake había impreso una semana atrás para el baile. A las siete y media llegó al Salón Oddfellows. Tuvo suerte y pudo aparcar enfrente del salón.

Dejó el tambor y las baquetas en el coche; sacó los rollos y las cajas y se dirigió a la puerta.

Entró en el elegante edificio. En el vestíbulo había unos preciosos candelabros de cristal que Evan McMulch había donado en los años veinte. Los McMulch habían sido dueños de una mina, y todavía administraban una serrería, para la que Juliet trabajaba.

En las paredes había varios murales con distintas escenas sobre el descubrimiento y las minas de oro de Emerald Gap. Los murales habían sido pintados hacía veinte años por Rutger Dunlap, un artista local. Después de pintar los murales, Rutger había desaparecido de Emerald Gap. Y no habían vuelto a saber nada de él hasta que se había convertido en un artista famoso del que, por supuesto, todos estaban orgullosos.

Juliet estaba mirando los murales y pensando en todo eso cuando Andrea la encontró.

—Ah, aquí estás, con las entradas y las cajas —anunció Andrea, y llamó a Reva Reid, que acababa de entrar en el salón—. Reva, ¿puedes encargarte de esto?

—Claro —cogió las entradas y las cajas de metal. Después entró en el salón principal.

—Espera un minuto. —Andrea cogió a Juliet de la mano—. Déjame ver. Ya sé. ¿Eres el General Grant?

Juliet gimió y se preguntó si Grant habría tenido algo que ver con la fiebre del oro.

—Lotta Crabtree. El Niño del Tambor. He dejado el tambor en el coche.

Andrea, que llevaba el traje típico de los pioneros, sacudió la cabeza.

—Eso demuestra que una maestra no tiene por qué saberlo todo. Ahora ven. Quiero enseñarte todo lo que hemos hecho desde que te has ido a casa.

Andrea la condujo hasta el salón. Reva Reid, que estaba en una de las mesas en las que se iban a vender las entradas, la miró y la guiñó un ojo. Juliet miró a su alrededor sonriente.

Del techo habían colgado guirnaldas de papel dorado que lanzaban destellos por doquier. En el centro, colgaba una enorme pepita de oro.

Frente a la entrada, estaba el escenario adornado como un valle montañoso, con piedras de imitación y arbustos de plástico, y pequeños árboles en macetas de madera. En el centro del escenario, corría un arroyo hecho con papel aluminio. El arroyo «corría» por el escenario y terminaba donde comenzaba la pista de baile.

El bar, cortesía de McIntyre, estaba en otro extremo. Detrás de él, Archie Kent, vestido con camisa blanca, tirantes rojos y una pajarita se estaba preparando para comenzar.

Juliet suspiró contenta. El salón de baile estaba precioso. Habían cuidado hasta el último detalle.

—Habéis hecho un buen trabajo.

—Claro que sí —asintió Andrea—. Gracias a que por fin hemos tenido una buena directora.

Juliet sonrió y después miró el reloj. Eran las siete cincuenta. El baile estaba programado para las ocho, así que la gente iba a empezar a llegar.

—¿Está todo listo? —preguntó Juliet.

Cuando asintieron, Juliet salió a recoger su tambor.

El sol se estaba ocultando detrás de las montañas. Se colocó la cinta del tambor en el pecho y cerró el coche. En ese momento vio que se acercaba un vagabundo a ella.

Le costó varios segundos reconocer a Cody. En cuanto lo hizo estalló en carcajadas. Ninguno de los dos conocía su disfraz. Cody, el hombre más guapo de Emerald Gap, se había disfrazado de vagabundo.

Las botas parecían sacadas de la basura. Alrededor de la cintura, llevaba un cinturón ancho del que colgaban una sartén y un cazo. Llevaba un viejo sombrero de ala ancha y se había pintado el rostro de gris y negro; parecía que no se había afeitado desde hacía días.

Cuando se acercó y le sonrió, Juliet se dio cuenta de que se había pintado de negro un par de dientes.

—Oh, Cody…

—Dame un beso —le exigió él. La agarró con fuerza.

—Suéltame, canalla —contestó, fingiendo resistirse.

Pero el vagabundo no la soltó. Al final, le dio el beso que él exigía, aunque Cody la regañó diciendo que era difícil besarla si no dejaba de reírse. La gente que iba llegando al baile los miraba divertida.

Cody la soltó y miró detenidamente el disfraz.

—Hmm. ¿Un soldado del Fuerte Sutter? —El Fuerte Sutter, de Sacramento, era el lugar en el que se había descubierto el primer oro de California. Juliet bufó e hizo un ademán.

—Resulta que soy uno de los personajes más queridos de Lotta Crabtree. El Niño del Tambor.

Cody seguía confundido y Juliet gruñó.

—Creo que no voy a ganar el premio al mejor disfraz este año.

—Vaya, Juliet… —Se rascó la cabeza con aire pensativo.

—¿Vaya, Juliet qué? —Puso los brazos en jarras—. ¿Es lo único que se te ocurre decir? ¿Tienes idea de cuánto me ha costado alquilar este disfraz?

—Tranquilízate. ¿Qué te importa que nadie te reconozca? Estás muy bien. Eres el soldado más guapo que he visto en mi vida.

—Cierto —se miró el disfraz.

—Ven, deja de hacer pucheros. Eres la jefa de la fiesta. No es justo qué quieras ganar todos los premios.

—Yo sólo quiero… —empezó a decir, pero se calló.

—¿Qué?

«Que esta noche sea perfecta. Quiero atesorar este recuerdo durante el resto de mi vida», pensó, pero no lo dijo.

—¿Qué te pasa, Juliet? —preguntó Cody preocupado.

—Nada —exclamó.

—Pero, Juliet…

—Tienes razón. Estaba haciendo pucheros, y ya basta —lo interrumpió. Le agarró del brazo y le sonrió—. ¿Nos vamos, señor?

Cody la miró un momento y después se encogió de hombros.

—Claro, gatita —la llevó adentro. La orquesta estaba empezando a tocar.

Excepto por el hecho de que nadie reconoció su disfraz, las primeras dos horas fueron un paraíso para Juliet. A pesar de que no se sabía todos los pasos, no se perdió ni uno de los bailes.

Cuando empezaba una pieza lenta, Juliet guardaba su tambor debajo de una mesa para bailar con Cody, que era un excelente bailarín.

Después de las diez, cuando la pista estaba llena de gente disfrazada, empezaron los problemas.

Había una gran conmoción en la recepción. Cuando Juliet fue a ver qué pasaba, se enteró de que alguien había pintado un bigote a uno de los personajes de los murales de Rutger Dunlap. Burly Jones gritaba y manoteaba furioso.

—¡Un tesoro echado a perder!

Juliet se abrió paso entre la gente para llegar a Burly.

—Señor Jones…

—Déjame en paz. ¡Ha ocurrido una tragedia! ¿Cómo ha podido pasar una cosa así delante de nuestras narices? ¡A dónde hemos llegado!

Juliet sabía que Burly había bebido un poco y le tiró un poco de la manga para que le hiciera caso.

—Señor Jones, podríamos hablar de esto en privado…

—¡Privado! ¿Privado, dices? No pienso callarme. Lo gritaré a los cuatro vientos. ¡Un tesoro sagrado ha sido violado!

—Pero señor Jones, estamos asegurados. El seguro cubrirá todos los gastos.

Burly miró a Juliet y suspiró.

—¿Dinero? ¿Me hablas de dinero? Han destruido una obra de arte… nuestra historia y pasado…

Juliet estuvo a punto de rendirse, pero levantó la mirada y vio a Cody sonriente. Juliet sacudió la cabeza y se sintió más segura.

Cogió a Burly con firmeza del brazo y tiró de él. Aunque continuaba refunfuñando, obedeció cuando ella lo llevó a un pequeño despacho. Allí Burly aceptó que el dinero podría arreglar cualquier desperfecto.

Cuando Burly se tranquilizó, Juliet volvió a la recepción. Después le pidió a un joven conocido que vigilara los murales.

Cerca de las once volvió al salón. Burt Pandley estaba anunciando el comienzo del concurso al mejor disfraz. Andrea

Oakleaf y Reva Reid serían las jueces. En ese momento les pidieron a las dos damas que subieran al escenario para leer el nombre de los elegidos. Aunque Juliet no tenía esperanzas de ganar, se colocó bien el disfraz por si acaso sucedía un milagro y la llamaban.

El milagro no ocurrió, pero no le importó; Cody fue uno de los finalistas. Aplaudió y vitoreó cuando lo llamaron al escenario. Estaba totalmente ridículo con aquellos pantalones bombachos.

Cuando mencionaron a todos los nominados, dos hombres y dos mujeres, Reva y Andrea bajaron silenciosamente del escenario. Después Burt levantó el micrófono por encima de la cabeza de todos ellos para medir la intensidad de los aplausos del público.

Yardely Forbes ganó a Cody. Yardely se había vestido como la pobre María Elena con un vestido igual al que había utilizado Yolanda en la revista; se había puesto una soga alrededor del cuello y se había pintado la cara de azul, de modo que parecía que ya lo habían colgado.

La mujer que ganó, una pelirroja con un maravilloso disfraz de cabaretera, le pareció conocida. Cuando la mujer agarró a Cody del brazo y lo besó, Juliet se dio cuenta de que era la atractiva mujer que estaba el miércoles en el bar.

Cody fingió tambalearse por el beso de la mujer y después se recuperó y sonrió a todos con sus dientes negros. Juliet sabía que estaba bromeando, y que no pretendía alentar a la hermosa pelirroja. Aun así, ver que alguien lo besaba la conmovió profundamente.

La embargó una profunda tristeza. Era sábado por la noche y no quedaba mucho tiempo. Su fantasía pronto iba a terminar. Cuando llegara el fin de Locura de Verano, ella y Cody hablarían de su futuro.

En el escenario Burt estaba poniendo la banda azul a la pelirroja que sonreía seductoramente a Cody. La multitud aplaudía y gritaba.

A Juliet se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar su mísera realidad.

Cody era una persona maravillosa. La quería y siempre había sido muy bueno con ella, pero eso no significaba que estuviera dispuesto a ser suyo.

La había defendido de Bill Butley, le había enseñado a andar en la poza. Le había hecho un favor enorme al mostrarle los misterios

de la pasión y el deseo. Quizás continuara deseándola durante algún tiempo, hasta que apareciera una mujer con la que quisiera comprometerse de verdad.

Juliet Huddleston no podía retener a un hombre como Cody McIntyre. Debía aceptar ese hecho.

Juliet tuvo que hacer un enorme esfuerzo para contener las lágrimas que empañaban sus ojos. Después se ajustó la cinta de cuero del tambor y se dirigió al tocador. Se encerraría allí hasta que consiguiera controlar sus caóticos sentimientos.

Pero no consiguió alcanzar su objetivo. Andrea Oakleaf se lo impidió.

—Aquí estás. Tenemos un problemita.

—Oh, Andrea… —Estuvo a punto de decirle que no podía atenderla, pero después recordó que la directora del festival debía resolver todos los problemas que surgieran.

Andrea se inclinó y le dijo en voz baja:

—Cuando Reva y yo hemos subido al escenario, Melda se ha quedado cuidando la puerta por nosotros…

—¿Sí?

—Y ha pasado algo…

—¿Qué? Dime.

—Al parecer, alguien ha robado una de las cajas —dijo Andrea por fin.

—Ay Dios. ¿Cuánto dinero había?

—Como la mitad de las entradas de esta noche… y el cambio con el que hemos empezado.

—¿Alguien ha visto algo?

—No. Melda estaba controlando una caja mientras nosotras estábamos en el escenario. Le ha pedido a Evan McMulch que vigilara la otra, pero él estaba muy bebido y se ha ido. Durante algunos minutos nadie ha prestado atención a la caja.

Juliet pensó detenidamente en lo ocurrido. Habían sacado mucho dinero del festival. El baile era la guinda de diez días de diversión. No merecía la pena echarlo a perder.

—Mira, es mejor perder algo de dinero que quedarnos sin baile, ¿no crees?

—Sí. Creo que tienes razón.

—Así que mantengámoslo en secreto, aunque podemos pedirle a

alguien que empiece a buscar.

—Muy inteligente —admitió Andrea.

No obstante, fue imposible mantenerlo en secreto, ya que la pobre Melda le contó a varias personas lo que había pasado. Cuando Juliet y Andrea estaban decidiendo guardar el secreto, Burly Jones estaba pregonando el robo cerca de las puertas de la entrada.

Juliet se abrió paso rápidamente para tranquilizar a Burly una vez más. Estaba tirándole del brazo para llevarlo a la oficina cuando oyeron unos gritos en la calle, cerca de la entrada.

Miró hacia allí. Estaban Jake Nariz-Plana y Evan McMulch forcejeando. Evan se aferraba a la caja del dinero y gimoteaba que él no había hecho nada malo.

—Dios —susurró Burly—. Es Evan. Evan es el ladrón. ¡Cómo hemos podido caer tan bajo!

Juliet se sacó tranquilamente el tambor y se lo dio a Burly.

—Quédate aquí, ¿de acuerdo?

Pero Burly estaba impactado y la siguió hasta donde estaba Jake Nariz-Plana.

Un cuarto de hora más tarde, cuando se acercaba la medianoche, Juliet ya tenía una explicación para lo que había pasado. Melda le había pedido a Evan que cuidara la caja del dinero. Evan había querido ir al baño y se había llevado la caja a los baños que estaban fuera del edificio. Allí, Evan había empezado a encontrarse mal y se había sentado en el cubo de basura a esperar que la habitación dejara de girar. Cuando había salido, Jake se había abalanzado sobre él y le había acusado de ser un ladrón.

Juliet pasó varios minutos aliviando el orgullo herido de Evan, y asegurándole a Jake que había hecho lo que debía. Al final todos quedaron contentos y acordaron que había sido un malentendido.

Juliet volvió al salón en el momento en el que estaban anunciando el último vals de la noche.

—Escojan a su mujer preferida, caballeros, porque éste es el último baile del año…

Juliet quería bailar con Cody. Buscó entre la gente el sombrero de vagabundo. Cody también la vio y se abrió paso hacia ella. Al ver su sonrisa radiante, Juliet se tranquilizó. El baile no había salido como pensaba, pero por lo menos bailaría el último vals con Cody,

y lo recordaría toda la vida.

Cody estaba a unos metros de Juliet, cuando apareció de repente la atractiva pelirroja y le agarró del brazo.

—¿Quieres bailar conmigo?

—No, señorita —contestó Cody—. Ya tengo pareja.

Pero había demasiado extraños alrededor que habían visto cómo había besado la pelirroja a Cody en el escenario.

—¡Concédele el último baile, tonto!

—¡No rechaces una oferta así!

—¿Estás loco Cody?

Cody rechazó amablemente la oferta y continuó caminando hacia Juliet. Pero antes de que llegara hasta ella, lo agarró un hombre del brazo.

—Baila con ella —le exigieron.

Cody estaba empezando a enfadarse. La broma estaba llegando demasiado lejos.

—Mirad, chicos. Ya basta.

Juliet, que ya estaba harta de problemas aquella noche, decidió que era más sabio rendirse. Le dirigió una mirada compasiva y dijo:

—Baila con ella.

—No —repitió Cody y la miró con los ojos entrecerrados.

—Por favor.

La estudió un momento con expresión indescifrable.

—Está bien —aceptó por fin.

Inmediatamente lo soltaron y lo empujaron hacia la atractiva pelirroja, que le dirigió una sonrisa felina. Cody le tendió la mano y la llevó a la pista de baile.

Juliet se quedó a un lado y los observó por un momento. Incluso con aquel ridículo disfraz Cody y la pelirroja hacían una pareja perfecta. Parecían hechos el uno para el otro.

—¿Quieres bailar el último vals con el viejo Jake? —Jake le sonrió. Juliet le devolvió la sonrisa y lo siguió a la pista.

Pronto el baile terminó.

—Eso es todo, amigos. Hasta el próximo año —anunció el maestro de ceremonias.

Después, Burt les recordó a todos el almuerzo de clausura y la representación final de la Revista Locura de Verano.

Burt Pandley dejó el escenario y se encendieron todas las luces.

Juliet cerró los ojos para protegerse de la luz. Cuando abrió los ojos, miró a su alrededor con tristeza. En el escenario, se habían caído un par de árboles. El río de papel aluminio estaba roto y desgarrado. Algunas guirnaldas doradas se habían soltado y colgaban en tiras tristes del techo.

El Baile de la Fiebre del Oro había terminado. Lentamente, la gente comenzó a dirigirse a la salida.

Jake le dio a Juliet un beso rápido en la mejilla y murmuró algo sobre supervisar las cosas antes de desaparecer.

Juliet no sabía qué hacer. Babe Allen se iba a encargar de las cajas, ya que era la tesorera. Jake iba a cerrar y unos voluntarios limpiarían y ordenarían todo a las nueve de la mañana.

Su tambor. Eso era. Debía ir a buscar el tambor… fue a buscarlo y estuvo a punto de chocar con Cody.

—Oye, con toda la gente que hay y teníamos que chocar —se rió él. Al oírle, a Juliet se le llenaron los ojos de lágrimas, bajó la mirada y trató desesperadamente de controlar sus sentimientos—. ¿Juliet? —La agarró por los brazos—. ¿Juliet, qué diablos te pasa?

—Nada, nada —le dirigió una sonrisa y se soltó—. Voy a buscar el tambor. Lo tiene Burly.

—Juliet, espera…

Se alejó de él y gritó por encima de su hombro.

—Te veo en mi coche dentro de quince minutos, ¿de acuerdo?

No lo oyó responder, pero no le importó. Necesitaba tiempo para organizar sus sentimientos. Después todo saldría bien. Estaba segura de eso. Pasarían su última noche juntos.

Capítulo 10

—Mira, Juliet, no aguanto más. ¿Qué diablos pasa?

Acababan de llegar al rancho y se encontraban en el vestíbulo, al pie de la escalera. Eran más de las dos de la mañana.

Cody la había llevado en el deportivo rojo. Habían hecho el viaje en silencio. Juliet no había podido disimular su tristeza.

Se imaginó a Cody con la pelirroja, bailar en la pista. Estaba celosa aunque Cody no había hecho nada por alentar a la mujer. Había sido ella la que le había impulsado a bailar con la pelirroja. Cody había querido bailar con ella, pero Juliet lo había rechazado con el pretexto de evitar los problemas; lo había puesto en brazos de la otra mujer.

Estaba completamente loca. Era como si… su vida se estuviera cayendo a pedazos. Como si su recién conquistada seguridad fuera sólo una fachada tras la que se escondía un ser temeroso y confundido.

—Juliet, háblame.

Juliet, bajó la mirada y no dijo nada.

—Maldición, mírame.

—Yo… —Se obligó a mirarlo—. Yo no puedo hablar ahora, Cody. Ni yo misma sé lo que me pasa. Por favor… —Se le quebró la voz. A Cody estaba a punto de agotársele la paciencia.

—Perfecto. Magnífico —se burló, tiró el sombrero al suelo—. Al principio, no querías hablar conmigo hasta el domingo. Ahora dices que no puedes hablar conmigo. No entiendo nada.

Sacudió la cabeza, gimió de frustración y fue a desplomarse a un

sillón de la sala. Juliet le miró asustada.

—¿Y bien? —le preguntó Cody—. ¿Vas a quedarte ahí toda la noche?

Juliet entró obedientemente en la sala.

—Siéntate —le ordenó Cody con impaciencia.

Juliet se sentó en una silla.

—¿Por qué has estado secándote lágrimas toda la noche, y después sonríes y juras que no pasa nada?

—Oh, Cody…

—¿Qué te pasa?

—No sé.

—Eso no es una respuesta. Dime qué te pasa.

No respondió. No merecía la pena.

—Entonces respóndeme a esto —insistió él—. ¿Por qué diablos me has hecho bailar con esa pelirroja el último vals? ¿Pretendías decirme algo con eso?

—Sólo he pensado que era mejor evitar más problemas —murmuró con cobardía y vergüenza.

—¿Mejor en qué sentido? —exigió él—. ¿Era mejor que bailara el último vals con una mujer a la que ni conozco?

—No, claro que no.

—¿Entonces qué?

—Oh, Cody…

—Contéstame. —Cody, sólo ha sido un baile.

—Sólo un baile —repitió—. Tú querías bailar conmigo. Por lo menos eso parecía. ¿Me he equivocado?

—Sí. Quería bailar contigo, pero ha habido… ha habido muchos problemas esta noche. El bigote del mural, Evan McMulch y la caja de dinero. No quería más problemas.

—Quería bailar contigo, y tú conmigo. Bastaba con que te adelantaras para que esos idiotas me hubieran dejado solo. Pero has retrocedido. ¿Por qué, Juliet? ¿Por qué has hecho eso? —Se levantó y se acercó a ella—. Contéstame. ¿Por qué?

—Yo solo… —Lo miró desolada. Debería parecer ridículo con ese disfraz puesto, pero estaba dolorosamente guapo—. Por favor. Por favor, ahora no.

—¿Cuándo entonces?

—Mañana por la noche.

—Ah —dijo Cody con sarcasmo—. Está bien, mañana por la noche. Mañana es la gran noche en la que finalmente hablarás conmigo.

—Quedamos en que…

—No —espetó—. No quedamos en nada. Fuiste tú la que decidiste que debía esperar. Cada vez que yo quería hablar, cambiabas de tema o tenías una cita importante.

Juliet lo miró y tuvo que admitir que Cody tenía razón. Estaba avergonzada. Sabía exactamente lo que debía hacer. Decirle que lo amaba con todo su corazón, y que estaba convencida de que algún día lo perdería por otra mujer. Se hizo un tenso silencio. Afuera, *Kemo* gemía para que lo dejaran entrar.

—Cody… —empezó Juliet, decidida a decirlo todo. Una lágrima rodó por su mejilla.

—Maldición, Juliet —murmuró Cody. Estiró la mano y le secó la lágrima con infinita ternura.

—Oh, Cody, yo…

Pero entonces vio la ternura que había en los ojos de Cody. Sus lágrimas lo habían suavizado, lo habían hecho más vulnerable. Ya no la obligaría a hablar.

Era el momento de elegir. Podía confesar los secretos que encerraba en su corazón, o podía reclamar su última noche de fantasía.

Levantó los brazos hacia él.

—Por favor, Cody, abrázame.

Con un gemido ronco, la abrazó con fuerza y la besó. Juliet lo besó con ansiedad. Quería expresar su amor secreto y su deseo en el calor y la desesperación de su beso.

Continuaron besándose y después Cody la cogió en brazos y la llevó al piso de arriba.

En su habitación la dejó en el suelo y le quitó la chaqueta, las botas y el pantalón. Después se quitó su disfraz en cuestión de segundos.

La tumbó en la cama e hizo el amor con ella con una pasión desconocida hasta entonces para la joven.

Cuando se puso encima de ella para penetrarla, Juliet gritó y lo abrazó con fuerza. Juliet lo recibió y bailaron juntos el frenético ritmo de la danza del amor.

Después permanecieron abrazados en silencio. Juliet frotó su mejilla húmeda contra su hombro y lo besó. Trató de olvidar que era una cobarde.

Había escogido su fantasía, su última noche de pasión, y no la pureza de la verdad.

La mañana llegó demasiado pronto. Juliet despertó sola en la cama de Cody. Le llamó, pero no respondió. Se puso la bata y fue a buscarle, pero no le encontró.

Empezaba a preocuparse. ¿Habría pasado algo?

Se puso el disfraz y salió al porche. *Kemo* se levantó para que lo acariciaran.

El jardinero estaba limpiando la piscina. Se preguntó si él sabría algo y lo llamó.

—Sí, señorita —se acercó él—. Se ha marchado hace una hora. Me ha pedido que le diga que prefería ir solo. Se ha ido en la furgoneta vieja.

—¿Por qué? —preguntó Juliet muy confundida.

—Bueno, señorita. —Bud se encogió de hombros—. No me ha parecido bien preguntárselo —le explicó educadamente.

—Ah —se sonrojó. Era lógico que Bud no quisiera meterse en los asuntos personales de Cody—. Sí, claro. Gracias, Bud.

—De nada, señorita —levantó su gorra de béisbol y volvió a la piscina para terminar de limpiarla.

Juliet acarició al perro y procuró tranquilizarse. A lo mejor había pasado algo en el restaurante o en la ferretería.

Pero no tenía sentido. Hubiera oído el teléfono, estaba al lado de la cama. Estaba segura.

Se dijo que si seguía en el porche no iba a averiguar nada. Cogió las llaves de su coche y se dirigió hacia su casa.

Se bañó y cambió. Se maquilló y desayunó. Iba a ser un día muy duro, así que tenía que coger fuerzas.

Se tomó una segunda taza de café y miró el reloj. Las nueve. Al cabo de media hora la esperaban en el Parque Pine Grove. Aunque Andrea estaba encargada del almuerzo y había citado a siete personas al amanecer para que la ayudaran, Juliet debía supervisar el proceso final.

¿Y Cody? Necesitaba hablar con él, saber qué le pasaba, por qué se había levantado de la cama y había desaparecido sin decir nada.

Cogió el teléfono y marcó el número de la ferretería. Estaba puesto el contestador automático.

—Cody —habló Juliet—. ¿Cody, estás ahí? Soy yo, Juliet… —Se sintió estúpida. Elma Lou oiría el mensaje y advertiría la frustración y la confusión que se reflejaba en su voz. Se aclaró la garganta y dijo deprisa—. Por favor, llámame —y colgó.

Después llamó al restaurante y le dejó otro mensaje:

—Cody, soy Juliet. Tengo que hablar contigo. Creo que tendré algún tiempo después de hablar con Andrea en el parque. Si oyes este mensaje… ¿podrías quedarte ahí y esperarme?

Cody estaba sentado en la oficina de su restaurante desierto, miró el contestador en el que había quedado grabada la voz de Juliet y gruñó.

Cody rara vez se enfadaba, pero en ese momento lo estaba, más que nunca y con Juliet Huddleston. Se había despertado poco después de las siete. Dormida, Juliet parecía tan inocente como una niña. Le había acariciado el pelo y le había dado un beso. Ella había sonreído y se había movido un poco, pero no había abierto los ojos.

Se había acordado entonces de cómo habían hecho el amor la noche anterior y había empezado a excitarse.

Después recordó cómo habían empezado. Le había pedido que hablara con él, y Juliet lo había evitado como hacía siempre. Al final había llorado un poco para suavizarlo. Después lo había abrazado, le había ofrecido un dulce beso… y una vez más, Cody se había quedado sin saber qué le pasaba.

Por eso se había marchado sin decir una palabra aquella mañana. Necesitaba estar solo para decidir qué diablos pasaba y qué iba a hacer.

Volvió a cruzar las piernas.

Sí, a lo mejor se estaba portando como un idiota. A lo mejor debía haber sido más comprensivo y haberse dado cuenta de que Juliet no confiaba suficientemente en él. A lo mejor, la noche anterior no debía haberla presionado tanto.

Cody cogió la taza de café que tenía en la mesa y se la llevó a los labios, pero no bebió.

A lo mejor aquella mañana debía haberla besado, abrazado tiernamente y pedido una vez más que le dijera qué le pasaba.

Pero estaba cansado de pedírselo, y no se iba a sentir culpable

por las cosas que no había hecho, por no ser más comprensivo, por no intentarlo aquella mañana. ¿Por qué diablos debía seguir intentándolo cuando sabía muy bien lo que a ella le molestaba?

Sí, lo sabía perfectamente. Y sería mejor enfrentarse a ello cuanto antes. Juliet quería cortar con él… esa misma noche.

Estaba seguro. ¿Por qué le habría arrojado a los brazos de otra mujer a no ser que esperara que esa mujer se lo quitara de las manos? Era deprimente. Juliet había estado triste durante todo el baile porque sabía lo que iba a hacer, y temía hacerle daño.

Así era Juliet. Nunca quería herir a nadie, ni siquiera a un hombre del que trataba de deshacerse.

Cody dio un sorbo a su café. El café le quemó los labios y soltó una maldición.

Estaba enfadadísimo con ella. Juliet había disfrutado de su fantasía, y estaba preparada para volver a la vida real.

Pensaba abandonarlo, Cody lo sabía. Y probablemente esperaba que Cody se compadeciera de su tristeza. Probablemente tenía la esperanza de que al verla sufrir, Cody se olvidaría de que era él el que estaba siendo abandonado.

El viejo y bueno Cody McIntyre. Siempre un caballero. Claro, había sido un perfecto caballero con las mujeres. Juliet, que lo conocía desde siempre, esperaría que fuera igual con ella.

Pero ése era el problema. Para él, Juliet no era una mujer cualquiera.

Cody apoyó las piernas en el escritorio. Juliet se iba a llevar una sorpresa, decidió. No aceptaría ese rechazo.

No estaría ahí cuando fuera a buscarlo. Cuando intentara hablar con él, Cody le demostraría lo ocupado que él también podía estar…

Había problemas en el parque cuando Juliet llegó. Andrea la recibió muy preocupada.

—Juliet, por fin. Ya estaba empezando a pensar que no ibas a venir.

Juliet cerró la puerta del coche y aceptó que tendría que ir a buscar a Cody más tarde.

—¿Qué pasa?

—Todo está saliendo mal. Sólo han venido cuatro voluntarios. Edna Coombes todavía no ha llegado y era la encargada de traer las

mesas plegables del ayuntamiento. ¿Conoces al primo de Melda de Roseville?

—¿El subastador profesional para la subasta de pasteles?

—El mismo. No va a venir.

—¡Oh no!

—Oh sí. Melda me lo acaba de decir. Pobrecita. Está fatal. Primero, Evan se fue con la caja del dinero, y ahora su primo se retira. Estaba al borde de las lágrimas y ha prometido no volver a fiarse de su primo.

—Comprendo —la tranquilizó Juliet—. ¿Algo más?

—Todavía falta la carne y el pan de los Ultramarinos Steerman.

—¿Y?

—Platos y cubiertos de papel. El carbón para la parrilla.

—¿Ha llegado a tiempo algo?

—Los manteles. Lástima que no tengamos las mesas para ponerlos.

—Bueno. ¿Cuántos coches tenemos?

Andrea contó. Juliet comenzó a asignar labores para todos.

Juliet iría a los Ultramarinos Steerman para ver qué pasaba con el pan y la carne. El ayudante dijo que no sabía nada sobre esa contribución, pero en cuanto llegó el administrador, todo se solucionó.

Mandó inmediatamente al camión con la carne para las hamburguesas, las salchichas y el pan.

Cuando Juliet llegó al parque, las mesas ya estaban allí. Juliet ayudó en todo lo que pudo, y de pronto se le ocurrió que Burt Pandley podría hacer las veces de subastador.

Se subió en el coche y fue a un teléfono público. Burt seguía dormido, pero Juliet lo despertó. Se alegró mucho cuando ella le pidió que la ayudara.

—Claro que sí. Estará allí dentro de una hora.

Juliet miró el reloj. Eran las once y media, y la subasta empezaba a la una. Le dio las gracias a Burt y se despidió de él.

Juliet colgó y se quedó en la cabina. Era su primer momento de paz desde que había llegado.

Pensó en Cody y volvió a preguntarse por qué habría salido sin decirle nada aquella mañana. Pero la comida iba a empezar en media hora, así que no podía permitirse el lujo de preocuparse por

problemas personales.

Como estaba en el teléfono, aprovechó para llamar al restaurante, a la ferretería y al rancho, pero Cody no contestó.

Bueno, decidió con firmeza, había hecho lo que había podido. Quizás más tarde encontrara algún tiempo para ir a buscar a Cody y hablar con él.

Pero Cody la sorprendió. Allí estaba, en el parque, con un delantal blanco y asando la carne.

—¿Cody?

Cody la miró como si no hubiera pasado nada.

—¿Sí?

—Yo…

—¿Qué?

—¿A dónde has ido?

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Le he pedido a Bud que te lo dijera.

—¿Al pueblo?

—Así es —se volvió.

Juliet le miró sin saber qué hacer. Cody estaba muy… distante, le iba a resultar muy difícil abordarle.

—Pero Cody… —insistió.

—¿Sí?

—Bueno —comenzó a decir—, cuando termine el almuerzo, dentro de una hora más o menos, ¿podríamos hablar?

Cody dio una vuelta a una hamburguesa y después puso varios bollos de pan a calentar en el borde de la parrilla. Al cabo de unos minutos, dijo.

—¿Qué te parece? ¿Crees que ya estarán bien hechas? —señaló la carne.

—Sí. ¿Has oído lo que te he dicho?

Cody le dirigió una breve mirada y después se volvió hacia la parrilla.

—¿Qué decías?

—Quiero hablar contigo. Quizás después de la subasta de pasteles, o cuando… —Se le quebró la voz.

—¿Quieres hablar conmigo? —La miró otra vez.

—Sí —afirmó.

—Claro, Juliet. Hablaremos.

—¿Cuándo?

—Cuando tenga tiempo —señaló la parrilla—. Ahora estoy ocupado.

—Bueno, lo sé, pero…

No terminó porque en ese momento apareció Babe Allen y la agarró del brazo.

—Juliet, Andrea me ha dicho que habéis tenido muchos problemas, pero que gracias a ti se ha solucionado todo. Ven conmigo a ver las ensaladas…

La llevó a las mesas plegables en las que habían dejado las fuentes de casi la mitad de las mujeres del pueblo.

Después de eso, le comentaron que el periodista del *Sacramento Bee* había vuelto para hacer un artículo sobre el final del festival. Juliet habló con él, respondió sus preguntas con una sonrisa amable y después se lo pasó a Jake.

A la una, Burt Pandley se subió al estrado y empezó la subasta de pasteles. Mucha gente comentó que probablemente Burt era mejor que el supuesto profesional que no se había presentado. Melda lo oyó, se echó a llorar y se fue a esconder detrás de un árbol.

Andrea estaba al lado de Juliet y le susurró al oído.

—Creo que deberías hablar con ella.

Así que Juliet fue a ver a Melda, que lloró en su hombro y dijo entre sollozos que había estado a punto de arruinar el festival dos veces. Juliet la tranquilizó, le juró que no era así y le recordó el éxito rotundo de su obra sobre María Elena.

Al final, Melda se calmó. Juliet la hizo volver a donde estaban todos. Inmediatamente, Andrea se encargó de ella, le dio a Melda un plato de cartón y le pidió que hiciera cola para el almuerzo.

Después de ese pequeño incidente, todo salió bien. Juliet buscó a Cody, pero había desaparecido. Más tarde, lo vio lanzando herraduras con Evan McMulch y Burly Jones. Se acercó a él y le preguntó en voz baja si ya podían hablar.

Burly, que acababa de lanzar en ese momento una herradura, la regañó.

—No molestes, niña. Todavía no hemos terminado esta partida.

—Perdón, Juliet —dijo Cody—. Ahora no tengo tiempo.

Y lo mismo ocurrió durante todo el día. Cody siempre estaba ocupado. Juliet estaba desesperada, pero no le servía de nada. Cody no estaba nunca disponible. La joven empezó a pensar que su forma de evitarla sólo podía significar una cosa: todo había terminado entre ellos, como ella siempre había previsto.

Aquella noche, mientras se vestía para la última representación, Juliet deseó poder meterse en su cama, taparse y dormir y llorar durante una semana entera. Pero no era posible.

A manera de desafío, se puso su vestido más provocativo: era un vestido rojo muy ajustado. Se puso también los zapatos de tacón que Cody había criticado el día que se le había roto el coche, hacía ya tanto tiempo…

Antes de que empezara la última representación de la revista, Juliet habló con los artistas. Cody estaba lejos, observándola con indiferencia. Juliet procuró no mirarlo, le dolía insoportablemente su actitud.

La revista fue maravillosa. Yolanda actuó muy bien, y casi todo el público lloró cuando se despidió antes de que la colgaran.

Como siempre, el público se entusiasmó cuando Cody cantó la primera canción. Juliet escuchó más o menos tranquila aquella canción, pero cuando sonaron las notas de la balada del segundo acto, sintió un peligroso nudo en la garganta. Salió rápidamente al vestíbulo; no quería echarse a llorar.

Entró cuando los Madrigales de la preparatoria habían terminado. Después de aquella actuación, cayó el telón para dar término a Locura de Verano. Babe Allen se levantó y dijo unas palabras de agradecimiento.

—Y hay una persona sin la que no se hubiera conseguido el tremendo éxito de este año. Animémosla a subir al escenario… ¡Juliet, sube!

Juliet, vio que todo el mundo la miraba. Era un momento que siempre había soñado. Un reconocimiento público por un trabajo bien hecho. Debería sentirse extasiada.

—Sin embargo estaba triste y cansada. Necesitaba dormir. Locura de Verano terminaba pero también su relación con Cody. Se sentía incapaz de levantarse y sonreír. Lo único que le apetecía era irse a casa.

Reva Reid la empujó un poco.

—Anda, Juliet…

—Juliet —la llamó Babe—, sube.

Juliet se dirigió por el pasillo hacia el estrado. Era el centro de todas las miradas, subió al estrado y se paró ante el micrófono.

—G-gracias —murmuró.

Algunos aplaudieron para apoyarla.

Inmediatamente improvisó un breve discurso.

—Ha sido un desafío, emocionante y gratificador. Y sobre todo ha sido muy divertido. Ojalá no terminara, pero todo acaba, lo sé. ¡Aun así, el año que viene tendremos la oportunidad de hacerlo mucho mejor!

Aquello fue suficiente. El público estalló en aplausos. A Juliet le sorprendió su propia fortaleza. Estaba tan triste y se sentía tan mal que, por unos instantes, había pensado que la había perdido.

Pero no había sido así, y se alegraba. Hizo una inclinación de cabeza y se volvió para bajar. Sin embargo alguien levantó el telón y todos los artistas salieron para despedirse por última vez. Juliet los aplaudió con gusto.

Por fin se bajó el telón, y todos los artistas fueron a los vestuarios. Cody la miraba con expresión fría y distante mientras ella hablaba. A Juliet le bastó con mirarlo una sola vez para saber que la conversación largo tiempo esperada nunca tendría lugar. Todo se había acabado entre ellos.

Juliet desvió la mirada para terminar su discurso final de la noche.

—Gracias a todos, por todo, y por favor participad el próximo año.

—Espera, Juliet —dijo Jake desde la puerta.

Juliet se alegró al oír la voz de su amigo.

—¿Qué pasa, Jake?

—Quiero que vengáis todos a mi casa. Voy a celebrar una fiesta de clausura.

Todo el mundo recibió con entusiasmo la propuesta. Estaban demasiado emocionados para irse a casa a dormir.

Juliet quería irse a casa, pero todos la urgieron a ir a la fiesta. Cuando Jake la agarró del brazo y exigió su presencia en la fiesta, no pudo negarse a ir.

Jake, que normalmente se encargaba de cerrar, le pidió a Juliet

que lo hiciera esa noche para que él pudiera preparar la fiesta. Juliet aceptó y fue la última en salir.

Se metió en el coche, y lo puso en marcha. Esperaba un viaje solitario, pero de pronto vio la furgoneta de Cody detrás de ella.

Su cansancio y frustración se redobló. No quería hablar con ella. Cody se alejaba cuando ella se acercaba, y sin embargo, en ese momento parecía dispuesto a acompañarla a casa de Jake. ¿Qué le pasaba? ¿No tenía corazón?

Le entraron ganas de bajarse y exigirle que le explicara qué estaba tramando. Pero no lo haría. Cody le diría que no era dueña de la carretera. No, sería mejor ignorarlo.

Juliet puso una cinta de música. Cantaba tan alto que le dolía la garganta.

Cogió un desvío para ir por la carretera del bosque a casa de Jake. Los faros de Cody eran la única prueba de que no estaba sola en el mundo. Se sintió desgraciada. Estaba justo detrás de ella… y, sin embargo era como estar en planetas diferentes.

Subió el volumen y cantó más fuerte.

Llegó a una intersección y disminuyó la velocidad para ver si era el lugar donde debía dar la vuelta. La furgoneta de Cody estaba muy cerca de ella. Una vez hasta le tocó el claxon con impaciencia para protestar por su forma de conducir. ¿Qué podía hacer Juliet? Era muy difícil ver las señales a través de las lágrimas.

Estaba buscando la siguiente desviación cuando vio una señal y redujo la velocidad. Pero no era la desviación del mapa, así que pisó el acelerador.

En ese momento algo horrible le pasó a su coche; el motor enloqueció, y después enmudeció para siempre.

El coche se paró en medio de la carretera. Cody frenó rápidamente para no estrellarse contra ella. Giró y terminó en la cuneta.

Juliet se inclinó y miró por el parabrisas los árboles inmensos que rodeaban la carretera.

—Ponlo en punto muerto —le dijo Cody por la ventana.

Juliet se volvió y lo miró con la esperanza de no encontrarle tan atractivo como siempre.

Pero sus esperanzas murieron. Estaba más guapo que nunca, y el corazón empezó a latirle con violencia.

—¿Me has oído, Juliet?

—No, supongo que no.

—Maldición, Juliet —refunfuñó—. Tenemos que sacar el coche de la carretera. Es peligroso.

—Ah —tenía sentido—. Sí, claro. —Ponlo en punto muerto. Yo empujaré.

—Claro —asintió—. Ya voy —puso el coche en punto muerto.

—Bien —dijo él—. Ahora conduce.

Cody empujó y ella lo guió a un lado de la carretera, frente a la camioneta. Después puso el freno de mano.

—Abre el motor.

Juliet obedeció. Cody examinó el motor con una linterna que había sacado de su furgoneta. Después se acercó a Juliet.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Esto está muy mal.

—¿Qué quieres decir?

—Que este motor ya no sirve de nada.

—¿El motor de mi coche?

—Sí. La verdad es que te saldría más caro arreglarlo, que comprar uno nuevo. En ese momento, Juliet se desmoronó. Era sólo un coche, lo sabía, pero en cierta forma también representaba todos los cambios que había hecho en su vida.

La Locura de Verano había terminado. La vida real se cernía sobre ella. Su relación con Cody había terminado; pronto abandonaría su nueva casa, diría adiós al gallo negro, a Lucky y a *Kemo*. Y tendría que comprar otro coche, un coche práctico. Preferiblemente marrón y con cuatro puertas.

Cody seguía a su lado.

—Apártate, Cody —le dijo. Necesitaba salir del coche.

Cody la miró extrañado, pero retrocedió. Juliet salió del coche y cerró la puerta.

—Gracias —señaló—, por empujar el coche a un lado, mirar en el motor y todo lo demás.

—¿Juliet? ¿Juliet, estás bien?

—Bien, muy bien. Sólo quiero empezar a volver, eso es todo.

—¿Volver a donde?

—A casa. —Cody la seguía mirando como si estuviera loca. Quizás lo estaba. ¿Qué importaba? No tenía por qué ser sensata con

él. Vuelvo, eso es todo —le dijo a Cody—. Sólo vuelvo —señaló la carretera—. Por ahí.

Se volvió y con gran dignidad caminó por la carretera hacia el corazón oscuro de la noche.

Capítulo 11

Cody la observó mientras se alejaba.

—¿Juliet? —La llamó cuando comprendió el significado de sus palabras. ¿Pensaba recorrer treinta kilómetros en la oscuridad? Aquello era una locura—. Juliet, ¡detente!

Ni siquiera hizo una pausa. Siguió caminando. Pronto daría vuelta en la curva y la oscuridad se la tragaría.

—¡Juliet!

Desapareció en la curva.

Cody comprendió en ese momento que su plan de darle su merecido había tenido un efecto contraproducente. Sintió una oleada de vergüenza.

Diablos, parpadeó, no sabía cómo solucionar un problema con una mujer. Nunca había tenido que hacerlo. Lo perseguían, y él decía sí a las que quería. Si una mujer lo dejaba siempre sabía que habría otra pronto.

Pero nunca tendría a otra Juliet, lo sabía. No quería perderla, pero en ese momento, ella se estaba alejando definitivamente de él.

Estaba triste de verdad. Y en vez de quedarse con ella y averiguar qué era, la había abandonado y había decidido que ella lo iba a dejar… y después la había atormentado durante todo el día.

Incluso en la oscuridad, se había dado cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas. A lo mejor, Juliet pensaba que no le importaba, cuando la verdad era muy distinta.

Debían hablar, maldición.

—¡Juliet! —gritó.

Después echó a correr.

Juliet lo oyó acercarse y las lágrimas asomaron otra vez a sus ojos. Agradeció que fuera de noche. Así Cody no podría darse cuenta de su debilidad.

—¡Juliet! ¡Espera, por favor!

La iba a alcanzar. Su voz cada vez se oía más cerca. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Juliet. Se odió a sí misma. No quería que Cody la viera llorar.

Estaba tan desesperada por salvar su orgullo, que empezó a correr. Pero era muy difícil correr con zapatos de tacón.

—¡Juliet, detente!

Se volvió y lo vio; se acercaba peligrosamente. Se desvió del camino y se metió en el bosque.

—¡Juliet, espera!

Trató de correr más rápido, pero no servía de nada. Estaba detrás de ella. Sollozó y se tropezó con una piedra; levantó el otro pie y se tropezó con la raíz de un árbol. Cayó hacia adelante y se le torció el tobillo. Se oyó un crujido espeluznante.

Haciendo un esfuerzo, consiguió sacar el pie de la raíz en la que se había quedado atascado, pero le dolía tanto la pierna, que estuvo a punto de desmayarse.

—¿Juliet?

Abrió lentamente los ojos y miró a Cody.

Cody se arrodilló a su lado.

—¿Qué te ha pasado? —Le tocó el tobillo.

Juliet soltó un grito casi inhumano. Cody retrocedió.

Y entonces Juliet le gritó como nunca en su vida había gritado a nadie.

—¡Aléjate de mí! Déjame sola. Ya me has roto el corazón. ¿Qué más quieres?

Después de eso, se hizo un silencio insoportable. Sólo se oían los sollozos de Juliet. Cody se quedó muy quieto. Juliet casi agradecía que le doliera el tobillo. Absorbía un poco su energía, y la hacía olvidar ciertas cosas.

—¿Puedes andar? —preguntó Cody suavemente.

—No —se mordió el labio—. Estoy segura de que está roto.

—Te cogeré en brazos.

Se acercó a ella, le pasó un brazo por los hombros y otro por

debajo de las rodillas y la levantó.

—Calma, cariño.

Juliet lo abrazó por el cuello y hundió el rostro en su pecho. Cody la llevó hasta la furgoneta.

En el Hospital Gap, le escayolaron el tobillo. Cody se acercaba tanto a ella que varias veces tuvieron que pedirle que retrocediera, y al final terminó en la sala de espera. Le aseguró a la pálida Juliet que estaría allí si lo necesitaba.

Mientras esperaba a que terminaran de escayolar a Juliet, llamó a Jake y le dijo que Juliet se había tropezado y se había roto un tobillo.

Después se sentó y esperó. Pensó en lo que Juliet le había gritado en el bosque.

«Ya me has roto el corazón». Le había dicho. ¿Cómo era posible? A menos que lo amara…

¿Julie lo amaba?

Al pensarlo, Cody saltó del asiento. Un hombre que estaba sentado a su lado, se sobresaltó.

—Perdón —murmuró Cody.

—Está bien —gimió el hombre.

Cody paseaba de un lado a otro de la sala. Dios, pensó. ¿Julie lo amaba? Y si era así, ¿por qué estaba tan triste?

A menos que pensara que él no la amaba…

¿Podía ser eso? ¿Juliet pensaba que no la amaba?

Demonios, pensándolo bien, ¿amaba a Juliet? ¿Era eso lo que ella era para él? ¿La mujer que amaba?

Era la primera vez que se le ocurría pensar en ello.

Sentía que era parte de él. No podía imaginarse una mañana sin despertar a su lado. Quería ayudarla en todo para que fuera feliz… con él.

¿Sería eso amor?

Se detuvo en el pasillo, frente al hombre asustadizo, que lo miraba con recelo.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó el hombre.

—Sí —respondió Cody. El pobre hombre estaba despeinado, tenía los ojos inyectados—. ¿Qué te pasa a ti?

—Mi esposa está dentro. Es nuestro primer hijo. Me he desmayado. Me han dicho que no podía quedarme.

—Qué duro —musitó Cody—. ¿Sabes lo que es el amor? —preguntó Cody.

—No te gustan las preguntas fáciles, ¿verdad? —suspiró el hombre.

Entonces una enfermera asomó la cabeza por una de las puertas.

—¿Señor Hickleby?

El padre saltó de su silla.

—¿Sí? ¿Qué? ¿Está bien ella?

—Sí, su esposa está bien. Acaba de tener una hija. Sígame, por favor…

—Ay, Dios, una niña. Tengo una hija —le cogió la mano a Cody y se la estrechó con fuerza—. Evelyn está bien.

—Estupendo —lo halagó Cody—. Felicidades.

—Sí, gracias. Debo irme —con una sonrisa enorme, el hombre siguió a la enfermera.

Cody se sentó y esperó a Juliet, preguntándose sobre el significado del amor.

Por fin la sacaron en una silla de ruedas.

Estaba muy pálida, pero parecía tranquila.

—¡Juliet!

Sonrió con alegría.

—Ah, Cody, estás ahí —miró a la enfermera que la empujaba—. Es Cody —explicó—. Cody siempre me salva. Siempre. Es mi héroe desde que éramos niños.

Cody comprendió en ese momento que debían haberle dado algún tranquilizante. Su actitud había mejorado muchísimo. Firmó los papeles de admisión y después Cody las guió a la furgoneta.

Una vez allí, la metió dentro y firmó los papeles para la silla de ruedas y las muletas. Durante el trayecto, Cody estuvo pensando en cómo iba a hablar de esa cosa llamada amor. Quería decirle lo que significaba para él, que sin ella había un gran vacío en su vida, un vacío que sólo ella llenaría.

Juliet, asomaba la cabeza por la ventanilla y sonreía contenta, como si no hubiera pasado nada. Cantaba una canción infantil.

Cuando llegaron a la reja, Cody temió que Juliet le pidiera que la llevara a su casa. Pero inmediatamente se olvidó de aquella preocupación. El camino estaba lleno de coches. Juliet dejó de cantar.

—Hmm. Creo que tenemos compañía.

Todas las luces de abajo estaban encendidas. *Kemo* no estaba en el porche.

Maldiciendo, Cody consiguió aparcar la furgoneta lo más cerca de la puerta. Ésta se abrió y apareció Bud Southey.

—¿Qué diablos pasa? —exigió Cody.

Juliet seguía cantando.

Cody la cogió en brazos y subió con ella los escalones de la entrada. Cuando llegaron, Bud le explicó.

—No sabía qué hacer, señor McIntyre. El perro me ha despertado y cuando he salido, he visto a todos sentados en sus coches, temiendo que el perro los mordiera. La maestra Oakleaf ha bajado la ventanilla y me ha explicado lo de la señorita Huddleston. Me he imaginado que usted querría que los dejara entrar, porque me han dicho que si no esperarían en el porche.

—Grandioso —se burló Cody, con la risueña Juliet en brazos.

Llegó a la puerta y la abrió de una patada.

Allí, en la sala, estaba su perro, felizmente rodeado de la mayoría del reparto y equipo de Locura de Verano, además de los presidentes de los comités.

—Bien, aquí está —anunció Andrea—. No te quedes ahí, Cody. ¿Has traído una silla?

—Sí, está en la furgoneta.

Jake fue a buscarla inmediatamente.

—No nos quedaremos mucho —prometió Babe Allen.

—Sólo queríamos asegurarnos de que estaba bien —intervino Melda.

—Vaya, la han drogado —comentó Andrea.

—Dos pildoritas —explicó Juliet sonriendo—. Me encuentro muy bien.

Cody permaneció en un segundo plano. Jake sacó un regalo, que se suponía le iban a entregar a Juliet en la fiesta. Juliet lo abrió. Era una figura de porcelana de un niño pequeño abrazando a un cordero. Hasta a Cody le gustó.

—Cody, mira. Mi Hummel favorito. El pastor con el cordero.

Cody sonrió y asintió, Babe explicó que lo habían guardado cuando Juliet les había dicho que era el que más le gustaba. Juliet se lo agradeció. Después Andrea sacó una placa de bronce donde

decía. «A Nuestra Valiente Líder». Babe explicó que era para conmemorar el primero de los muchos años de directora del Festival Locura de Verano.

Juliet la besó, dijo que era maravillosa y besó y abrazó a todos. Cody recordaba a la tímida ratona que un mes atrás le había pedido dirigir Locura de Verano.

Por fin todos se marcharon. Cody los acompañó, y escuchó pacientemente los consejos de Andrea, que le pidió que la cuidara bien.

—Lo prometo —anunció—. Buenas noches —y cerró la puerta.

Aliviada, se volvió a la sala. Por fin estaban solos. Tenía todas las cosas que pensaba decirle en la cabeza. Quería decirlo ya, quería aclararle lo que era para él, lo que tendrían juntos, lo que podrían compartir.

—Juliet… —empezó. Y se calló. Se había quedado dormida.

Cody suspiró. Después le puso una almohada debajo de la cabeza y la tapó con una manta. Luego, él se acostó en el sillón para estar allí cuando ella despertara.

—¿Cody?

Cody oyó la dulce voz de Juliet entre sueños.

—¿Um? ¿Sí? ¿Qué?

—Cody…

Abrió un ojo. La luz del amanecer se filtraba por las ventanas. Gruñó un poco, se había quedado dormido en mala postura. Después se sentó y se pasó las manos por el pelo.

Empezó a recordar. Juliet. Estaba herida. Si ya había amanecido quizás el medicamento había perdido efecto. La miró; estaba despierta en la silla de ruedas; observándolo.

—Me han dado tus píldoras —se levantó—. Están en la guantera. ¿Te duele? Voy a buscarlas.

—No espera.

—Pero Juliet…

—Por favor. Ven aquí.

Obedeció y le cogió la mano, al acercarse vio la tensión reflejada en el rostro de Juliet.

—Déjame marcharme…

—No —le apretó la mano con fuerza—. Espera. Primero quiero hablar contigo. Ahora.

—Podemos hablar más tarde.

—Ya es hora, Cody —se rió un poco—. No me duele mucho, y en este momento me interesa.

—Está bien —acercó una silla, se sentó y le cogió la mano—. ¿Puedo empezar?

Lo miró seriamente.

—Está bien —dijo ella.

Cody estaba seguro que Juliet esperaba malas noticias.

—Te amo —comenzó él—. Y quiero casarme contigo. ¿Quieres casarte conmigo?

Juliet abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

Cody repitió:

—Te amo, Juliet. Por favor, cásate conmigo.

—¿Quieres… quieres que me case contigo?

—Sí —sonrió él.

—Pero pensaba que… —balbuceó.

—Deberías haber preguntado —le aconsejó él.

—Tenía miedo —confesó Juliet.

—Sí, lo sé —comprendió Cody.

—Oh, Cody… —Levantó la otra mano.

Cody se levantó, la cogió en brazos y se sentó con ella en el regazo. Empezó a besarla. El beso se prolongó hasta que Cody se acordó de su tobillo roto.

—Ahora voy a buscar esas píldoras.

—Espera —lo agarró por los hombros—. Quiero decirte algo. Quiero que me comprendas; quiero decirte… lo que siento.

—Está bien. Adelante.

Juliet jugueteó con un botón de la camisa de Cody.

—Yo también te amo.

—Bien.

—Lo supe desde la primera noche, cuando hicimos el amor, pero no podía decírtelo porque estaba segura de que algún día te perdería por otra mujer, por una mujer como la pelirroja del baile, más hermosa, más sofisticada, más todo que yo. Supongo que por eso te obligué a bailar con ella. Como iba a perderte de todas formas, pensé que era mejor hacerlo de una vez.

Cody trató de hablar, pero Juliet le puso un dedo en los labios.

—Shh. Déjame terminar. He pasado treinta años de mi vida sintiéndome como la mujer invisible, Cody. Siempre he tenido la sensación de que nadie se fijaba en mí. Sé que he cambiado, pero creo que parte de mí piensa que algún día me despertaré y nadie, incluyéndote a ti, volverá a reparar en mí.

Cody se echó a reír y le dio un beso en la frente. Juliet hundió el rostro en su pecho.

—Anoche me di cuenta —continuó Juliet—, de que mis temores sólo estaban en mi mente. Todo el mundo vino aquí para ver si estaba bien. Estaba tan agradecida, Cody. Y un poco avergonzada porque tenía poca fe en mí y en ellos —añadió suavemente—. Y en ti.

—He sido un idiota —admitió él.

—Tú, que siempre has intentado no serlo —se rió ella.

—El amor me ha cogido de sorpresa, pero a partir de ahora todo lo voy a hacer mucho mejor. Dame los próximos cuarenta o cincuenta años, ¿de acuerdo?

—¿No sería mejor decir de por vida? —Lo besó.

—Acepto —susurró él. La cogió por los hombros y la estudió—. Ahora quiero que entiendas algo.

—¿Qué? —preguntó preocupada.

—Para mí no eres invisible —le explicó—. Y nunca miraré a otra mujer. Sólo te veré a ti. Lo supe desde la noche que te besé en el porche. Pero estaba tan confundido que fui incapaz de decírtelo. Nunca te ignoraré, Juliet Huddleston. Llámalo amor, llámalo como quieras pero no hay ni habrá otra mujer para mí.

—¿En serio? —le preguntó mirándole con un cariño inmenso—. ¿Lo dices en serio?

—Sí, con todo mi corazón.

Juliet suspiró y se acurrucó contra él, sin importarle el dolor del tobillo.

—Oh, Cody —suspiró—. Es como un sueño. Tú y yo.

—Más que una fantasía, ¿no? —se rió.

—Absolutamente. Es un sueño que durará toda la vida.

El gallo negro cantó. *Kemo,* agitó su cola y bostezó. La Locura de Verano había terminado un año más, pero para Juliet y Cody acababa de empezar una vida llena de felicidad.

FIN

Christine Rimmer nació en California. Primero deseaba ser actriz, consiguiendo su licenciatura en teatro del Estado de California, Sacramento y luego se fue a Nueva York para estudiar actuación. Más tarde, se mudó al sur de California, donde comenzó su carrera como escritora de relatos cortos, obras de teatro y poemas. Sus poemas y cuentos fueron publicados en una serie de pequeñas revistas literarias. Sus obras fueron producidas por teatros del Grupo en el sur de California y han sido publicadas por dramaturgos de la Costa Oeste. Ha escrito más de setenta y cinco novelas contemporáneas de Silhouette y Harlequin Libros. Las historias de Christine siempre aparecen en las listas de *Best-seller*, incluida la Waldenbooks y las listas de EE. UU.

Vive en Oregon con su familia.